RAFAEL BARREDA

PEPA LARRICA

LA CONFESIÓN DE UN MÉDICO

II.

BUENOS AIRES

1899

RAFAEL BARREDA

LA CONFESIÓN DE UN MÉDICO

SEGUNDA PARTE

DE

PEPA LARRICA

BUENOS AIRES

—

IMPRENTA DE «EL NACIONAL», BOLIVAR 264

—

1899

I

En donde el autor pretende transportar al lector al carnaval de 1822 el que empieza por un jarro de agua para terminar por una de á pie y otra de á caballo con otros pormenores más ó menos interesantes.

—

Tropas de carretas y *arrias* de mulas con sus correspondientes yeguas madrinas iban llegando, al amanecer de ese día, á la heróica ciudad de Buenos Aires.

Colocábanse aquellas en largas filas allá en el bajo del antiguo convento de recoletos.

Marchaban estas á la tradicional calle de los Mendocinos, llamada así porque, según cuentan y vamos á verlo, se encontraban en esa calle los depósitos á donde iba á parar la mayor parte de lo que de tierra adentro se enviaba en aquellas *arrias* y carretas.

Grandes y abultados envoltorios de cuero, cerrados y aun cosidos con tiras de la misma piel, que contenían los frutos sazonados del algarrobo convertido en sabroso *patai*; mieles impregnadas en alajúes, tabletas y otras masas de empalagoso sabor; higos y uvas de España convertidas en pasas y otras frutas indígenas también secas.

Barriles de verdaderos vinos que, sin leyes protectoras ni farsas químicas, venían á competir ventajosamente, por sus condiciones de pureza,

fortaleza, tónico y sabor, no con los *caldos* de *estrangis*, que esos eran vinillos de pocos alcances, sino con los más cascarrones y aguardentados de la vieja metrópoli.

Y cuando aquella inusitada baraunda de arrieros descargando, de peones que trasladaban á los depósitos ó pulperías de sus amos las distintas mercancias; de campanilleos producidos por las colleras que sonaban las yeguas madrinas; de gritos é interjecciones, fué poco á poco decreciendo hasta terminar con la faena, y las trasijadas bestias tomaban filosóficamente su lecho en plena calle, mientras sus conductores formaban corros y sus amos se entendían con los dueños de almacenes ó pulperías, se le ocurrió á uno de estos, á quien llamaban el *sarraceno*, preguntarle á uno de los arrieros:

—Ché, arribeño, ¿no les han hecho nada al pasar la línea?

—¿Y de qué línea me hablas?—le preguntó el arribeño con fluctuaciones guturales en la voz.

—Pero, hombre, de la línea del *Arroyo del Medio*.

—No, pues.

—Ni siquiera los han bautizado?

—Y por qué nos habían de bautizar si ya lo estamos?

—Porque en la línea se vuelve á bautizar á todo el mundo,—le replicó el *sarraceno* imitándole en las fluctuaciones de la voz.

—Pues no nos han bautizado.

—Pues yo te voy á bautizar.

Y arrojando al rostro del cándido arribeño el contenido de un jarro le gritó:

—¡Agua, compadre!

Cara de visajes y ansias de ahogado tuvo el infeliz arribeño, quien, al volver de aquel susto ¡nesperado, quiso arrojarse sobre el pulpero que huía riendo á rellenar el jarro.

—No te hagas fuego, arribeño,—le dijo un mozo interponiéndose.

—Pero no estás viendo que es carnaval,—le dijo otro.

—Pues si tenés fuego, el fuego se apaga con agua,—le añadió un tercero y los tres en coro, puestos sin duda en connivencia, arrojaron sobre el desesperado arribeño un balde de agua cada uno.

Y mientras el burlado arribeño gritaba que se las pelaba solo, y los mozos corrían por más agua, acercáronse á él sus compañeros y al verlo remojado y siendo objeto de las burlas y chacotas de los mozos *porteños*, les dió tales ímpetus que tomaron su defensa juntamente cuando llegaban aquellos con nuevos proyectiles.

Y allí fué la más brutal de las zalagardas, cayendo sobre ellos una lluvia torrencial más formidable que todos los aguajes del oceano.

—¡Agua! ¡agua!—gritaban los mozos y peones de depósitos y pulperías ayudados por sus dueños y *arribeños* y *porteños* se trenzaron en lucha descomunal; éstos con baldes y jarros que dejaron sin una gota de líquido tinajas, pozos y algibes; los otros con palos, piedras y lodo, que con aquella abundante lluvia se formó inmediatamente en la calle sin empedrar.

Pronto las cañas se volvieron lanzas y saliendo á relucir navajas y cuchillos la lucha hubiera

tomado proporciones sangrientas si al vocerío armado no hubieran acudido todos el alcalde y sus tenientes de aquel barrio con sus correspondientes vecinos de la ronda.

Trabajo les costó, sin embargo, apaciguar *arribeños* y *porteños*, hasta que al fin todo se compuso imponiendo una multa al *sarraceno*, promotor de todo aquel grave estropicio y violador del bando que prohibía el *juego* mientras no se hiciera la salva de un cañonazo en el Fuerte ó en el Cuartel del Retiro.

Y apaciguados los ánimos de *arribeños* y *porteños* resolvióse en apelación que el *sarraceno* pagara en lugar de la multa, que eso era desdoroso para un pulpero honrado, la convidada general, con lo que el truan del *sarraceno* convino siempre y cuando le permitieran bautizar el aloque.

Recobróse el buen humor é hiciéronse las paces con sendas cataduras del mosto mendocino, y engullimiento de tabletas cordobesas á lo que, como era justo, les acompañaron las autoridades del barrio.

Y estaban en ello festejando todos, apesar de la violación del bando, la ocurrencia del *sarraceno*, cuando sonó la hora señalada para permisión del juego.

Ecos de alaridos salvajes,—aunque humanos,—respondieron al estallido del cañón por todos los ámbitos de la ciudad, y sus calles, solitarias un momento antes, empezaron á poblarse de grupos á pié y á caballo; de mujeres que corrían perseguidas á diestra y siniestra, entre algazaras brutales, por ginetes y peatones, armados de cáscaras de huevos henchidas de agua, de jarros y

garrafas que sumergían en baldes y arrojaban su contenido á aquellas por el rostro ó por la espalda hasta que lograban guarecerse en algún portal hechas sopas y enlodadas, con algún chichón de mas y algún pedazo del vestido ó del rebozo de menos.

Allá van unos cuantos *currutacos* ó *petimetres* que se dirigen, armados hasta los bolsillos de *cáscaras* henchidas, á ciertas casas donde saben los aguardan guapas y liberales jugadoras al pie de rebosantes tinas colocadas al lado de un pozo cuyo balde, manejado por el *tata*,—viejo criollo de genial travieso,—se hallaba preparado, mientras la *mama* les preparaba coronas de laurel rosa y ramitos con toronjil y diamelas.

Y empezaba el tiroteo con las *cáscaras* rellenas de odorosos líquidos para continuar en asalto corrido al arsenal de las asaltadas, trocándose la guerrilla en entrevero de ofensores y defensoras las que lanzan gritos y frases entrecortadas ó ahogadas por las bruscas bocanadas de agua ó golpes impensados con las mismas *armas*, que se infieren en el calor de la lucha; pero que aunque escuecen no ofenden.

Ya el uno tiene la desgracia de resbalarse perniquebrándose y el otro, á fuerza de zarandeos para arrojarlo de cabeza modestamente á la *tina* que el tata sigue llenando con velocidad extraordinaria, se encuentra con que le han sacado una tira al pantalón, le han hecho triza la pechera y le han dejado manca la chaqueta.

Pero en cambio *aquella*, la mas guapa y liberal, se ve obligada á colocar un lienzo empapado en sales sobre el ojo derecho que con uno de

aquellos proyectiles cascarudos se lo han dejado torcido.

Por fin termina la refriega porque el agua se ha agotado.

No hay vencidos ni vencedores!

Y miéntras las niñas van á enjugarse porque enjutas las ha dejado aquella remojadura, la mamá reparte las flores y coronas preparadas à aquellos *caballeros* los que,—sin temor á resultados veleidosos de un reuma,—esperan á aquéllas en el ancho patio donde el criollo viejo les ofrece sillas y banquetas y los chulea con sus timideces á las muchachas, las que se presentan al fin trayéndoles el codiciado mate con canela ó azúcar quemada.

Fórmanse grupos en las puertas de pulperías ò tabernas, fondas ó cafees, boticas ó tiendas donde se espía al transeunte ó *transeunta* para arrojar, sobre el que sea, el diluvio universal, apedréandolo con cáscaras de gallina, de pato y aun de avestruz,—que ya se usaba de tan bárbaras costumbres.

Allá en los barrios apartados y aun en los céntricos, se escucha, tras una carcajada burlesca un ¡ay! de muerte. Es que tras una de esas manifestaciones groseras ha venido la punta de un cuchillo ó navaja que produce la herida por donde escapa el aliento.

Ginetes que atropellan con sus cabalgaduras y castigan con su rebenque á la esclava atrevida que les arroja el turbio contenido de una vasija, ó que, hábiles, manejan el noble bruto y esquivan con gallardia extremada la lluvia de vasijillas rellenas y cubetas de agua.

Muchas riñas y puñaladas entre la gente del bronce; muchos sablazos y tiros entre reformadores y sus contrarios que hallan en aquel *juego* el pretexto de saciar sus rencores.

Mucho ruído de tambores en los barrios del sur y los del norte: son los negros candomberos que festejan á su modo las fiestas carnavalescas.

Aquí y allí están organizados por nacionalidades con su rey y su reina á la cabeza, vestidos grotescamente, los *banqueles, minas y mozambiques*, atrayendo, cuanto más ruído meten, más crecido número de curiosos, entre los que se hallan hombres de pró y señoronas encopetadas.

En breve empezaran sus bailes tradicionales hasta caer rendidos por la *chicha*.

Son esos mismos negros, cuyas motas blanquean, aquellos que treinta años antes se vendían en la plaza del Retiro y que obtuvieron la libertad gloriosa cuando en 1806 y 1807 defendieron la tierra de *sus amos* con el valor de los héroes; son aquellos mismos negros que dieron nombre de *Fidelidad* á una plaza y *Buen Orden* á una calle por su abnegación y buena disciplina.

Dejadlos recordar en los días de la locura humana, sus patrios lares y las tradicionales costumbres de sus mayores.

En sus cantos guturales que os hacen reir y en sus ayes monótonos que os fastídian, se envuelve para ellos el ostracismo de la patria lejana!

Oyese el ruido de vibrantes triángulos, rasguidos de bandurrias y sonadoras pandaretas que pueblan los aires con alegres sones semejando aires aragoneses.

—¡La estudiantina! ¡La estudiantina!—gritan los muchachos callejeros acudiendo al par de otros muchos á donde la música suena.

Hombres con vestimentas ceñidas, con manteos y sombreros de dos picos.

Llevan un estandarte negro, donde en letras blancas se lee el nombre de la comparsa.

—De dónde habrán salido esas ánimas?—pregunta uno al leer el letrero.

—Del hueco,—contesta otro aludiendo al *hucco de las ánimas*, que allí cerca existía.

Y aquella comparsa que no se sabía de dónde salía ó de dónde venía llegó hasta los soportales de la recoba vieja dando frente á la plazoleta del Fuerte.

Detiénese allí, rodeada por muchos curiosos y espías que la observan detenidamente y que parecen tener interés en conocer quiénes eran.

Rompen los rasguidos de las bandurrias con acompañamientos acordes y una voz poderosa con vibraciones que llegan hasta el mismo Fuerte canta:

Ave que volar pretendes
Hasta las cumbres del sol
Detente, que allí no llegan
Las plumas de tu color.

La puerta oficial del Fuerte se encuentra abierta, pero sólo se ve en ella y en el ancho campo interior al centinela que se pasea tranquilamente; el que, no por ello, pierde la mirada de aquel grupo.

Los curiosos comentan la redondilla.

—A qué ave se dirigirá el mozo ladino?—pre-

gunta sonriendo uno de aquellos espías que observan á los estudiantes.

—Pues á quién ha de ser sino á Rivadavia?—le replica otro que lo mira de mal talente.—No ve que habla de *color*.

—Hum.....

Volvieron á sonar las bandurrias y tornó la voz á cantar con mayor fuerza:

Deja el nido que has robado
Sin patriotismo ni honor
A los que aman á la patria
Y á la santa religión!

—Fuera!—rugió un eco que fué contestado por otro que gritaba:—¡Viva! Abajo las reformas!

—Abajo los privilegios de los frailes!

—¡Muera Rivadavia!

—¡Fuera! ¡Fuera!

Y tras esas voces se produjo un movimiento instantáneo de hostilidad entre los partidarios del que había cantado y los del que repudió el canto.

Y mientras los unos amenazaban á los otros y ya empezaban á relucir cuchillos y navajas, la plazoleta poblóse, como por encanto, de numerosos soldados que salían del Fuerte, los que, armados de fusiles, arremetieron al grupo; pero instantáneamente también éste se dispersó yendo á parar los de la estudiantina á las sacristías de los Conventos del Sur, mientras gran parte de los curiosos dirigióse hacia la calle de Cangallo de donde llegaban ecos marciales.

Frente al teatro Argentino y rodeado de un inmenso gentío que ocupaba las aceras, el atrio

de la Merced y llegaba en grupos apiñados hasta las puertas del Café de Catalanes, tocaban los músicos que formaban la orquesta de aquel teatro.

Varios briosos caballos, adornados con vistosas gualdrapas piafaban á la puerta detenidos por muchachos al parecer disfrazados de pages.

Un carro con cenefas y alegorías carnavalescas, tirado por doble yunta de mulas lujosamente enjaezadas, esperaba también allí.

Era que la compañía que trabajaba en aquel teatro iba á salir en comparsa.

Como si se tratara de una representación teatral el auditorio aplaudía llamándo á los cómicos por su nombre y se impacientaba con vociferaciones porque no se presentaban.

Por fin salió Culebras disfrazado de *Médico á palos* de Molière y los muchachos gritaron:

—¡Culebras vestido de mojiganga! Ah, el mojiganga!

Pero el inalterable Culebras, convertido en maestro de ceremonia, indicó á los músicos que pasaran al carro, junto con las damas de carácter.

Presentóse en seguida Trinidad Guevara, la que vestida de cazadora á lo Luis XIV, se hallaba radiante de esplendor. Subió gallarda entre vítores y aplausos á un brioso caballo blanco y fué á su lado, en otro de igual color, la hermosa Matilde Díez, vestida de amazona.

En caballo cubierto de escamas doradas subió Morante, vestido del *Cid* de Corneilles, con armadura de bruñido acero y marchó á la diestra de aquella mientras Velarde, montado en alazán

tostado y vestido de *conde de Almaviva*, se colocaba á la siniestra de Matilde.

Tras ellos iba solitario el celoso Otelo representado por el mulato Viera, que tan célebre se hizo como baritono de las primeras óperas que dirigió Picazzani.

Destacábase después el trino que más llamaba la atención de los muchachos y del público alegre. —Lo formaban el corpulento Diez y los enflaquecidos David y Culebras,—héroes los tres de sainetes y comedias con gracejos.

Completaba aquel cuadro un numeroso acompañamiento compuesto de las segundas partes y figurantes.

A la señal de marcha por la orquesta, vivas y aplausos resonaron en el espacio.

Aquel espectáculo, que por primera vez contemplaba el populacho de costumbres tradicionales causóle efecto tan maravilloso que, sin producir excesos groseros, dejó que en paz se asomaran á las puertas y ventanas, balcones y azoteas las damas y señoritas quienes aplaudían con entusiasmo y arrojaban flores á la hermosa mascarada.....¡Glorias tan efímeras como efímeros son las glorias de la escena!

Y tomaban ya por la calle de Empedrados cuando el caballo de Trinidad Guevara fogoso y espantadizo, muerde el freno y sale á la carrera sin poderlo detener.

Poco duró el peligro: un jóven que se hallaba junto á una ventana teniendo de las riendas un espléndido animal, lo debió comprender porque soltando aquéllas arrojóse al bruto desbocado y

aferróse á él con tal fuerza que logró detenerlo casi instantáneamente.

Sonó una exclamación detrás de la reja y abriéndose la puerta de calle apareció en ella la antigua pensionista de la taberna de la Ratona, llamada después Pepa Larrica.

—¡Trinidad!—exclamó tomando en sus brazos á la célebre actríz.

—No es nada... no es nada...—dijo Trinidad, pálida por el susto recibido y mirando al jóven con agradecimiento, añadió:—Nada. Gracias á este señor.

—Venga... entre... tomará alguna cosa...—la decía Pepa atrayéndola, mientras la cabalgata llegaba á toda prisa, seguida por la turbamulta.

Todos se acercaron apesadumbrados del percance y rodearon á la Guevara que en pocas palabras les contó lo sucedido.

Las miradas se fijaron en el salvador de Trinidad y hasta llegaron á él palabras de encomio que escuchaba indiferente acariciando las clines de su caballo.

—No quiere descansar, Trinidad?—le preguntó Pepa insistiendo en hacerla entrár en su casa.

—Gracias, señora; esta noche tenemos función. Y aunque me será difícil volver á montar....

—¿Quía?—repuso Culebras con la solicitud acostumbrada.—Irás cómodamente en el carro donde hay almohadones. Llegaremos al teatro y de ahí mandaré buscar un coche que te llevará á tu casa. Y si no puedes trabajar esta noche, paciencia, que más lo sentiríamos por tí...

—Si no es nada, Culebras—replicó la actriz di-

rigiéndose á subir al carro, mientras se despedía de Pepa.

Y cuando ya se encontraba en él, le dijo al joven, con la voz emocionada:

—Otra vez, gracias caballero. Cuente usted siempre con mi eterno agradecimiento.

El joven clavó en ella la mirada, inclinando la frente.

Cuando estuvieron lejos, los cómicos se volvieron pura lengua:

—Caramba, —decía Culebras,—á dónde has ido á parar, Trinidad!

—Los conoce usted, Culebras?

—Pues no los hé de conocer, hija?

Y luego añadió con tono semi trágico:

—Sábete *Electra*, que has estado nada menos que frente á frente de *la otra Clitemnestra*.

—La otra *Clitemnestra!*

—Y del otro *Egisto*!

—Otro *Egisto!*...Culebras, usted siempre está de bromas.

—Pero que no sabes, infeliz, que esa es la esposa de don Manuel Larrica?

—Esa es Pepa?

—La misma.

—Muy simpática.

—Como la verdadera *Clitemnestra*.

—Y ese es su amante?

—El mismo.

—Con el que dió el escándalo la noche del extreno de *Orestes?*

—Ajá.

—Muy simpático también.

—Como el feróz *Egisto*!

—Y cómo el marido consiente?....

—El marido ha desaparecido. También desapareció *Agamenón.*

—Cómo?

—En un baño.

—En un baño ha desaparecido el marido de Pepa?

—Es más que probable...

Miéntras tanto el joven seguía con la vista alejarse la cabalgata carnavalesca murmurando:

—Qué interesante mujer!

—Te gusta?...—le preguntó Pepa, que había escuchado la exclamación y observado la actitud de su amante...

—Puede...—murmuró U....

—Pues aunque te guste, José María, esa mujer no será para tí.

—Por qué?...—le proguntó U... fijando en su querida una mirada soberbia.

—Porque es muy señora y porque *yo no quiero,* —le replicó Pepa con otra mirada aún más soberbia la mirada de su amante.

—Me desafías?— la preguntó U... sonriendo.

—Y por qué no?

U... volvió á mirarla, no ya con encono sino con expresión indefinible.

—Tienes razón, —la dijo,—nuestras dos existencias están tan ligadas, que es imposible que ninguna otra mujer ni otro hombre se interponga en nuestro camino hasta que uno de los dos deje de existir.

—Estás seguro de que no se descubrirá nuestro *crimen?*

—A qué me lo vuelves á preguntar?

—Qué has hecho con el cadáver, Josè Maria?

—Es el único secreto que tengo para tí. No me preguntes más porque no me pertenece.

—Pero, ¿estás seguro?

—Como lo estoy de tu cariño, Pepa querida, —le contestó U..... saltando en su caballo.

Y ya iba á ponerlo al tranco cuando dos al parecer gauchos por el traje y la fisonomía, de los del barrio del bronce, estrellaron sobre el rostro de Pepa algunas de aquellas cáscaras rellenas de agua.

U.... se volvió á ellos y con mal comprimida ira les gritó:

—A ver, canalla, si se reporta!

—Nosotros no somos canalla, oye?— le dijo uno de ellos encarándosele miéntras el otro metía la mano en el tirador.

—Por Dios, José María.....—exclamó Pepa.

—Entra y cierra,—le dijo U... con tal imperio que Pepa obedeció.

Miéntras los gauchos seguían diciendo:

—Como si estuviera prohibido.....

—Y aunque lo estuviera, si no quiere que se la mojen que la meta en una urna.

—¿Qué se le ofrece—le preguntó U... al gaucho que lo provocó.

—Lo que ha oído,—le contestó este con insolencia, mientras el otro hacía brillar una daga, —que á mí no me asustan los pantalones largos.

—Fuera, canalla!—le gritó U... y pechándolo con el poderoso caballo que montaba lo arrojó al suelo.

—Ahora es conmigo,—dijo el otro gaucho quien apoderándose de las riendas con la mano izquier-

da amagóle á U... una terrible puñalada con la derecha.

Pero U... que había sospechado la actitud del asesino, con la rapidez del pensamiento resbalóse por la grupa y antes de que pudiera sobreponerse aquel sacó una daga y con el cabo pególe tan fuerte golpe en la cabeza que fué rodando á caer sobre su compañero.

—Así te quiero!—le dijo Pepa con acento apasionado á su amante entreabriendo la ventana y cerrándola inmediatamente.

Y había vuelto á montar U... dejando en el suelo aturdidos á los dos gauchos, cuando vió que tenía á dos pasos una patrulla.

—Qué pasa?....—dijo el alcalde que la capitaneaba.

—Que esos dos borrachos han querido faltarle á una señora, á quien yo hé defendido. Que me han atropellado y que yo los hé castigado,—contestó U.. indiferente.

—Nos ha querido asesinar!—exclamó el primero de los gauchos que apenas podía incorporarse.

—Mientes!—gritó U...

—Bueno,—replicó el alcalde,—aquí yo veo que se ha hecho uso de armas,—señalando los cuchillos que estaban en el suelo y la daga que tranquilamente guardaba U..—y como está prohibido severamente el uso de armas voy á llevarlos á todos para que cuando menos paguen la multa.

—Me presentaré á pagarla,—le contestó U...

—No, señor, tiene que venir conmigo.

—No hé de ir, señor alcalde.

—Tendrá corona,—murmuró uno de los gauchos poniéndose del lado del alcalde.

—A tí nadie te dá vela en este entierro.

—Es que yo lo voy á llevar á la fuerza,—replicó el alcalde tratando de tomarle las riendas al caballo de U..

—A mí—exclamó U... mientras hacía retroceder á su caballo.—No ha nacido todavía el alcalde que á mí me lleve á la fuerza.—Abra paso, señor alcalde, abra paso si no quiere que le pase lo que le pasó á ese bandido.

Y era tan terrible y dominadora la actitud de U.. que el alcalde le abrió paso y U.. lanzó su caballo al galope hasta perderse de vista.

—A ver si lo persiguen, so maulas!—gritó el alcalde á los pacíficos y mal armados vecinos que formaban la ronda.

—Las del humo,—dijo uno.

—La piolita que lo voy siguiendo!—exclamó otro.

—Pero que Vd. no lo conoce, señor alcalde?—le preguntó á éste un tercero.

—Y quién es ese brabucon?

—En primer lugar es un mozo decente.

—Que usa cuchillo.

—Porque en otros tiempos ha usado espada.

En segundo lugar sépase, señor alcalde, que ese á quien Vd. ha tratado mal es sobrino del excelentísimo señor ministro de gobierno.

—De D. Bernardino!

—Sí, señor, de Rivadavia.

—Pues entónces que lo aprehenda otro aunque cargue las armas que quiera. A ver, átenme á esos dos pícaros cuchilleros y á podrirse en la cárcel si no pueden pagar la multa.

II

Trás la huella de un presunsivo crímen se convierte en pesquisante el primer jefe de la policía de Buenos Aires dándole su primera indagación un resultado negativo.

Sofocada en su tentativa la revolución que debiera estallar al día siguiente de la representación de la *Orestes* fué el escándalo producido aquella noche por Pepa y su amante la comidilla de todos los círculos.

Los mismos hombres de Estado, reunidos en los salones del Fuerte abandonaban sus planes políticos para ocuparse de aquel percance en el que un pariente cercano del ministro de gobierno había sido actor principal.

Los magistrados del Cabildo, á quienes poco les quedaba que hacer dada su próxima supresión; como los de la alta y baja justicia; los comerciantes y pleiteantes que iban al antiguo Consulado, convertido el Tribunal de Comercio; en los distintos corrillos de la alta sociedad, del teatro, de los cafées ó tabernuchas, de las tiendas y boticas y aun en los claustros conventuales se murmuraba de don Manuel Larrica y de su desvergonzada mujer.

Y no era para menos aquel colmo de atrevimiento llevado á cabo por una mujer casada que

sin guardar el recato necesario ni los respetos debido á la sociedad en que rolaba se dejó conducir á su casa por el que públicamente se sabía era su amante, mientras brillaba por su ausencia el manso marido.

Los diarios serios, sin duda por respeto á la posición de la familia de U...no comentaron ni hicieron mención del hecho.

No así las hojas volantes que redactaba en su celda y lanzaba á la publicidad por la imprenta de don Nepomuceno Alvarez el insigne fray Francisco Castañeda en las que, con inflexible severidad, fustigaba á los *cornudos* consentidores de su deshonra al par que motejaba de corrompido prostíbulo á la sociedad que ese y otros hechos consentía al decir de aquellas hojas.

Sátiras más impregnadas de sarcástigas burlas que las del poeta latino Juvenal; más profundas que las del sábio filósofo fenicio Menipo, más hirientes y personales que las que escribió después Larra *(Figaro)*, despertaban y alentaban, días tras días, el sentimiento enconado de los descontentos que arrojaban sobre el gran estadista Rivadavia, base inconmovible del gobierno del general Rodríguez, las responsabilidades de aquella descomposición social.

Tales eran los fines que el insigne Castañeda se proponía, al defender, con todas las armas de su ingénio, los altos y absolutos privilegios de aquel clero amenazado de muerte por los *ideales* de Rivadabia y por los *volterianos* que, con sus escritos en la prensa y sus leyes impias en la flamante Legislatura, pretendían, según el mismo Castañeda, reformar hasta la divinidad de Dios!

Y había quien esperaba encontrar al pacientísimo marido para arrojar sobre él los ultrajes del desprecio; las cuchufletas malignas; para señalarlo á la befe de todo el mundo y decir con Castañeda:—*Ecce cornupeto!*

Pero D. Manuel Larrica no aparecía en ninguno de los puntos que acostumbraba á frecuentar: —ni en la Casa de Cambio, ni en el café de la Victoria, ni en la tienda de Ossandaveras, ni en la de D. José María Estebes, ni en la de Ochagavia, donde solía ir á pagar las cuentas de su mujer, ni en la fábrica de sombreros de Varangot, con quien tenía amistad, ni en la casa de remate de D. Juan Arriola, ni al almacén de don José Labrador, allá por Santo Domingo, bajo los altos de D. Floro Zamudio, con el que solía ir á los saladeros de Pérez y Coronel de los corrales viejos de Barracas á realizar negocios de cueros y carne conservada...

¿Qué se había hecho el viejo lusitano?

Habríase visto por fin retratado en las tremendas caricaturas de *El Despertador*?

Sentiríase confundido por la vergüenza de tener una mujer como aquella?

De comento en comento, de conjeturas en conjeturas, lanzóse la especie de que el viejo lusitano había sido asesinado.

Tomó cuerpo la sospecha y propalándose por todas partes llegó hasta los mismos salones del Fuerte.

—Oye Rivadavia, lo que dicen?—le preguntó el general Rodríguez á su ministro.

—Se dicen tantas cosas, señor general,—contestó Rivadavia!

—Es que esto le puede llegar muy de cerca.

—Amí?

—Se dice que su pariente, el capitán pensionado, no sólo continúa produciendo desórdenes, que tienen escandalizado á todo el mundo, sino que es al autor de la desaparición del portugués Larrica. Comprendo que algunas consideraciones merecen los miembros de nuestra familia; pero...

—Señor general, en el cumplimiento del deber que entraña la seguridad ó la vindicta pública no hay ni puede haber otra consideración que la ley. Si hasta hoy el gobierno no ha tomado participación directa en los escándalos que ha venido produciendo *ese calavera incorregible* ha sido porque su represión está encomendada á los resortes de las autoridades subalternas. Hoy que puede tratarse de un presuntivo crímen, tanto más grave pues se acusa de él á un sindicado de delincuencias penadas por las disposiciones generales, hé tomado las medidas necesarias para que no quede impune. El jefe de policía ha recibido mis instrucciones compeliéndolo, con toda severidad, al cumplimiento de su deber.

—Sentiría en el alma que lo que se susurra llegara á confirmarse.

—Yo también, general; pero en el caso de que fuese así la justicia sería inexorable.

—Y lo sentiría, no por ese calavera incorregible, como usted le llama y llama todo el mundo, que cuando no da que hacer á los alcaldes de barrio con sus frecuentes atropellos y escándalos, lo vemos formando parte de cuanto complot se urde contra nuestra autoridad, si no por el coronel, su padre, que aunque retirado del servicio,

merece toda clase de consideraciones por su conducta en la reconquista y defensa contra la invasión inglesa, y por el patriotismo demostrado en la independencia de nuestra patria.

—Verdad; Domingo ha sido y es un valiente á carta cabal, y aunque hoy forma en las filas de esos intrigantes de mala ley que por apoderarse otra vez del gobierno no dudarían en atropellar por todo, merece consideraciones que no sean incompatibles con la marcha regular.

—Y sobre todo, Rivadavia, por *misia* Rita, madre y esposa ejemplar, llena de virtudes y que debe de sufrir horriblemente al ver á su hijo enlodado de tal manera. Por toda su familia, por usted mismo Rivadavia,....¡Qué consternación para todos!....

—Y qué hacerle genral, cuando en la misma naturaleza se manifiestan hechos semejantes? ¿Cuántas veces habrá visto usted producirse la gangrena en el miembro de un cuerpo sano? Para salvar ese cuerpo es necesario entónces hacer la amputación de aquel miembro, y cuanto más rápida mejores son los resultados. Lo propio acontece con nuestra emancipación de la metrópoli. La hemos conseguido; pero nuestro cuerpo social y político y con especialidad nuestro clero, se encuentra gangrenado en casi todas sus ramificaciones. Ha sido necesaria la imputación reformándolo todo, por más que el cuerpo dañado proteste y grite como es lógico.

La desorganización militar existía y aún existe latente.

Hoy nos vemos obligados á remontar el ejército para combatir las terribles invasiones de los in-

dios salvajes, para tener á raya á los conspiradores y la de los caudillejos del litoral y aun los de nuestro propio suelo, con los vagos y criminales que infectan la campaña y ciudad; con los mismos desertores de ese ejército á quien nos hemos visto obligados á conceder un perdón que no merecen.

Desgraciadamente la metrópoli nos ha legado más conventos que colegios; más instrumentos de oscurantismo que égidas de luz; más relajación que virtudes.

No soy ateo, general, como por ahí se me llama, interpretando maliciosamente mis intenciones.

Por el contrario creo que la religión es un bien preciso é indispensable y hé de propender, por todos los medios á nuestro alcance, á difundirla conjuntamente con la educación.

Hay perfecta compatibilidad entre una y otra cuando una y otra tienden á la perfectibilidad humana según lo comprendo.

Destruiremos esos conventos que no son sino guaridas de espíritus malignos para fundar escuelas.

Protejeremos la religión de nuestros mayores; pero al mismo tiempo respetaremos la libertad de conciencia que es una de las más grandes conquistas de nuestro siglo.

Perseguiremos á los farsáicos comediantes que hacen comercio inmundo con la religión de nuestros mayores y daremos las más ámplias garantías y recursos á los honestos, virtuosos y patriotas representantes de esa religión.

En mi corto viaje á la vieja Europa, señor

general, hé tenido ocasión de observar mucho, de aprender mucho, que aplicaremos á nuestra querida patria si es que nos dejan gobernarla el tiempo necesario para ello.

Nuestro estado político es aun un verdadero caos.

Hace diez años que nos independizamos *de hecho;* pero hace diez años también que fluctuamos en la elección de un sistema.

Seremos republicanos?

Seremos monárquicos?

Republicanos, señor! Pero republicanos qué?.. Dos principios en pugna: unitario y federal. El más perfecto de todos este último; pero irrealizable *hoy.* Tal vez *mañana....* cuando la luz irradie por todos los ámbitos de *nuestra república....*puede ser. Hoy por hoy debemos aplicar á nuestra administración política el sistema unitario hasta que podamos hacer verdad de la utopia.

—Qué hay?—preguntóle el general Rodríguez á un edecán que hacía rato esperaba en la puerta del despacho.

—Señor, el jefe de la policía...

—Que entre!—exclamó Rivadavia antes que el general Rodríguez resolviera.—Y bien, señor Achával ¿qué noticias nos trae usted de la *pesquisa* que le ordené hiciera? A los oídos del señor gobernador han llegado rumores muy graves. Se dice que D. Manuel Larrica ha sido asesinado y se asegura que el asesino es el capitán pensionado José María U...

—Quién lo asegura, señor?—preguntó D. Joaquín Achaval con expresión encontrada de incredulidad.

—Asegurarse no...—replicó el general Rodríguez,—pero se ha lanzado la especie...

—Que debe haber nacido,—dijo D. Joaquín Achaval,—de nuestra misma pesquisa, pues es difícil mantener ocultos nuestros pasos...

—Pero, ¿y los resultados?—preguntó Rivadavia.

—Negativos en el sentido de encontrar culpables.

—Explíquese, señor Achaval.

—Desde el primer momento que el señor ministro me manifestó la extrañeza que algunas personas habíanle demostrado por la misteriosa desaparición del comerciante portugués, puse en campaña todos los elementos de que dispongo para dar con él; pero inútilmente: don Manuel Larrica ha desaparecido sin que la policía haya podido saber todavía cómo ni dónde.

—Cumplió usted, citando al ex-capitán á su oficina?

—Sí, señor; pero el ex capitán se negó á ir so pretestos...

—Debió usted compelerle por la fuerza.

—Preferí ir en persona á su casa. El capitán U... es de genio soberbio, arrebatado hasta el extremo, y una compulsión de esa naturaleza le hubiese hecho producir un nuevo escándalo que hubiese recaído en descrédito de su familia, con la que tengo relación, como le consta al Sr. Rivadavia.

—El señor jefe de policía no debe tener consideración alguna ante el cumplimiento de su deber,—le contestó Rivadavia, sin dureza; pero severo.

—Bien, señor.

—Prosiga usted.

—Llegué á su casa en momentos en que el coronel se hallaba ausente. Me recibió *misia* Rita, á quien expuse deseaba hablar á su hijo.

—«Algún nuevo desórden?"—me preguntó la pobre señora angustiada.

Disimulé haciéndole creer que se trataba solo de volverlo á incorporar al ejército.

—"Entónces"...—murmuró enjugando sus ojos en los que brillaban lágrimas de dolor,—"voy á llamarlo".

Pocos momentos después se presentó con su hijo.

Mi posición era embarazosa dado que aquella buena madre no quería separarse de allí sin saber el verdadero objeto de mi visita.

U...me saludó friamente respondiendo á mi mirada investigadora con un gesto de desdeñosa reserva. O yo me engañé ó en aquel rostro se podía leer todo menos la huella de una conciencia alterada.

Misia Rita me miraba también con ansiedad y al notar mi silencio comprendió que no debía presenciar mi entrevista con su hijo.

Nos dejó solos.

—"Ignoro, señor Achával,—me dijo U...—el motivo que haya usted tenido para mandarme buscar, y si no fuí inmediatamente ha sido porque mis muchas ocupaciones..."

—Ya sé que es usted un joven muy ocupado,—le contesté sonriendo incrédulamente.

—"De lo que no tengo que dar cuenta á nadie," —me replicó altanero.

—Cierto,—le contesté,—cuando esas ocupacio

nes nada tienen que ver con el órden público ó, en una palabra, con las funciones de mi empleo...

—"Y qué tengo yo que ver con su empleo de usted, señor jefe de policía? Acaso se me quiere privar de la libertad porque no pienso lo mismo que *ese gobierno* á quien usted sirve?"

—Vamos despacio, capitán,—le dije.—No se trata ahora del gobierno á quien yo sirvo y usted debería respetar sino *de la desaparición de un hombre á quien usted ha debido conocer mucho.*

—"Yo?"—exclamó en el colmo de la sorpresa.

—Lo ignora usted acaso?

—"Completamente"—me contestó, sin que en su rostro se moviera un músculo, y con la más natural sencillez.

—Cómo justifica usted el escándalo producido la otra noche en el teatro? ¿Sabía usted que D. Manuel Larrica no asistiría al espectáculo cuando se presentó en la platea y fué á ocupar la misma luneta que ese señor había tomado esa misma tarde? Cómo justifica usted el desmayo de esa señora al verlo entrar y con la cual salió usted del teatro hasta acompañarla á su casa?

Y al hacerle todas estas preguntas noté en su rostro distintas sensaciones; pero ninguna de terror.

Al terminarlas se echó á reir diciéndome:

—"Falta un detalle, señor jefe de policía."

—Un detalle?

—"Sí, señor: no solo acompañé á *esa señora* á su casa sino que pasé en su casa toda la noche."

—Luego usted sabía que don Manuel Larrica había desaparecido?

—"Lo que yo supe, después de lo que pasó en el teatro, es que don Manuel Larrica no iría esa noche á su casa",—me contestó riendo siempre, añadiendo con desprecio: "Es ridículo y hasta repugnante que un hombre de las condiciones de usted, señor Achaval, se mezcle en estas miserias."

—Justifíquese usted, José María,—le dije perdiendo un tanto mi actitud observadora.

La risa cesó en sus lábios. Me miró fijamente y preguntó:

—"De qué se me acusa?"

—De la desaparición de don Manuel Larrica en la noche de la representación de *Orestes.*

—"Yo! Miente quien tal sostenga."

—Podría usted probarlo?

Despues de un momento me dijo:

—"Puedo probar lo siguiente: Que á las seis de la tarde de ese día me encontré con don Manuel y su esposa en la casa de Sotoca donde había ido yo por algunos negocios de mi padre. Que acompañé despues á don Manuel á la cochería de Moris y lo dejé allí ajustando el precio de una tartana... ¿Qué más?"

—Y usted se fué?...

—"A mi casa."

—Y permaneció en ella?

—"El tiempo necesario para mudarme de ropa, y... La verdad es, señor jefe de policía, que este interrogatorio me parece altamente ridículo.... Qué tengo yo que ver con que ese hombre haya ó nó desaparecido?..."

—Sírvase seguir contestándome.

—"Voy á seguir contestando—replicó con tran-

quila indiferencia,—porque no deseo verme complicado en sospechas que deshonran. Siga usted preguntando, señor jefe."

—Salió usted de su casa después?

—"Si, señor."

—Y estuvo?...

—"Me permite usted que lo reserve?"

—Por qué?

—"No es posible?...—preguntó sonriendo."

—Si usted cree que debe reservarlo...

—"No, señor, si es necesario decirlo."

—Necesario es todo para que la justificación sea completa,—le contesté.—Puede usted hablar como si lo hiciera con su confesor...

—"Pero... que usted cree que don Manuel Larrica ha sido substraido... ó... asesinado?"

—Esa suposición existe desde que nadie puede darnos razón de él?

—"Ha hablado usted con *Pepa?*"—me preguntó de pronto.

—No,—le repliqué.

—Imprudente!—exclamó Rivadavia.

—Lo creía innecesario, señor.

—Sin embargo, ha debido usted empezar por ahí.

—Como V. E. me dijo...

—Ha debido usted arrestar á esa mujer... Incomunicarla...

—Sin tener siquiera una prueba indiciaria señor? Hubiese sido otro escándalo inútil de que los enemigos de V. E. y del señor gobernador se hubiesen aprovechado.

—Verdad,—murmuró Rivadavia,—sigo usted...

—"Pues Pepa, ha de saber mejor que nadie donde se encuentra su marido."

—Pero,—le dije,—¿se niega usted á decirme donde se encontró después de salir de su casa?

—"No, señor,—me contestó,—puesto que usted se empeña. De mi casa pasé al hotel de Fraunch con el objeto de comer allí; pero como había mucha gente y me molestaba pasé á la *fonda de Jaime.*"

—Centro de escándalos... de borrachos y de prostitutas.

—"Ya le decía á usted que me repugnaba manifestárselo; pero entre hombres...—añadió volviéndose á reír.—Como no había tomado localidad para la función de esa noche, pensaba hacerlo inmediatamente que comiera; pero me encontré allí con algunos amigos ingleses; con algunas mujeres de mi antigua relación y... se me pasó la hora. Cuando me recordé eran las once ú once y media. Marché directamente al teatro. Pedí á Montoro una entrada y localidad".

—"Entrada sí,—me contestó,—pero lo que es localidad hace rato que no hay".

"Pagué la entrada y ya iba á entregarla á la puerta, cuando asomando la cabeza por la ventanilla de la boletería me hizo señas Montoro para que me acarcara de nuevo".

—"Lo llamaba,—me dijo sonriendo maliciosamente,—porque si usted quiere localidad, yo sé de una que debe estar desocupada".

"Creí que se trataba de algún asiento reservado por él, y ya iba á ofrecerle lo que me pidiera, cuando me dijo:

—"Si es la luneta que D. Manuel Larrica me compró esta tarde".

—"Cómo! — exclamé. — No ha venido don Manuel?"

—"No, señor".

"Entonces,—repuse, creyendo que tampoco habría ido Pepa:

—"Es inútil".

—"Pero *ella* sí,—añadió el boletero que sabe las relaciones que medían entre la mujer de Larrica y yo,—aunque él no".

—"Gracias, Montoro,—le dije suponiendo lo más probable y natural:—que á D. Manuel le habría ocurrido algo que lo imposibilitó de asistir á la función, y que Pepa fué sola por.."

—Por encontrarse con usted?—le dije.

—"Por vernos simplemente, pues yo supuse que á la conclusión de la obra D. Manuel se aparecería á acompañarla..."

—Y por eso fué usted á posesionarse de su asiento?

—"D. Manuel ha ignorado siempre las relaciones que medíau entre su mujer y yo, y si se hubiese presentado, con disculparme con que no había encontrado localidad, estaba todo arreglado".

—Dicen que usted al entrar le hizo á esa señora una señal con un pañuelo?

—"Una señal!... Qué estupidez!... Entré efectivamente á la platea llevando en una mano mi sombrero y en la otra un pañuelo con que enjugaba el sudor de aquella noche bochornosa..."

—Doblemente bochornosa.

—"Así sería...Dirigí la mirada á la cazuela... Montoro me había dicho la localidad que ocupaba Pepa y al hacerle impesadamente un saludo con el pañuelo que llevaba en la mano lanzó un grito y oí decir que se había desmayado".

—Y cómo justificó esa señora su desmayo?

—"Sencillamente: la sofocación de aquella atmósfera pesada y pestilencial, la acción terrorífica de la tragedia; los disgustos de familia y el verme acudir tan tarde... Ya sabe usted que una mujer por cualquier cosa se desmaya cuando desea interesar".

—Y por qué cometió usted la imprudencia de llamarla y aun de tomarla del brazo, desafiando de tal manera y con tal escándalo á las personas que los rodeaban.

—"¡Hipócritas! Como si Pepa fuera la única mujer casada que tiene amante! Procedí así por impulsos del primer momento y usted hubiera procedido de la misma manera en mi caso y con mi edad dejando aparte las preocupaciones de su empleo".

Iba á continuar en mis preguntas cuando se apareció el coronel U...seguido de José Tomás Aguiar y del doctor D...

Sin casi saludarme se dirigió á su hijo y después de increparle con palabras duras la conducta escandalosa que venía observando le pidió la llave de un sótano. El hijo le contestó de mal talante y don Domingo se puso tan exaltado que si no hubiésemos estado allí personas extrañas y no hubiese acudido *misia* Rita es seguro que lo hubiera castigado como correspondía.

Me retiré inmediatamente é inmediatamente pasé á tomar las indagaciones confirmatorias ó contradictorias de las declaraciones hechas por el excapitán.

Ni en una sola encontré contradición: un negro sirviente de la casa de U...,Moris, Montoro, Jayme Wilde y otras muchas personas han

confirmado plenamente lo asegurado por él y en lo asegurado por él no hay, á mis cortos alcances, la mínima sospecha que lo acuse de un crímen, si es que crímen ha habido.

—Debió usted *inmediatamente* tomar declaración á esa mujer,—dijo Rivadavia.

—La creí inútil, señor.

—Por qué?

—Porque si efectivamente existiera crímen y él y ella fueran los autores de ese crímen es seguro que habrían tenido tiempo de ponerse de acuerdo.

—Sin embargo, aunque tarde, es necesario que usted proceda como se lo indico. Acuérdese de los antecedentes de esa mujer á quien por ellos la creo capaz de todo.

—Bien, señor.

—Hágase acompañar por el mayor Alcaráz, que es hombre sutil en eso de pesquisar criminales.

—Perfectamente.

—Y á pesar de las declaraciones hechas por ...el ex capitán, no lo deje de la mano hasta que tenga la certeza del paradero de ese portugués. Puede que sean inocentes, como puede que sean culpables. En el primer caso, nada se pierde porque el ex capitán si no es en una será en otra que ha de caer. ¿Tenemos alguna otra novedad?

—Sí, señor.

—Hable, señor Achával.

—Tengo noticias de que se trama una nueva revolución.

—Quiénes la van á encabezar?

—Se dice que el mismo doctor Tagle, que ahora se encuentra en Córdoba....

—Cuando vuelva, hágalo vigilar. ¿Y quién más?

—Los coroneles Araoz, Rolón, Ormas, Bauzá, Vidal....

—Otra vez! Vigílelos, señor jefe de policía y á la menor sospecha de prueba me avisa. Ya sabe que el gobierno tiene en usted puesta toda su confianza.

—Sabré corresponder á esa confianza con toda mi voluntad, señor ministro.

Y el jefe de policía saludó al gobernador y su ministro de estado y se retiró del fuerte para seguir en las indagaciones del presuntivo crimen.

III

Sigue el primer jefe de la policía de Buenos Aires tras la huella del presuntivo crimen y se encuentra con una cómica admirable.

Era don Joaquín Achaval, uno de los más dignos y patriótas ciudadanos, el que, "por sus luces, actividad, constancia y celo" había sido designado por el mismo Rivadavia para ocupar el puesto de primer jefe de la policía que tuvo la ciudad de Buenos Aires.

Secundado se hallaba por el famoso perseguidor de bandidos y bravo militar, mayor Rafael Alcaráz, de quien los directores supremos Puyrredon y Rondeau, se sirvieron para limpiar la compaña de la provincia de los gauchos, cuatreros, y aun de los indios ladrones.

Y no le iba en zaga en valor probado su jefe don Joaquín Achavál, quien, apesar de lo que como *paísano* tenía en eso de manejar armas, al día siguiente de ser nombrado marchó á la cabeza de unos pocos celadores y se metió en la parroquia de Monserrat, llamado el barrio de los hombres de bronce, por cobijarse en ella los más terribles cuchilleros de la ciudad.

Pronto dió fin con ellos llevándolos á la cárcel y de ahí al ejército veterano ó haciéndolos huir al famoso Monte Castro, de donde si bien

salieron en el año 1810 los primeros soldados del primer ejército patrio al mando del coronel Francisco Antonio Ortíz de Ocampo, tambien encontraron su guarida los tremendos malhechores que más crímenes cometieron en esa parte de la campaña.

A don Joaquín Achavál se le debió en mucho la remonta del ejército con que el general don Martín Rodriguez hizo la primera expedición á los desiertos del sur, dando estricto cumplimiento al decreto sobrse vagos, *fuese cualquiera que fuese la clase á que pertenecieren* y al de los desertores indultados, que los había ocultos en número considerable.

El consiguió, á fuerza de multas, de penas y continuas persecuciones que se suprimiera ó cuando menos que se reprimiera en el bajo pueblo el uso de las armas y desapareciesen los numerosos garitos en cafeés y pulperias y aún en casas particulares, como asi mismo los contrabandos y contrabandistas.

No había conato de conspiración fraguada contra el gobierno de que no tomara todos los hilos.

Raro era el crímen ó delito, muerte *casual* ó alevosa, riña ó pendencia de que no tuviera noticia y no acertara con el culpable, si lo había.

Por eso cuando el ministro de gobierno le recomendó la pesquisa del paradero de D. Manuel Larrica, ya había tomado por su cuenta cuanto dato le fué posible para dar con él.

Pero... D. Manuel no parecía y eso llegó á tenerlo contrariado.

Lo mas natural hubiera sido para otros ir á la casa de aquel y preguntarle á su esposa; pero

habiendo nacido las sospechas de un delito del que ela podría ser cómplice, le pareció -mas correcto y sobre todo mas prudente, empezar por el sindicado de autor principal y si resultase de las declaraciones de este la mínima idea de complicidad entónces caer *inmediatamente* sobre la cómplice.

Pero fueron tan naturales y esplícitas las declaraciones del ex capitán; se confirmaron todas ellas tan palmariamente, que si había delito no sería á buen seguro el ex capitán y su querida los autores. Es decir, eran si, autores de un delito,—que á voces se conocía:—el de adulterio; —pero delito de fuero interno con el que ni el *ministerio público* y menos la policía tenía nada que ver si no había *petición de interesado.*

Y el interesado en pedirlo clasificábanlo de tan manso!... ¡Qué mal conocían al pobre don Manuel Larrica!

Sin embargo y de creer que con las esplicaciones dadas al gobierno había terminado su misión con respecto á las sospechas recaídas en el ex capitán y para él completamente desvanecidas, llamó á su despacho al famoso Alcaráz y encerrándose con él celebraron una larga conferencia, despues de la cual se dirigieron ambos acompañados de un celador á la calle de Empedrados.

Llegaron á la casa del *desaparecido*, llamaron á ella y salió la parda Rufina á abrirles la que, al verlos,—que muy conocidos los tenía—se puso pálida y tembló, abriendo los ojos con espanto.

El gefe de policía cambió una rápida mirada con Alcaráz y dirigiéndose á la parda le preguntó:

—Por qué te asombras y tiemblas al vernos?

—Yo... señor!...—contestó la parda tratando de sonreir.— Es que me dan estas cosas por costumbre. Siempre me asusto cuando veo á la gente de justicia.

—Resabios,—murmuró Alcaraz.

—Y nada màs?

—Y por qué más, señor?—preguntó la parda que seguía temblando.

—Está tu amo?

—Mi amo!

—Si, tu amo: el señor Larrica.

—Ay, señor, hace días que no sabemos nada de mi amo...

Iba á seguir el jefe de policía en su interrogatorio y Alcaráz en su observación de las gesticulaciones de la parda cuando se oyó una voz de mujer que preguntaba desde la sala:

—Quién es, Rufina?

—Son unos señores...—contestó ésta.

—Hazlos entrar si preguntan por mí,—replicó la voz.

Achaval y Alcaráz se volvieron á mirar y haciendo á un lado á la parda entraron en el zaguan y abrieron la puerta de la sala.

Allí estaba Pepa reclinada en el sofá de enfrente sobre el que se hallaba el cuadro con la viva efigie de don Manuel Larrica, "con su nariz *aporongada* y su gruesa cadena de oro macizo..."

Vestía un batón blanco adornado de ricos encajes.

Suelta en guedejas su rizada cabellera.

Y á la luz del medio día que tenuamente pe-

netraba por el entornado de las puertas y ventanas notábase la palidéz de su rostro y el rojo de sus lábios que más atrayente la hacían.

Al verlos Pepa se levantó sorprendida.

Fijó la mirada en Alcaráz y le vino á la memoria la noche aquella que huía con su amante.

Aquellas facciones vistas en la semi-obscuridad de la calle, no se le habían olvidado.

Luego, aquellos hombres debían ser agentes de seguridad.

Algo de terrible debió pasar en ese instante por Pepa, que supo disimular, llamando en voz alta á la parda:

—¡Rufina! ¡Rufina!

—Señora?—dijo ésta presentándose.

—Cómo ha dejado usted entrar á estos *señores*, y creo que deben serlo por su traje, sin anunciarlos?

—Yo.....—murmuró la parda.

—Señora!—exclamó don Joaquín Achával quien, como Alcaráz, estudiaba los gestos de Pepa.

—Señor,- replicó Pepa altanera, — no tengo por costumbre recibir desconocidos en ausencia de mi esposo,

Achával y Alcaráz seguían observando la fisonomía de Pepa.

—Tenga usted la bondad de sentarse señora, —la dijo el primero,—que no somos *desconocidos* como usted nos supone.

—Para mí, sí.

—Sin embargo, señora,—repuso Alcaráz bruscamente,—yo creo que usted me ha visto alguna vez.

Pepa hizo como si le observara detenidamente y contestó con un mohín desdeñosc:

—Puede ser.

—Soy el jefe de policía,—la dijo D. Joaquín Achával.

—¡Ah!, y el señor?...

—De la policía también, señora. Puede usted tomar asiento que no venimos á causarla ningún mal.

—A mí!—exclamó Pepa.—Y por qué! habían ustedes de causarme mal? ¿Què delito hé cometido? ¿No tengo suficiente desgracia con verme abandonada de mi esposo?

—Haga usted retirar á su criada, señora.

—Retírese usted, Rufina,—la dijo Pepa á la parda que aun permanecía en la puerta que daba al zaguán.

La parda obedeció.

—Con permiso,—dijo Alcaraz desapareciendo tras ella.

—Pero, ¿qué es esto?—exclamó Pepa frunciendo el ceño y apretando las manos con crispaciones nerviosas.

—Esto es, señora,—la dijo tranquilamente el jefe de policía,—que mi compañero es un agente discreto. No debe enterarse de lo que nosotros vamos á hablar.

Pepa lo miró altiva y dejándose caer en el sofá le contestó:

—Hable usted, señor.

Achával contempló á aquella espléndida mujer, más espléndida aun sobrexcitada.

—Señora,—la dijo tratándose de sobreponerse al poder de la dominación que Pepa pudiera ejercer en sus sentidos,—dícese que el Sr. Manuel Larrica, su esposo... ¿Supongo que es esposo de usted?

—Sí, señor, mi esposo... *Ese*,—y con un movimiento de la mano donde brillaban los diamantes de distintas sortijas, le indicó el retrato que había en el testero del sofá.

—¿Es cierto que ha desaparecido y que usted no sabe dónde se encuentra?

—Es cierto, señor,—repuso Pepa inclinando la cabeza.

—Y cómo se explica usted esta desaparición?

—Qué se yo?—dijo Pepa haciendo un movimiento de impaciencia.—Usted que es jefe de policía debe saberlo.

—Tendria usted inconveniente en decirme desde cuándo dura la ausencia de su esposo?...

—Pero este interrogatorio, señor?

—Es con objeto de encontrar á su esposo de usted *si es que no ha muerto*.

—Muerto! — exclamo Pepa, levantándose impulsivamente y dejándose caer de nuevo volvió á exclamar, llevando un fino pañuelo de batista á los ojos:—¡Muerto!—para decir despues con frialdad glacial:—No lo creo.

—Y por qué, señora?

—Mis motivos tendré para ello,—contestó Pepa sonriendo.

—Luego usted cree?....

—Que no ha muerto,—contestó Pepa con firmeza.

—Querría usted responderme á las preguntas que le hé hecho.

—Cuáles?

—Desde cuándo?...

—Ah, si. Desde la noche en que se representó por primera vez *Orestes*.

—Lo sabía.

—Y si lo sabia usted, señor, ¿por qué me interroga?

—Porque en aquella noche, señora,—le contestó el gefe de policía alterado por la brusquedad de la pregunta,—se permitió usted dar pábulo á los maldicientes con un escándalo inmoral.

—Escándalo inmoral!... Señor gefe de policía, creo que usted se ha olvidado de que está en mi casa!—pronunció Pepa, levantándose arrogante, y lanzando de sus ojos destellos de ira.

Y añadió:

—Si es que no ha venido usted mas que con el objeto de ofenderme yo lo invito á que se retire.

—Cálmese usted.

—Me calmaré cuando el señor gefe de policía mida sus palabras,—dijo Pepa en el mismo tono.

—Bien. ¿Querría usted decirme si su esposo la acompañó al teatro?

—Porque nó. Mi esposo no me acompañó al teatro.

—Dónde quedó?

—Me permite usted, señor gefe que me explique?

—Es lo que deseo, señora.

—Con franqueza?

—Con toda la franqueza que usted quiera.

Pepa ocultó, breves instantes, el rostro entre los bordados pliegues de su bata.

Levantó despues la cabeza y como si hiciera un esfuerzo le dijo al gefe de policía:

—Ya puede imaginarse, señor jefe...

—Achaval, señora...

—Bien. Ya puede usted imaginarse, señor Achaval, que entre Manuel y yo hay un abismo. Me casé con ese hombre...

Pepa vaciló.

—Sin amor, ¿no es verdad?—concluyó el jefe de policía.

—¿Y qué amor podía tenerle una mujer como yo á un hombre como ese?—repuso Pepa, señalando el retrato, y luego afirmó: — Con repugnancia; pero yo era pobre y él me ofreció riquezas desconocidas para mí.—Me engañó llevándome á un cuartujo estrecho y me tuvo llena de privaciones durante mucho tiempo hasta que resolví separarme de él.

Cambió entónces y me trajo á vivir á esta casa, rodeándome de toda cláse de comodidades; pero yo no podía fingir ya. Manuel me era odioso y se lo manifestaba á cada instante. Nuestra vida, nuestro hogar era un infierno.

Pepa se detuvo un momento: el jefe de policía la escuchaba con toda su atención.

—Esa mañana,—continuó Pepa,—tuvimos la mayor de nuestras reyertas y le pedí, con toda la adversión de mi odio, que me librara de su presencia.

—Yo te prometo,—me dijo,—que no me volverás á ver más!

Pocas horas después vino á mí muy amable y me invitó á salir.

Me negué á ello; pero diciéndome que era para comprar las localidades de la función de esa noche, accedí.

Mi pasión más grande, señor, ha sido siempre el teatro.

Por asistir á una función teatral haría el más grande de los sacrificios.

Salimos:—Llegamos á la boletería, compró las localidades y bajamos á la Alameda.

Poco después y al llegar á la casa de Sotoca nos encontramos...

Pepa bajó la vista y balbucoó:

—Con el señor U...

—Que los acompañó á ustedes?

—Sí, señor.

—El capitán U..... es amigo de su esposo de usted?

—Amigo nó, conocido...

—Y sospechaba?...

—Del único hombre que no sospechaba nada era de José U...

—¡Marido ejemplar!—murmuró el jefe de policía.—Y continuaron ustedes?...

—Yo me separé de ellos y vine á casa. Después supe que U... se separó de Manuel en lo de Moris... Esperé hasta la hora de la representación; pero viendo que Manuel no venía me hice acompañar al teatro con mi criada...

—Debió usted suponer que algo le ocurriría cuando no volvió?

—Lo que supuse fué que lo había hecho á propósito para no llevarme...

—No se comprende habiendo comprado las localidades.

—No era la primera vez que lo hacía.

—Ah!

Y después de la exclamación, el jefe de policía preguntó á Pepa indiferente:

—A qué había ido su esposo á lo de Moris?

—A alquilar una tartana para llevarme esa noche al teatro.

—Y vino la tartana á su casa?

—No, señor.

—Ah, no vino?...

—Repito que nó. Sospeché entónces que se había ido en ella á una chacra que tenemos en el partido de Flores,—pero al día siguiente mandé preguntar y dijeron que nó.

—Y la tartana?

—Quedó esperando á que él volviera para venir á buscarme, según la órden que dió en la cochería.

—Exactamente,—murmuró D. Joaquín Achával.

—Qué dice usted, señor?

—Qué cómo explica usted la entrada de U... casi á la conclusión del espectáculo?

—El me lo dijo después... Parece que unos amigos lo entretuvieron en una fonda de...

—Y la señal que hizo á usted con un pañuelo blanco?

—A mí... señal... con un pañuelo blanco!...—y Pepa rió ocultando de nuevo el rostro entre los pliegues de la bata.

—Y su desmayo?

—Acaso le está prohibido á una señora desmayarse?—preguntó Pepa con resentida coquetería.

—Sin embargo, usted debía tener perfecta seguridad de que su marido no iría al teatro, ni siquiera á buscarla cuando al bajar de la cazuela se tomó del brazo de...

—Me tomé de su brazo porque fué el único caballero que me lo ofreció...

—Varias señoras le manifestaron que la acompañarian á usted y usted rehusó...

—Y para qué iba á molestarlas?

—Verdad, lo que usted deseaba era hacerse acompañar por... ese jóven.

—Señor!

—Y vino con usted hasta aquí?

—Así parece.

—Y entró?

—Señor, de lo que acontece de los umbrales de esta casa para adentro solo debo dar cuenta á mi marido!—dijo Pepa ofendida.

—Y á la justicia cuando la justicia va tras el rastro de un crímen!—dijo el Jefe de Policía con vehemencia.

—De un crímen!—exclamó Pepa, y luego repuso con exclamación nerviosa:—Espere usted,—Sí, bien puede ser que impensadamente se haya ido á pie á la chacra y que...Dicen que hay tantos malhechores en ese camino!...Usted que es el Jefe de Policía debe saberlo. Por qué no indaga, señor? Sería horrible que ese *pobre hombre* hubiese muerto asesinado!

Don Joaquín Achával contempló con toda la intensión de su esperiencia el rostro de aquella mujer; pero en aquel rostro no había sino ingenuidad soberbia, sugestión atrayente de una hermosura diabólica.

El Jefe de Policía se encogió de hombros y tomando su sombrero saludó á Pepa diciéndola:

—Señora, se hará todo lo que se pueda para devolver á usted su marido vivo ó muerto.

—No me lo devuelva usted, señor—contestó Pepa, sonriendo y alargando su mano al Jefe de Policía;—pero que se sepa al menos dónde se encuentra.

—Bien,—contestó el Jefe de Policía y estrechando aquella mano salió.

En el zaguán lo esperaba el mayor Alcaráz con la parda Rufina que les abrió la puerta de calle.

Al llegar á esta don Joaquín Achával volvió la vista: Pepa, que se hallaba de pie en la de la sala, sonrió é hizo un saludo á que contestó el Jefe de Policía con una inclinación de cabeza.

Cuando salieron se oyó la voz imperiosa de Pepa que le decía á la parda Rufina:

—Cierre usted!

Don Joaquín Achával se dirigió al celador que los esperaba diciéndole:

—Puede usted retirarse al departamento.

Y dirigiéndose á Alcaráz:

—Venga, mayor,—le dijo.

Y siguieron por la calle de Cuyo hasta llegar á la de la Fortaleza ó 25 de Mayo.

Durante ese trayecto don Joaquín Achával y el mayor Alcaráz seguían hablando.

—Registró la casa, mayor?

—Con la mayor prudencia, me hice acompañar por la parda.

—Y ha notado algo de particular?

—Nada.

—Luego, usted supone?

—Que si ha habido crímen, el crímen no se ha cometido allí.

—De manera que la parda no ha podido oír lo que yo conversaba con su ama?

—Ni una palabra...ni el murmullo siquiera; pues mientras usted lo hacía, yo *confesaba* á la parda.

—Y?

—Me contó que en aquella mañana sus amos habían tenido una riña tremenda...

—Justamente.

—Que doña Pepa le había pedido á su marido la librase de su odiosa presencia.

—Concuerda...

—Que don Manuel volvió á la tarde y queriendo hacer las paces invitó á doña Pepa á ir al teatro para comprar localidades de la función de esa noche y que doña Pepa volvió después sola esperando á su marido que debía traerle una tartana para conducirla al teatro; pero que no viniendo ni la tartana ni su marido, resolvió irse al teatro.

—Sola?

—No, señor, acompañada por la parda.

—Perfectamente.

—Que después de concluída la función se presentó doña Pepa acompañada de su amante, lo que les increpó fuertemente temiendo que don Manuel viniera, por lo que pasó toda la noche en vela sobresaltada.

—Y qué dice de la desaparición de Larrica?

—Que ya otras veces y á causa de los disgustos con su mujer, solía irse á una chacra que tienen en el camino de Flores y que pudiera ser que allí estuviera.

—Y no le preguntó usted si habían mandado á averiguar?

—Sí, señor: dice que doña Pepa no ha querido que se averigüe, porque no fuera á creer don Manuel que lo anda buscando.

—Y cómo explica la parda la desagradable sorpresa que le causó nuestra presencia?

—Lógicamente: esa mujer regenteaba ó era dueña de la taberna de la Ratona, en donde la gente de justicia tuvo que intervenir en más de una ocasión con multas y con prisiones, dados los escándalos que allí se producían. Nada de extraño tiene entónces su actitud.

—De manera que todo concuerda perfectamente, solo nos resta...

—Qué?

—Este detalle,—dijo el Jefe de Policía al enfrentar á una cochería situada á los fondos de la iglesia de la Merced.—Morís!—gritó desde la puerta.

—Señor,—contestó un hombre bajo y robusto acercándose.

—Recuerda usted la última vez que estuvo aquí don Manuel Larrica?

—Ya hè esplicado al señor Jefe...

—Vea si me puede contestar á lo que le pregunto.

—Si, señor.

—Con que la tartana?...

—Debía esperar á que él volviera para conducirlo á su casa; pero como el señor Larrica no volvió...

—No mandó usted preguntar?

—No, señor.

—Es decir que la tartana?...

—Esperó inútilmente.

—Bàsta, muchas gracias, Moris.

—Es cierto, señor, que no se sabe dónde se encuentra don Manuel?

—Es cierto.

—Si lo habrán asesinado?

—Puede... veremos... Adios, Moris.

—Adios, señor Jefe, ya sabe usted que puede disponer de mi persona y de mis coches.

Don Joaquin Achaval y el mayor Alcaráz siguieron hacia la Fortaleza.

—Vamos á dar cuenta á don Bernardino del resultado y seguiremos despues en las indagaciones hasta dar con el paradero de ese hombre. Es cuestión de negra honrilla mayor.

—Y usted, ¿qué piensa, señor Achaval?

El primer Jefe de la Policía de Buenos Aires se detuvo un momento y encogiéndose de hombros, contestó con marcada convicción:

—Pienso, mayor Alcaráz, que, ó esa mujer está completamente agena al presuntivo crímen ó que es una cómica admirable.

—De afición,—hubiese contestado Pepa si lo hubiese escuchado.

IV

En el que don Bernardino Rivadavia abandona las importantes cuestiones de Estado para conferenciar con un médico, interrogar á Pepa y quedar tan á obscuras como antes respecto al supuesto crimen.

Don Joaquín Achával y el mayor Alcaráz dieron cuenta detallada al Ministro de Gobierno del resultado de su investigación en casa del *desaparecido*.

Ambos creían en la no participación de Pepa en aquella desaparición; pero Rivadavia no se mostró satisfecho.

—Y no hé de estarlo nunca, mis amigos, hasta que no demos con el paradero de ese hombre. Es necesario demostrar que hacemos policía y que no se mueve una arista sin que tengamos de ello conocimiento...No desaparece así no más un hombre á quien conoce todo el mundo y á quien todo el mundo reclama vivo ó muerto...La voz del pueblo ha arrojado sospechas sobre la conducta de ese calavera inmoral...Y la verdad es que la voz del pueblo tiene fundada razón para sospechar de él y de ella...

¿A quién puede interesar la desaparición de un marido enojoso sino á los amantes?...Por la relajación de sus costumbres lo creo capáz de todo

á ese incorregible y nada de extraño tendría que esa Pepa, criada en el fango de una taberna...

—Hé tenido ocasión, señor,—dijo don Joaquín Achával,—de estudiar, aunque someramente, las condiciones morales de *esa señora* y puedo asegurar á V. E. que sabe guardar las formas y producirse con alguna corrección.

—Dicen que es una mujer atrayente...—repuso Rivadavia con fina ironía.

—Así parece...

—Entónces no es difícil...

—Difícil què señor?

—Que sugestione con su hermosura y que se tenga con ella consideraciones...

—Pero, señor,—dijo Achával un tanto impaciente,—yo no hé podido encontrar un solo indicio legal y lo mismo le pasa al mayor Alcaráz, que dé siquiera la sospecha de que esa mujer sea culpable...Si V. E. cree que debo llevarla detenida á la cárcel lo haré; pero lo creo inútil y hasta perjudicial para los intereses del gobierno contra quien fácilmente encontraría defensa.

Rivadavia paseaba abstraido.

—Bien,—le dijo al Jefe de Policía, encogiéndose hombros,—proceda como lo crea por conveniente en ese asunto que ya nos molesta demasiado.

Y dirigiéndose al mayor Alcaráz, prosiguió:

—Acabo de recibir una comunicación en que me dicen que los caminos que conducen mas allá de Monte Castro se encuentran interceptados por una partida de indios bravos mandados por el terrible cacique *Nicolás*. ¿Qué elementos necesitaría usted para batirlos?

Alcaráz pensó un momento y luego repuso:

—Diez hombres elegidos por mí del cuerpo de *cazadores.*

—Diez hombres?...Pero es que *Nicolás,* segun se me agrega, cuenta con más de doscientos indios de lanza, sin la chusma.

—Con esos diez hombres, señor Ministro, me basta para internarme en el Monte de donde sacaré los elementos necesarios para batir el *malón* de *Nicolás.*

—Qué piensa hacer, mayor?

—Ya sabe el señor Ministro que el Monte Castro es el refugio más seguro de cuantos bandidos se encuentran perseguidos en la provincia.

—Desgraciadamente es cierto.

—Pues me valdré de esos mismos bandidos para llevarles un escarmiento á los indios de *Nicolás* y traérmelo á este. Esto es, si V. E. me permite proceder....

—Diga....

—Debo prometerles á esos bandidos indulto y un sueldo en el ejército.

—Y no teme?

—Ya sabe V. E. que son ellos los que me temen á mi pues los conozco demasiado. No hé de irles con paños calientes. Sí ó nó. Si no están conformes empezaré por ellos, talando el Monte y llevándoles una persecución sin cuartel....

—Y sí se reunen todos?

—Ya trataré de batirlos en detalle...Si acceden terminaré más pronto no dejando, con su ayuda, un salvaje por estos alrededores sin escarmiento..

—Bien, mayor. Hablaré con el señor Ministro de la Guerra y dará á usted los hombres que necesite.

Y abriendo uno de los cajones de su mesa sacó un pliego y se lo mostró á don Joaquín Achavál:

—Ve eso, señor Jefe de Policía?

—Si, señor: es un pasaporte firmado por V. E. y refrendado por mí.

Le parece que está en regla?

Don Joaquín Achavál leyó aquel documento y repuso con sorpresa:

—Si, señor: está en regla. Yo hé de haber firmado al ver el nombre de V. E.

—Usted no ha firmado nada, señor Achavál, porque tanto su firma como la mia son falsificadas.

—Es posible, señor!

—Fíjese bien.

—Admirable, señor!...—exclamaron con asombro tanto don Joaquín Achával como el mayor Alcáráz,—y si V. E. no lo asegurase....

—Y cómo no lo hé de asegurar? Usted sabe que en el ministerio y en su oficina se lleva nota de todos los pasaportes que se expiden para los que quieren viajar. Pues ni en su oficina está anotado ni en el ministerio tampoco.

La persona que lo llevaba le fué sospechosa al juez de paz de San Isidro quien lo detuvo enviándome inmediatamente este documento..... Es una mistificación admirable como ustedes dicen. Nuestros enemigos deben contar con un falsificador habilísimo ...Hay que buscarlo. Mientras tanto, los pasaportes deberán llevar de hoy en adelante un signo secreto que se pondrá en conocimiento de las autoridades de campaña.

—Para ello, señor,—dijo Alcaráz sonriéndose,—

sería necesario contar con la discreción y fidelidad de esas autoridades pues de nó llegaría á ser un secreto á voces.

—De ustedes depente,—contestó Rivadavia,—pues en ustedes ha puesto el Gobierno toda su confianza.—Desde los señores cabildantes hasta el último conserge; desde los magistrados que forman el alto tribunal de justicia hasta los jueces de paz, alcaldes y el último corchete...Todo aquel que tenga un átomo de autoridad representativa civil ó militar, debe responder franca y lealmente á los propósitos del Gobierno para que el Gobierno pueda luchar con ventaja en beneficio de la patria. Aquél que nos representa en la más alta como en la más humilde de las esferas políticas y nos vende no sólo es nuestro enemigo desleal y artero, si no que traiciona las instituciones que deben regirnos.

Es necesario, señores,—añadió Rivadavia paseándose agitado,—que en nuestro mecanismo administrativo no exista ni siquiera un tornillo falso si queremos regularidad segura en su marcha. Tanto usted, don Joaquín Achaval, como usted, don Rafael Alcaraz, son, y espero que seguirán siendo amigos particulares de Bernardino Rivadavia; pero Bernardino Rivadavia mismo debe desaparecer para los primeros agentes de la seguridad pública si Bernardino Rivadavia pretendiera conculcar las leyes ó dejára de ser leal al Gobierno que sirve.

Tenemos problemas dificilísimos que resolver, mis amigos, y se necesita para ello de mucho tacto, de mucha habilidad, de muchos sacrificios.

Los afectos íntimos y las consideraciones per-

sonales, deben desaparecer ante el extricto cumplimiento del deber público.

Ante la ley no debe haber privilegios, ni *clases*, pues en ello estriba el verdadero principio republicano.

Y haciendo una transición le dijo al Jefe de Policía:

—Suprima la exposición de cadáveres en los soportales del Cabildo. Es un espectáculo repugnante...

—Pero indispensable, señor. No tenemos un local á propósito donde exhibirlos para la identificación de los desconocidos...

—La Facultad de Medicina podría habilitar una sala en el hospital á cargo de los padres betlemitas.—Póngase de acuerdo con el doctor D...

—Hace días que no lo veo.—La última vez fué en casa del coronel U... con quien tiene amistad estrecha.

—Mándelo buscar, ó... espérese un momento...

Y dirigiéndose á Alcaraz continuó:

—Mayor, puede retirarse y disponerse á partir lo más pronto posible...

—Yo siempre estoy dispuesto, señor,—contestó Alcaráz saludando y marchándose.

—Tiene V. E. algo más que ordenar?.... preguntóle á Rivadavia don Joaquín Achával.

—Sí... siéntese un momento....—le contestó Rivadavia haciendo lo propio junto á su mesa y escribiendo,—se me ha ocurrido..... vea, señor Achával, hágale decir á esa mujer que el Ministro de Gobierno desea hablarle por asuntos que se relacionan con la desaparición de su marido...

—Va á ir S. E. á su casa?

—No, Sr. Achával; que venga á mi despacho mañana á las diez... En esta carta, que me hará el servicio de enviar también, cito al doctor D... para la misma hora.

Y mirando fijamente á D. Joaquín Achával, le preguntó:

—No comprende cuál es mi objeto?

—No, señor.

—Tenga entendido que el doctor D... es una especialidad en el estudio de la fisiognomonia.

—Y qué es eso, señor?

—Un arte por el cual llega á leerse los movimientos de los músculos faciales como si fuera un libro abierto.

—Ah!

—Será una debilidad de mi carácter ó será lo que se crea por conveniente; pero aunque otras muchas cosas de mayor importancia me preocupan, deseo tener la firme convicción de que si hay crimen no hemos dejado impunes á los que mi conciencia me dice que son los verdaderos criminales. Puede retirarse D. Joaquín y no se olvide de investigar hasta dónde lleguen sus recursos de Jefe de Policía sobre el paradero de ese hombre. Mande comunicaciones á toda la campaña y póngase en contacto con las autoridades de las otras provincias.

—Bien, señor?—dijo Achával retirándose.

Al día siguiente, y á la hora indicada, un edecán se presentó en el despacho de Rivadavia.

Este trabajaba desde las primeras horas como lo tenía por costumbre.

—Qué desea, señor,—le preguntó al edecán.

—Una señora jóven que dice haber sido llamada por S. E.

Rivadavia miró su reloj.

—Puntual es esa... señora,—murmuró y luego añadió dirigiéndose al edecán:

—No ha venido el doctor D?..

—No, excelencia.

—Dígale á la señora que espere,—y Rivadavia siguió escribiendo.

El edecán volvió á presentarse.

—Y bien?—le preguntó Rivadavia.

—El doctor D... pide permiso para ver al señor ministro.

—Dígale que pase.

—Y esa señora?

Rivadavia que había dejado el despacho y se paseaba le contestó como si le molestara la pregunta:

—Que espere.

Era el doctor D... una de las personalidades científicas más descollantes de la época. Educado en la vieja universidad de San Cárlos de Nuestra Señora de Monserrat en la capital de Córdoba, marchó á la metrópoli de donde tornó borlado para formar parte de la Escuela y luego en la Facultad de Medicina.

Hombre de austeras costumbres, profesaba la religión de sus mayores aunque por sus estudios científicos solía *disculpar* ciertas preocupaciones que no se atrevía á calificar de erróneas.

Conjuntamente casi con el nombramiento de D. Joaquín Achával para Jefe de Policía de la ciudad, nombrósele á él médico de aquella repartición, á pesar de no estar muy definida su posición en la marcha política del gobierno del general Rodriguez ó mejor hablado de Rivadavia

que era, desde el año en que comienza este verídico romance, quien verdaderamente manejaba el timón de aquella nave.

Pero como pruebas había dado de no mezclarse en ninguna de las contínuas complotaciones hechas contra aquel gobierno, obtuvo ese puesto, que meritoriamente desempeñaba, por sus raros conocimientos en la ciencia médica y con especialidad en fisiologia y anatomia.

Envuelto en un ámplio carrique, pálido y macilanto el rostro en el que crecía la descuidada barba un tanto gris, presentóse en el despacho del Ministro de Gobierno.

Rivadavia salió á recibirlo con la deferencia á que sus méritos lo hacían acreedor y al verlo caminar casi vacilante é impresas en su fisonomía las huellas de una dolencia tal vez grave, le dijo, atrayéndolo á un sillón junto al que ocupó:

—Cómo, doctor, ¿se encuentra enfermo?... Si lo hubiese sabido...

—Cierto, señor Ministro, me encuentro molesto hace algunos días; pero en cumplimiento de su atenta no hè tenido inconveniente en dejar el lecho y venir...

—Supongo que no habrá peligro?...

—Asi lo espero,—murmuró el doctor D...

—Lo hè mandado llamar, doctor, porque hay algo que me preocupa con especialidad hace algunos días.

—Deja la política tiempo á V. E. para preocuparse de otra cosa?—preguntó el doctor D... sonriendo;—porque supongo que no será de política de lo que V. E. va á hablarme?

—Ha adivinado usted, doctor.

Y después de un momento de silencio le preguntó casi indiferente:

—Es usted muy amigo de mi pariente el coronel U...?

—Intimo, señor!—contestó el doctor D... con tal vehemencia que inmutó su rostro.—Lo creo uno de los hombres más leales y más dignos de mi amistad.

—Y qué opinión tiene usted formada de su hijo?...

—Su hijo!... José María!...—exclamó el doctor D...—con exitación nerviosa...—Mala!...muy mala, señor Ministro!

—Lo creería usted capaz de cometer un crimen?

—Un crimen!...—volvió á exclamar el doctor D....—poseido de la mayor violencia.

—Qué le pasa, doctor?

El doctor D... hizo un esfuerzo de concentración nerviosa para responder en seguida:

—Nada, señor; la enfermedad...

—Ha estudiado usted bien el carácter de ese *loco?*

—Demasiado, señor.

—Sus hechos pendencieros y sus escándalos repugnantes?

—Todo lo tengo estudiado.

—Ha oido usted hablar de la desaparición de don Manuel Larrica?. .

—Don Manuel Larrica.... Si!.... Hé oido rumores....

—Tiene usted conocimiento de los amores de José María con la mujer de ese extranjero?.....

—También, señor Ministro.

—Y no habrán sido *ellos* los autores de esa desaparición?

El doctor D... bajó la cabeza como si lo agobiara la dolencia física ó una idea mortificante.

Rivadavia que lo observaba repitió con acento insinuante:

—¿No le parece, doctor, que bien puede haber sido José María el causador de esa desaparición?

—No, señor Ministro,—contestó el doctor D.... fijando la mirada en el rostro de Rivadavia,—y marcando sus palabras añadió, con entonación pausada:—José María marcha por una pendiente muy resbaladiza. Apesar de la justa severidad con que su padre lo trata se enloda con frecuencia.—A él se deben las muchas lágrimas que vierte su desgraciada madre.—Por respectos á su familia y á los deudos de esta, entre los que se encuentra el señor Ministro, sería conveveniente.....

Qué?

—Reincorporarlo al ejército.

—Está loco, doctor! Un hombre así sería capaz de sublevar el cuerpo á que perteneciera!

—O de hacerse matar..... evitándole á su familia y á sus deudos....

—El qué, doctor?.....

—La continuación de estos escándalos.

Rivadavia tocó un timbre:

—Dígale á esa mujer que puede entrar,—le dijo al edecán.—Sabe, doctor, ¿quién es esa mujer?

—Lo ignoro, señor

—La esposa del portugués Larrica.

—Ella!—exclamó el doctor. D....sin ocultar su repugnancia.

—La hé llamado, doctor, porque deseo.....

Rivadavia calló. Acababa de presentarse Pepa en el despacho.

Vestía traje de calle:—saya de raso negro un tanto corta, ajustando su cuerpo emballenado corpiño que hacía resaltar su airoso cuerpo.

Pendía de su busto,—levantadas las blondas en pliegues estudiados,—una mantilla española que encuadrando en su rostro de abismos sugestivos, como si para ella hubiera sido creada, podía competir en garbo y donaire con la más altiva y salerosa hija de Andalucía.

Era la primera vez que iba á hablar con todo un señor Ministro de Estado y un Ministro de estado como D. Bernardino Rivadavia, cuya severidad de costumbres, tanto pùblicas como privadas, se hizo proverbial aun entre la gente del bajo pueblo.

Sin embargo de ello, y apesar de lo respetuoso y aun desembarazado de su saludo que demostraba no turbarla las alturas del Poder ni las rigideces de la etiqueta, notábase en su aspecto y marcábase en su ceño olas de enojo rugiendo en el mar de su cerebro.

Para qué la llamaba el señor Ministro?

Algo debió suponerse y seguridades tendría de que no se trataba de acusarla con pruebas cuando de tal manera y con tal desparpajo que se presentaba.

Rivadavia contestó con una leve inclinación de cabeza á su saludo, diciéndole:

—Ha llegado hasta el gobierno, señora, la in-

comprensible desaparición del señor Larrica y la hé llamado á usted á objeto de que se sirva darme algunas esplicaciones.

—Puede preguntar el señor Ministro lo que guste.

—No ha tenido usted aun noticias de su esposo?

—Creía,—contestó irónica Pepa,—que S. E. al llamarme iba á darmelas.

—Cómo?

—Por las pesquisas que el señor Jefe de Policía haya hecho.

—Desgraciadamente la Policía nada ha conseguido aun.

—Jesús, señor Ministro..... ¡A ese hombre parece que se lo ha tragado la tierra!

—Debemos suponer que á *ese hombre* se le detiene en algún parage.....

—Seguramente.

—Vivo..... ó muerto,—acentuó Rivadavia.—No lo cree usted, señora?

—Así será puesto que no parece,—contestó Pepa sin eludir la mirada investigadora de Rivadavia.

—Tal vez en el momento menos pensado demos con él.

—También puede ser verdad, señor Ministro; pero tarda ese momento.

—Que es fàcil no llegue nunca..... murmuró el doctor D...., cuyo pronóstico descompuso transitoriamente la actitud de Pepa quien llevó impulsivamente las manos á sus ojos.

—Lo sentiría usted mucho, señor?—le preguntó Rivadavia con estudiada indiferencia.

—Que si lo sentiría, señor?—preguntó Pepa con sorpresa.—Y cómo nó lo había de sentir, si es el padre de mis hijas?.....

—Dicen que D. Manuel *era* rico?.....

—De sus riquezas, señor, nunca hé sabido y si hoy me abandona tendré que echar mano de mis alhajas para vivir con decencia.....Sé que tenemos una chacra en el partido de Flores, pero nada más sé.... Si me ha abandonado es probable que se halla llevado sus riquezas.

—Sabia él las relaciones que mediaban entre usted y?.....

—Y quién, señor?—dijo Pepa como si la tomara de nuevas la pregunta.

Tocóle su vez á Rivadavia descomponerse en su actitud circunspecta pues que con enérgico y áspero acento la dijo:

—Cómo *y quién,* señora? Necesita usted que le repitan el nombre de ese insensato que ha olvidado por usted todas las conveniencias sociales, la dignidad de su familia y el nombre que lleva?

—Y qué culpa tengo yo de todo eso?—preguntó Pepa en un arranque de altivez colérica.—La tendrá la suerte que ha hecho que nos encontremos y la de tener un marido como el mío. La tendrá, señor Rivadavia,—añadió Pepa cada vez más excitada por la violencia de aquella situación,—la misma razón que tienen otros para hacer lo mismo que nosotros hacemos sin que nadie les diga nada.—Y es claro,—añadió en el colmo de una ironía amarga,—á *ellos* no se les persigue porque están con el gobierno. A *ellas* nadie las insulta porque son... *muy señoras mías* que no *rolan* si no con la *gente decente* y tienen quien las defienda.

—Reprímase!—la dijo Rivadavia con acento y ademán enérgico, mientras el doctor D... abismaba el rostro entre las manos.

—Y por qué me hé de reprimir cuando se me ofende?

—No es ofensa decirle, señora, el descaro con que usted falta á la moral...

—Tal vez haya mas decencia en mi descaro que en la hipocresía de *esos* y de *esas* que...hasta á mí misma me da vergüenza de nombrar,—exclamó Pepa relampagueando en sus ojos destellos de ira como cuando el gallardo oficial la besara por primera vez en la taberna de la Ratona.

—Repito á usted, señora, que se calle ó me veré obligado!...—exclamó Rivadavia con irritada voz.

—A mandarme á la carcel? Es lo único que me falta, señor Ministro...—replicó Pepa con la misma ironía de antes para seguir con acento y ademanes nerviosos y terminar en profundo abatimiento:—Sola... abandonada por *ese hombre* á quien en malahora me uní... Sospechada de haberme deshecho de él para vivir á mis anchas con... *mi querido*... ¿No es esto, señor Rivadavia? Eso me ha hecho comprender el señor Achával y eso me enrostra el señor Ministro ahora... ¿Puede pedirse una mujer más despreciable? Pues á la cárcel con ella que no merece otra cosa... A la cárcel y que se arrojen sus pobres hijas á la más espantosa miseria que también tienen la culpa por haber nacido de esta desgraciada mujer!

Y Pepa lanzó un ¡ay! como si una terrible congoja la asaltara.

Rivadavia miró inquieto al doctor D... quien contemplaba con terror á Pepa más hermosa y atrayente en sus espasmos nerviosos.

—No ha sido nunca nuestro objeto—la contestó Rivadavia trocando la severidad de su gesto y de su voz:—proceder de la manera que usted lo indica. Y si alguna sospecha se ha tenido fundamento hay para ello.

—Pues si hay fundamento que hagan lo que quieran, puesto que yo no, tengo nadie que mire por mí,—prorumpió Pepa con desesperado acento.

—Señora,—contestóle Rivadavia que en vano luchaba por mantener sus dudas ante el aspecto de Pepa,—si hé molestado á usted ha sido en su interés propio. Creía que podría usted darnos algunos datos importantes sobre el paradero de su esposo y nos encontramos más á obscuras que antes. Puede usted retirarse y contar con que no se hará lo que se quiera sino lo que se deba con quien, como usted dice, se encuentra abandonada.

Pepa pasó por sus ojos el blanco lienzo de batista como si enjugara lágrimas que no aparecían; guardólo bajo el corpiño; embozó sobre el hombro una de las puntas desprendidas de su mantilla y haciendo un respetuoso saludo al Ministro de Estado del general Rodríguez salió del despacho fingiendo en su rostro una penosa impresión que seguramente no esperimentaría.

Rivadavia la miró salir y cruzando sus manos á la espalda quedó pensativo por un momento.

Cuando levantó la vista y la clavó en el doctor D..... exclamó sorprendido:

—Doctor, usted debe sentirse verdaderamente

molesto. La palidéz de su rostro es cada vez mayor. Cuídese.....

—Con efecto, señor,—habló el doctor D... con la voz apagada,—me encuentro mal y desearía..... que V. E. me facilitara un pasaporte para el interior.

—Y piensa usted emprender viage en ese estado?

—Necesito respirar otro ámbiente porque siento que el de esta ciudad me mata, señor Ministro.

—Bien,—dijo Rivadavia abriendo un cajón, y sacando de éste un pliego formulario que él mismo llenó y firmó, tocó el timbre y ordenó al edecan:

—Dígale al señor Varela que anote ese pasaporte y traígamelo en seguida,—y añadió, dirigiéndose al doctor D.....:—¿Piensa marchar á Córdoba?

—Sí, señor—

—Y de ahí?...

—Si las fuerzas me ayudan pasaré á San Juan.

—Entónces le daré una carta para mi verdadero amigo Salvador del Carril.

—Tengo alguna relación con él, señor.

—No importa, deseo.....

Y Rivadavia se puso á escribir diciendo:

—Del Carril es uno de los hombres más inteligentes é ilustrados de nuestro país..... Lo recibirá bien y usted podrá servirle de mucho.

Y tomando el pasaporte que le devolvió el edecan y colocándolo junto á la carta que acababa de escribir entregó ambas cosas al doctor D..... quien levantándose con trabajo del asien-

to en que habia permanecido iba á despedirse de Rivadavia cuando éste le dijo:

—Pero, doctor, ¿su enfermedad es tan grave que ni siquiera le ha permitido estudiar en el rostro de esa mujer sus sentimientos ocultos?

—Desgraciadamente, señor ministro, lo tengo estudiado.

—Y no le ha parecido á usted que esa mujer?.....

—Señor ministro, — prorumpió con fatídicos écos el doctor D.....—¡esa mujer es un demonio con la belleza de Luzbel!

—Luego usted cree?.... preguntóle Rivadavia fijando en su rostro la mirada investigadora.

—¿Que quiere V. E. que crea?...—replicó el doctor D.... reflejando en sus ojos la vaguedad de la duda.

—No *quiero*, doctor, que usted *crea* si no que me diga francamente lo que piense respecto de esa mujer.

—Ya he tenido la franqueza de expresárselo á V. E.

—Un demonio con belleza de Luzbel!.... Puede que así sea dados sus antecedentes y procedentes..... Pero, ¿se le puede acusar de otra cosa que no sea de las infidelidades cometidas con?.....

—¿Y de qué otra cosa se la puede acusar?—preguntó el doctor D.... siempre con la misma vaguedad en la mirada.

—Insisto: de la desaparición de Larrica.

—¿Tiene V. E. la mínima prueba?

—No, no la hay,—murmuró Rivadavia compen-

diando en un rápido pensamiento los resultados de las indagaciones hechas.

—Asi lo creo.

—Y puede muy bien—dijo Rivadavia como hablando consigo mismo—que ese hombre haya desaparecido por su propia voluntad en vista de la desesperada vida que llevaba con esa mujer. Puede que lo haya hecho impulsado por la exasperacion, aunque me parece inverosímil..... Pero, si hubiese habido crímen....Oh, si hubiese habido crímen seria espantoso!..... ¿No le parece, doctor?

—Espantoso, señor!.....—repitió el doctor como si la enfermedad le hiciera desfallecer.

Rivadavia notó de nuevo su estado:

—Creo que lo sigo molestando,—le dijo,—vaya, cúrese, que su vida nos es preciosa.

—Gracias, señor,—y el doctor D.... tomó entre sus temblorosas manos la que Rivadavia le estendió afectuosamente.

Y al llegar á la puerta del despacho le dijo:

—No se olvide, señor Ministro, de tomar en consideracion mis insinuaciones.

—¿Cuáles, doctor?—le preguntó Rivadavia que habia vuelto á sentarse junto á su mesa de despacho.

—Reincorpore V. E. al ex-capitan al ejército y que vaya á donde sepa hacerse matar con honor..... Sepárelo de esa mujer..... porque esa mujer concluirá por deshonrarlos á todos!

—Harè lo que pueda. No deje de escribirme, doctor.

—S. E. tendrá pronto noticias de mí.

Y salió.

Momentos despues Rivadavia enviaba una nota al Jefe de Policia.

En ella decia:

"Proporciónesele al doctor D..... por cuenta del Estado, todas las comodidades y seguridades que fueren posible en su viaje á las provincias del interior.„

V.

En el que cambiando de sistema Pepa, llega á ver realizadas sus ambiciones de ser *señora* y el gallardo capitán se reincorpora á las fuerzas del mayor Alcaráz.

Y así como cundiera la voz de que don Manuel Larrica había desaparecido por medios violentos, propalóse la especie de que el pobre marido lo había hecho voluntariamente.

—Impotente, sin duda,—decían,—para dominar el carácter disoluto de aquella mujer; avergonzado y desesperado de ser el escarnio irrisorio de *todo el mundo*, en un acto primo ó meditado, tomó la resolución y llevóla á cabo abandonando, no solo su casa y su familia sino sus intereses que se hallaban en manos de comerciantes honrados á quienes había proporcionado respetables sumas como usurero ó prestamista.

Y aunque se tuviera el convencimiento de que esa desaparición no dejara rastro tras sí, pues nadie pudo dar cuenta de él,—ni por agua ni por tierra,—no faltó quién asegurase que el viejo lusitano había tomado pasaje en un velero que *aquella noche* se hizo río afuera y hacia el océano con destino á la vieja Europa.

Otros conjeturaban que marchado se habría en una bestia de carga hacia los campos del Oeste,

donde debió caer en manos de los indios cuatreros que por el partido de Morón merodeaban desprendidos de una partida al mando del terrible cacique *Nicolás*.

Y no faltó un oportuno que, recordando las aventuras picarescas en que fuera héroe de otros tiempos el amartelado burlador de doncellas trasnochadas, asegurase, con toda formalidad, á pié juntillo y sin que nadie observara chus ni mus, que teniendo y reteniendo y guardando para la vejez humillos de enamorado, se desquitaba de las malas obras de su Pepa en la oculta guarida de alguna *perdigüela* rozagante.

Eran días aquellos de tan pocas ocupaciones y escasas diversiones que el vulgo y aun la gente acomodada y de alta prosapia, pasaba siestas y mañanas, tardes y noches escudriñando la vida del prójimo en inocentes hablillas.

Fuera como fuera y hablaran lo que quisieren, lo cierto fué que llegóse á mirar á Pepa más que como mujer que por sus malas obras abandonóla su esposo, como viuda *in partibus*, digna de ser tratada con atenciones, consideraciones y aun codiciada por los que andaban á caza de flaquezas femeniles.

Pero es que Pepa, sin dejar de asistir á las funciones teatrales, que eran, como ya lo llevaba dicho y demostrado, su pasión más favorita, y en las que llamaba naturalmente la curiosa atención de espectadores y cómicos, guardaba tal recato, haciéndose acompañar no ya por su amante con quien nadie la veía, si no por la parda Rufina, subrogada en los quehaceres domésticos por una negra vieja, que consi-

guió infundir respeto hasta en los malhablados y críticos de oficio.

Y llegó á ser tal la manera de portarse con las exterioridades de sus costumbres que poco á poco y sin sentirlo quisieron, las señoronas aquellas á quienes el padre Castañeda fustigaba en sus gacetas y á quienes Pepa queria igualarse cuando hizo su primera entrada al teatro Argentino, tratarla de igual á igual.

Y por què no? Otras de mas baja esfera subian á cumbres mas altas! ¿Qué le faltaba á ella para llegar hasta allí? No era rica? Rica relativamente pues *en ausencia* del marido y como madre de sus hijos la pusieron en posesion de sus bienes *habidos*. ¿No era hermosa? Mas que rica, realzando su hermosura esa misma riqueza invertida en costosas vestimentas y pedrerias finas engarzadas en oro de ley. Que habia tenido *una* debilidad de mujer?...—¿Acaso entre sus nuevas amigas,—que las antiguas de la taberna habian *descendido* á las crujias de la cárcel de mujeres,—habria muchas que pudieran tirarle la primera piedra de que le hablaba el padre confesor? pensaba ella maliciosamente al recordar sus íntimas confidencias.

Y ya la vemos alternar con la gente de frac, no solo en la Alameda y en la plaza, sino en los etiqueteros conciertos que el maestro José Antonio Picazini dirigia en los altos del antiguo Consulado y á los que asistian las primeras personalidades de la ciudad, cambiando Pepa ceremoniosos y respetuosos saludos nada menos que con el Jefe de Policia don Joaquin Achadal y aun con el señor Ministro de Gobierno don Bernardino Rivadavia.

Devota séria y circunspecta demostróse en las *fiestas* de semana santa haciendo, con trages de *carácter*, fervorosas estaciones en cuanta iglesia, convento y capilla habia en la ciudad, depositando pesos duros en los cepillos y bandejas que allá en los atrios y aun en las recobas guardaban é imploraban, bien vigiladas, por supuesto, ante altares improvisados con improvisados Cristos en cruz, los presos *desvalidos* de la cárcel pública.

Grandes preparativos se hacían para solemnizar el duodécimo aniversario de la Revolución de Mayo.

Aquel cuadrilátero de tierra arcillosa sin un árbol, que se llamaba plaza de la Victoria, y donde solo y aislado descollaba el pobre aunque glorioso monumento del año 11, se veria en breve transformado de manera sorprendente en encantado paisage.

Numerooas y gigantescas columnas rematadas con guirnaldas de laurel y orladas con distintas y pintorescas flores entre las que descollarían las *blancas y encarnadas*,—que eran símbolo del *realismo* vencido en los cmpos de batalla.

La pirámide de mayo se adornaría con los simbólicos colores azul y blanco, flameando allí la bandera de las provincias unidas del Plata, la de Chile y la de *Lima*.

Cientos de faroles chinescos y otras distintas luminarias de múltiples colores se esparcirían simétricamente en columnas, orlas, recobas, casas y azoteas.

Tablados para bailes y bolatines; *cucuñas y rompe-cabeza*; carros y comparsas alegóricas,

fuegos artificiales; profusión de asientos en semicírculos y más profusión de gallardetes, banderas y escudos.

Y como para todos esos preparativos y otros muchos se formaron comisiones de las más distinguidas damas, las unas encargadas de la parte humanitaria en la distribución de limosnas y otros recursos entre la gente menesterosa, y las otras encargadas de los adornos, banderas, guirnaldas y flores, Pepa se vió entre ellas llegando á figurar de las primeras y más necesarias en tan importantes como urgentes tareas.

Y tan urgentes é importantes eran, que pasábase en ellas los días enteros y parte de sus noches, dejando á la parda Rufina el cuidado de su casa y de sus hijas.

Y su gallardo amante? Oh, las cosas habían cambiado de una manera *radical!*

Ya no se veían y por lo tanto ni se hacían señas ni saludos significativos en la plaza ó la Alameda del río.

Cómo y por qué se había operado aquel cambio?

No fué Pepa quién deseó la muerte del infeliz lusitano induciéndolo á que la cometiera para entregarse toda á "los goces desbordantes, sin sobresaltos, sin diques"?

Así lo creyó en sus apasionamientos de mujer arrebatada; pero es que después se vió, con la frialdad del cálculo, cómplice de un doble delito con aquel *otro hombre*, cuyas manos estarían teñidas de sangre; con aquel á quien más que un amor vehemente lo ligaría la complicidad de un crímen expantoso!

Por otra parte, al verse libre, sin el estorbo de su marido, de aquel viejo ridículo y repugnante, halagada y codiciada aun por militares de más alta graduación y aun de mejer apostura, llegó á sentir ambiciones de *señora* y dejó de ser aquella Pepa que sin empacho ni embarazo aceptaba el brazo del ex capitán sin importarle nada de aquel mundo que la escupía de su ambiente con la befa de sus burlas!

Pero es que siendo *señora* pensaba que dejaría de ser libre:—habría que guardar las apariencias; desprenderse de aquel *otro hombre* ó aprender á engañar á aquel mundo con sus hipócritas formas convencionales.

Lo primero?

Imposible?....Pues que apesar del terror que la llegó á inspirar la consumación de aquel crímen su gallardo capitán la atraía como á las fieras atrae el vértigo que las produce la sangre derramada!

Lo segundo?

Sí, pués; lo segundo le era propio y muy encuadrado en sus inclinaciones de comedianta social, en sus aficiones por el arte y sobre todo en el ejemplo de sus nuevas amigas,—aquellas señoronas para quienes el mundo no tenía sino palabras de respetuosas alabanzas mientra que ellas....¡Qué maestras en el arte del disimulo y del engaño!

"....las ocultas cit s, las misteriosas entrevistas, las ansias de ver á su amante á escondidas, á hurtadillas, luchando siempre con inconvenientes...." Toda aquella multitud de consideraciones que le fueron al pensamiento cuando

aceptó el antonomástico connubio con el *viejo repugnante* resurgieron en su cerebro.

Habia que burlarse del mundo como se burlaba de aquél; pero con mayor refinamiento, con más habilidad, tacto y prudencia, porque el mundo no era un anciano imbècil á quien se le podria amedrentar con contracciones coléricas ó gritos descompasados; á quien se le podía quitar de enmedio teniendo á mano un instrumento ciego de sus instintos de fiera domesticada!

Y si llegára á descorrer el misterioso velo que encubría su hipócripta artificio?

Y qué? No sería más inexorable con élla y su cómplice si descubría *el otro crímen?*

El otro crímen!...Lo que es ese, échale un galgo *per seculam seculorum.*

Y tan radicalmente habían cambiado las cosas que al ex capitán lo vemos nada menos que incorporado al ejército!

Incorporado al ejército él que tan mal hablaba del Gobierno y contra el que no había complot ni revolución que no lo viera en sus filas!

Pues mayor sorpresa causaba que el Gobierno lo hubiera incorporado cuando nunca tuvo confianza en él!

Como era regular y costumbre, mucho se habló de este inesperado suceso del que no se daba una explicación verídica que aclarase aquel *intringulis*, como le llamaba Culebras en el descanso de los ensayos.

Las gacetas de la época no se metieron en esas lógicas, los opositores por ser opositor el *favorecido* y los gubernistas por ser el Gobierno quien incorporaba á aquel por motivos que no quería hacer públicos.

Llegóse entónces á las suposiciones de siempre y aseguraron algunos y otros los seguían, fundados en los alejamientos y seriedades de Pepa, que el mozo aquel había solicitado y obtenido su incorporación en el ejército debido á los desdenes de aquella *señora*; de aquella regenerada mujer, á quien solía verse contrita y fervorosa al pié de un confesonario declarando sus pecados, que no debían ser de mayores alcances cuando el santo varón la absolvía con unos cuantos credos ó un *pater noste* dibujando en su gordiflona y seráfica fisonomía una sonrisa evangélica sostenida aun al dejar su estrecho y oculto recinto, cómplice mudo de excesos confesados y absoluciones *divinas*; de aquella madraza que en las tardes de fiesta y aun en las que no lo eran solía bajar á la Alameda del río, llevando de la mano á sus dos pequeñuelas, á quienes incitaba en sus juegos infantiles mientras las contemplaba con benévolos afectos; de aquella alma caritativa, cuya diestra, sin darle cuenta á la siniestra, prodigaba socorros al indigente y alivios al desvalido.

Pero es que no había habido tales esquiveces sino en la apariencia.

Los motivos que *obligaron* al amante de Pepa. á incorporarse al ejército fueron otros.

Una noche encontróse con aquel jóven que en la puerta del café de Catalanes tuvo cambio de palabras con él cuando marchaba tras Pepa.

Era en uno de aquellos locales á donde, á más de la juventud desordenada, concurría la gente de mal vivir,—garito y prostíbulo á la vez.

Lo tuvo á mano y se le fué la mano aplicándosela al rostro.

Convínose en un duelo al arma blanca y U... porque fuera más diestro ó mas valiente lo dejó fuera de combate á las primeras de cambio y aunque padrinos y testigos prometieron la más profunda reserva, que cuentas le tenía por la severidad con que entónces se castigaban los duelos,—vislumbrólo el Gobierno y entre misterios también mandó prender al ex-capitán á quien condenósele á dos años de presidio ó al servicio *veterano* en el ejército.

Preferido fué esto último por él, que aunque le repugnaba no le degradaba tanto.

Iba á serlo como simple soldado; pero fueron tantas las influencias que se interpusieron que, á pesar de la tenaz oposición del Ministro Rivadavia, se le *reincorporó* con su grado de oficial.

Y un buen día se le vió de viaje con su asistente, montado en aquel caballo con que solía acometer empresas arriesgadas.

Llevaba órden de incorporarse á las fuerzas que en el Monte Castro mandaba el mayor don Rafael Alcaráz, el que lo recibió con nota de tratarlo severamente y de darle las comisiones más peligrosas y los puestos de mayor responsabilidad en la pelea.

Es que el Ministro de Estado, su pariente, se vió precisado á indicar ese procedimiento que el doctor D..... le aconsejára al despedirse.

Y Pepa sin marido y sin amante, codiciada y halagada, prestóse, como ya lo llevamos dicho, día y día y parte de sus noches, al lucimiento solemne del aniversario patrio preparándose al mismo tiempo para exhibirse allá en los arcos del Cabildo, entre la multitud de damas que po-

brían sus salones; para las fiestas teatrales de esa noche en que, en el inmenso oleaje de seres humanos, sobresaldría entre aquellas señoras, por lo caprichoso de sus adornos, sus brillantes y su hermosura provocativa y atrayente.

Qué triunfos la esperaban!..... Y cómo soñaría con ellos y con qué nerviosas ansias esperaría la llegada de ese instante!.....

VI

Como se celebraban las fiestas de la patria en los tiempos pasados para terminar con la prisión inesperada de nuestra simpática heroina.

Y era el 25 de Mayo de 1822 cuando apenas clareaban los primeros rayos del sol que ese dia alumbrara á la invicta Buenos Aires, y ya se veia por todas partes flamear los colores simbólicos azul y blanco con que los patricios del año 1807 vistieron y vencieron á los ingleses; con los que los patriotas French y Berutti dieron distintivos á los revolucionarios del año 1810; conque Belgrano formó la insignia que tremoló victoriosa en las Piedras, Tucumán y Salta, y que fué despues los de la inmortal *bandera de los Andes.*

De allá de la Fortaleza, del Cuartel del Retiro y de balizas donde se encontraban los buques de guerra, suenan y repercuten triples salvas de cañonazos saludando al duodécimo aniversario de la gran revolución y en sonoro repiques las innumerables campanas de iglesias y conventos contestan ó acompañan en las vibraciones del aire aquellos écos retumbantes que se pierden en lo infinito.

Ya se encuentran reunidos en la plazuela de

la Ranchería mil y quinientos niños de aquella generación de libros que tantos y tan variados destinos dieron después á su patria.

Iban vestidos con diferentes trajes y todos ellos ostentaban en sus gorras ó sombreros la escarapela vicolor del año 10.

Eran los alumnos de todas las escuelas públicas y particulares á cuya cabeza se encontraba el respetable director de la Universidad don José Ocantos.

En un momento dado fórmanse en filas de dos en frente y al son de tambores y una orquesta, llevando de cabecera doce niños vestidos con pantalón blanco, chaqueta celeste y gorra de ambos colores, que conducen á la Fama alegórica, se dirige á la plaza de la Victoria, donde, á pesar de la hora, (7 de la mañana) los espera un gentío inmenso que los aplaude entusiasta al verlos llegar.

Se dirige aquel grupo de niños al glorioso monumento de Mayo, lo rodea, lo cubre de banderas y laureles; coloca á su pie aquel símbolo mitológico mirando al naciente y óyese, entre los retumbos del cañón, las primeras armonias del himno sagrado de la patria.

—Abajo los sombreros!—se oye una voz imperiosa; pero inútil, porque ante aquellos ecos todos se habian descubierto.

Entonóse la canción por varios de aquellos infantes del porvenir y el pueblo inmenso que los rodea repite con entusiasmo febril las estrofas inspiradas del Dr. Dn. Vicente Lopez.

Repítense aquellas y ellas suenan con ecos de arrobamiento febril por todas partes.

Y no habian terminado aun esos ecos cuando se oyeron redobles de tambores y por el sur y por el norte aparecieron la Legion de Patricios, el Batallon de Cazadores y demás cuerpos de ejército que se encontraban en la Capital, que fueron á formar frente á la Catedral, al del Cabildo y al del Fuerte, de donde, á las once, cuando ya poblaban azoteas y plaza, arcos de Cabildo, aceras y recobas y cuanto lugar habia, apiñada, compacta y en movimiento de oleage las distintas clases de gente que habia en la heróica ciudad salieron las autoridades civiles militares y eclesiásticas para dirigirse á la aun no *Metropolitana* donde se celebraria el solemne *Te-Deum* por el gran aniversario.

Marchaba á pie y acompañado de sus Ministros Bernardino Rivadavia, de Gobierno y Relaciones Exteriores; Manuel José Garcia, de Hacienda; Francisco de la Cruz, de Guerra y Marina, el Gobernador, general don Martin Rodriguez.

Seguíalos el ex-director supremo general don Cárlos de Alvear, el simpático agente Norte-Americano coronel Juan M. Fortes, el bravo almirante don Guillermo Brown, muchos otros próceres de la independencia, del clero, de las ciencias y de la literatura.

El pueblo los saluda y los aclama con grandes voces de vitores; las músicas reunidas en la plaza entonan de nuevo el himno patrio; los cuerpos militares presentan las armas y de azoteas y balcones, de recobas y aceras las damas ondulan sus pañuelos con manifestaciones de entusiasmo.

Solemne é imponente se presenta la casa del Dios de los cristianos cuyas paredes se cubren con los trofeos de las grandes victorias; de cuyos techos cuelgan reliquias de la guerra; en donde entre notas sagradas repercuten los lejanos ecos entusiastas del patriotismo.

Nuevas salvas se repiten al terminar la apoteosis y se oyen ecos de músicas sonoras allá por la calle de Reconquista donde acude en tropel la muchedumbre.

Viene un inmenso carro que, con lienzos y oropeles de mil colores conduce una comparsa alegórica compuesta de niños que no pasan de quince años el mayor.

Es la *Fama*, representada por el esbelto jóven Severo Pizarro, acompañado por cuatro abanderados y ocho parejas de bailarines vestidos todos de blanco, con guarniciones y sombreros celestes.

El populacho aplaude y vitorea y se oye por do quiera palmadas y gritos entusiastas.

Trasládanse al ya preparado tablado y allí la *Fama* pronuncia alocucion sublime que á cada instante y á cada espresión se interrumpe por las manifestaciones entusiastas del pueblo.

Al son de alegres armonías bailan las parejas y no bien terminan cuando allá por el sur se escuchan nuevos acordes musicales que se acercan. Todas las miradas se dirigen á aquel lado y murmullos de asombro se producen pues que aparece una maravillosa armazón movible que figura un templo elevadísimo consagrado á la Inmortalidad sostenido por cuatro columnas que figuran las virtudes cardinales, con el Sol al fondo

como padre de la Luz y conducida por las cuatro partes del mundo alegóricamente representadas. Cuatro *genios* ayudaban á sostener aquellas cuatro columnas flameando banderas azul y blancas. El jóven don Joaquin Navarro, que en ese templo representaba á *Júpiter Tonante*, se hallaba colocado en el primer escalón del templo mientras que otro niño que figuraba el génio de la América del Sur se hallaba en actitud de subir tras él. Los aplausos rayaron hasta el delirio cuando ocho parejas de ese templo, vestidas con los trages y atributos de las deidades olímpicas se lanzaron en danzas y alegorías.

Y no queremos dejar en el olvido á los autores de aquellas dos maravillas que bien merecen sus nombres pasar á la posteridad.

Era inventor del primero don Miguel Mejia y del segundo el popular alcalde del cuartel 4º don Floro Zamudio, quien fué ayudado y aconsejado por sus recursos comediantiles por Pepa, que allí en los altos del Cabildo figuraba entre las damas de pro y llamaba la admiración de todos por su hermosura de mujer criolla y el lujo de sus atavíos.

Terminados los bailes y retirados los cuerpos de ejército habilitóse al pueblo la *cacuña* y los *rompe-cabeza* donde si bien algunos se la rompieron otros sacaron premios en dinero, alhajas y vestidos. Y mientras en la Alameda del río se corría la *sortija*, oyéronse en la plaza ecos de voces risueñas y risotadas brutales. Sobre uno de los tablados donde acababan de bailar aquellas comparsas alegóricas que se alejaron por las calles adyacentes, aparecieron los célebres *bo-*

lantines de la familia Bradley,—éste de payaso, un niño y una mujer,—que hicieron juegos admirables en el tinglado de la cuerda floja.

Por pocos instantes dejaban de repercutir los atronadores ecos del cañón, allá en el Fuerte, en el Retiro, en Balizas.

En el café de la Victoria, donde habíase preparado el gran banquete que los comerciantes daban á las autoridades, rodeaban ya la mesa espléndidamente preparada, más de trescientos ciudadanos, militares, eclesiásticos, los más descollantes en todas las selectas esferas de la sociedad de aquella época.

Allí estaban los Lezica, Pintos, Santa Coloma Undiano, Torres, Irragamundi, Gazcon, Rico, Argerich, Sar, Riglos, Robertson, Santillan, García de Cossio, Rojas, Llasala, Cabrera, Casamayor, Izquierdo, Azcuénaga, Boneo, Aguirre, Ramos, Agüero, Viamonte, Azcué, Riera, Foguet, Gutierrez y tantos otros mezclados con las prominencias de la política, de las armas, de la ciencia y de las letras.

Allí estaba el gobernador Rodríguez con sus ministros presidiendo aquel acto complementario de las festividades patrias.

Vinieron los brindis y don Bernardino Rivadavia hizo la historia de la revolución de Mayo.

Su palabra fué escuchada con respeto y nutridos y entusiastas aplausos coronaron el fin de alocución rememorativa.

Sonó una voz:

—Que hable Varela,—y por todas partes se repitió pidiendo:—¡Que hable Varela!

El autor de *Dido*, el cantor de las hazañas de

Brown, el clásico poeta, no se hizo de rogar por mucho tiempo.

Levantóse de su asiento llenando la copa de espumante champagne y á los ecos atronadores de los cañones pronunció los siguientes versos:

"Ya que el primero y el postrero rayo
el bronce anima de este sol de Mayo;
el vino aquí, que nuestro pecho baña,
apenas de probarlo infunde luego
hácia la libertad eterno fuego,
hacia la esclavitud eterna saña".

Y no habia terminado de pronunciar esos valientes versos, cuando un jóven militar, de cabeza altiva y de brillantes ojos, donde irradiaba en torrentes la luz de la inspiracion, levantó su copa é improvisó la siguiente estrofa con entonación vehemente:

"Eterno sea el nombre de los génios
que la sagrada libertad fundaron;
jamás la patría olvide á los valientes
que con su sangre hermosa la sellaron".

Era el mayor don Estéban Luca que pereció dos años después en los bajíos del Banco Inglés del Plata, hundiéndose con él sus preciosos manuscritos.

—Señores:—dijo don Manuel Lezíca—pido que nuestro poeta Varela brinde por el bello sexo argentino que en este momento se encuentra ausente de nuestro lado.

—En verso otra vez?—preguntó Varela sonriendo.

—Sí, sí!...—repitieron todos.

—Son muchos versos para una tarde sola; pero lo haré en holocausto á este día aunque la composición no cuadre á su solemnidad.

Y Varela, despues de un momento, recitó la siguiente décima:

"Si al muerto ó el vencedor
en nuestra libre querella
un abrazo da una linda,
una lágrima una bella:
entre esta dicha y aquella
no sé cual será mejor;
mas ya que el hado traidor
nos niega una y otra suerte,
las bellas dennos la muerte,
si no han de darnos amor."

Nutridos aplausos y bravos entusiastas repitieron los ecos al terminar Varela su original improvisación.

Cuando esas manifestaciones cesaron el doctor Manuel Moreno poniéndose de pie y levantando la copa dijo:

—"Señores, por el general San Martin y sus valientes tropas. Rocío saludable que fertiliza la tierra del Perú. Su fama es más gigante que los Andes".

Todas las copas se chocaron y brindaron todos por el general San Martin y sus tropas.

—Señores,—dijo entonces Rivadavia,—pongámonos de pie y bebamos una copa por la imperecedera memoria de Manuel Belgrano.

—Y por la de Antonio Balcarce,—dijo don Martín Rodríguez.

Y todos de pie bebieron por la memoria de aquellos próceres en silencioso respeto.

Después de un momento, el coronel Forbes pidió la palabra:

—En este instante solemne,—dijo,—tengo la satisfacción de manifestaros que hoy he entregado al señor Ministro de Relaciones Exteriores de las Provincias Unidas del Plata, la comunicación oficial de que el presidente de los Estados Unidos de Norte América Jaime Monroe, reconoce la independencia de la América del Sur!

—Viva la gran república del Norte!—exclamó el general don Cárlos de Alvear que hasta ese momento había permanecido mudo espectador de los brindis.

Su sonora voz no solo se oyó en los salones, sino que se repercutió en los ámbitos de la calle donde fué contestada con un *viva* inmenso y prolongado.

Y como inspirados todos, comensales y publico, entonaron con entusiasmo la marcha patriótica que en 11 de marzo de 1813 fué declarada himno nacional por la asamblea general constituyente del Río de la Plata.

Pocos momentos después terminaba aquel banquete, como otros muchos dados con igual objeto en distintas partes de la ciudad.

Llegó la noche y con ella la ingeniosa y pintoresca iluminación de la plaza de la Victoria y de todos los establecimientos públicos con faroles á la *veneciana* y con vasitos de multicolores formando escudos, liras, banderas y otros trofeos alusivos. En las casas principales como en las más humildes, brillaban las luminarias, con pro-

fusiones simétricas ó en una aislada vela de sebo colocada en un simple farol de cristal sobre la puerta del rancho habitado por la familia de algún patriota pobre.

En plena calle, frente á la entrada de *pulperias* y tabernas, se soasaban en las ascuas de los anafes, embutidos y carnes, estallaban en la sarten los granos de maíz formando blancas rosas ó se preparaban cochifritos y empanadas que se servian al marchantage bebedor.

Y oh poder del patriotismo!... Pareciera que todos hubiesen sancionado de buena fé *la ley de olvido* cuando nadie se acordaba entre aquellos regocijos de los rencores y odios con que las ambiciones políticas habíales dividido, uniéndose y confundiéndose en fraternales acercamientos clericales y *volterianos*, realistas y republicanos, españoles de *España* y nativos de América, *unitarios* y *federales*.

Por todas partes se escuchaban los sones de distintas músicas, resaltando los rasguidos de las guitarras y los cantos guerreros de la gente del pueblo.

En los grandes y aparatosos salones de las familias pudientes como en las modestas salas y aun en los patios, por no tenerlas, de los que vivían con el producto del diario trabajo, se daba la última mano á los preparativos para el baile de esa noche en el que las niñas y aun las matronas se presentarían adornadas con los colores patrios!

Hablábase de la suntuosidad del que se preparaba en el Fuerte al que se hallaban invitadas las mas altas personalidades de la ciudad, sin

distinción de colores políticos; las familias mas distinguidas y... oh, poder del olvido, que tambien lo estaba la hermosa criolla de la calle de Empedrados, quien, ya había vuelto á su casa de las fiestas de esa tarde y se hallaba revolviendo cajas y armarios, estuches y trapos preparándolo todo para la función del teatro Argentino y el baile del Fuerte. Dos trajes caprichosos y pintorescos hechos por la única modista inglesa que en ese entonces vestiá á las señoras de más lujo.

Pepa no queria ser menos sino mas aunque por aquellos escesos tuviera que ahorrar en los gastos de la casa y deshacerse de algunas alhajillas.

Ya se acercaba la hora del teatro pues se oian los retumbos de los fuegos artificiales que allá frente á la recoba vieja quemaba el *bolatinero* Bradley que era tan hábil acróbata como entendido pirotécnico.

Y qué gentio inmenso acudia á las puertas de nuestro ya conocido teatro Argentino!

En un instante fuéronse llenando y ocupando palcos y aposentaderias, corredores y pasillos.

Lleno completo! — como repetiria el boletero Montoro.

Allí estaban todas las autoridades principales.

Solo se notaba la ausencia del ministro Rivadavia.

—Y don Bernardino?—preguntaron al general Rodriguez que iba entrando á su palco oficial frente al proscenio, rodeado de jefes y ciudadanos.

—Ha recibido esta tarde comunicaciones ur-

gentísimas,—contestó aquel,—y se ha visto precisado á quedarse en su despacho para enterarse de ellas y contestar á algunas.

—Pero, en una noche como está?...

—Don Bernardino no descansa.—Entre las comunicaciones recibidas hay una gratísima.

—Cuál, señor?

—El mayor Alcaráz ha logrado batir esta mañana de una manera completa á los indios que merodeaban por Monte Castro tomando al fin prisionero á *Nicolás*.

—El mayor Alcaráz es un valiente como las mismas armas.

—Sin embargo, no fué él quien verdaderamente tomó al terrible cacique sino el capitán U... que se ha portado con un valor temerario, según el mismo Alcaráz nos lo participa....

—Habrá ascenso?

—Es probable.

En ese momento entraba Pepa á su palco desalojado de intrusos por los acomodadores; Pepa acompañada por la parda Rufina. Radiante estaba la criolla más que nunca y más que nunca atrayente con su busto de gitana convertida en gran señora. Todas las miradas de palcos, lunetas y cazuelas fueron para ella sonando en sus oídos murmullos placenteros. Con qué elegancia y finura devolvia los saludos que la hacían sus amigas y *maestras* en *eso* de *rolar* en la alta sociedad y en *aquello* de saber engañar al mundo! Frente á su palco se hallaba el Jefe de la Policía don Joaquín Achavál, quien no tuvo inconveniente en cambiar con ella un expresivo movimiento de cabeza.

Hasta al general Rodríguez llamóle la atención porque preguntó á sus acompañantes:

--¿Quién es esa señora?—confundiéndose su pregunta con los ecos de la orquesta que en ese instante lanzaba los marciales y solemnes acordes del himno patrio.

Levantóse el telón y apareció el proscenio convertido en su decoración y actores en una apoteosis maravillosa. Allá en el fondo el magnifico templo que esa tarde se exhibiera en la plaza de la Victoria, con todas sus figuras y adelante y en el comedio artistas y figurantes vestidos de gran gala.

El público apiñado, de pie contestó á una voz que gritó:

—Viva la patria libre é independiente!—con un viva atronador.

El baritono Viera cantó la primera estrofa y al entonar el coro:

Sean eternos los laureles,

mil voces le acompañaron y miles de brazos se levantaron en frenéticas manifestaciones de regocijo.

Y lo que pocas veces se ha hecho se hizo esa noche: cantar todas las estrofas de esa marcha inmortal.

El entusiasmo rayaba en delirio y ya de un palco ó de una luneta ó del mismo proscenio surgían voces vibrantes impregnadas de vemente patriotismo que pronunciaba breves, pero elocuentes discursos.

Terminado el canto empezó la farsa; esa noche era el héroe de la jornada el célebre Culebras que representaba un abogado tramoyista.

El público reía con los chistes del actor español; pero cuando desbordóse en aplausos y en otras manifestaciones ruidosas fué al hacer aquel algunas alusiones directas *á las reformas que todo lo trasformaban.*

Don Joaquin Achaval quiso imponer órden; pero en ese instante llegó á su palco un edecan del Fuerte, que le habló algunas palabras y el Jefe de Policía salió tras él para no volver más

Que habría acontecido? Algun complot nuevo? La desaparición de don Joaquín Achaval pasó desapercibida aún para el mismo general Rodríguez. El público siguió divirtiéndose y festejando las gracias de Culebras y aplaudiendo los continuados discursos patrióticos que durante los entreactos continuaban pronunciándose por nuevos manifestantes que en oleajes inmensos penetraban al teatro.

Terminada la función las calles centrales, iluminadas aún, se llenaron con aquel pùblico que diseminado se dirigía á sus hogares dispuesto á terminar las fiestas de aquel día con los bailes de esa noche.

Algunos grupos del pueblo que marchaban al son de músicas alegres á dar serenatas y allá iba Pepa con la parda Rufina hacia el oeste de la calle de Cangallo pensando en los triunfos que su hermosura habia obtenido en el teatro y en los mayores que aún obtendría en la Fortaleza á donde iría acompañada, no ya por la parda sinó por sus nuevas amigas que la estarían esperando.

Pronto se encontraron solitarias y apresuraron su marcha cuando la parda sintió pasos y vis-

lumbró cercano un grupo que seguia tras ellas.

—Quiénes serán?—preguntóle á Pepa que marchaba delante.

—Alguna patrulla.

—Doblemos.

Y doblaron por la de Maipo.

La parda volvió la cabeza:

—Nos siguen, Pepa,—la dije un tanto temblorosa.

—Apuremos el paso.

Y al llegar á la de Cuyo:

—Doblemos,—repitió la parda.

—Sí,—murmuró Pepa que también volvió la cabeza para observar,—nos siguen...Es extraño. Nunca nos ha pasado...

—Tengo miedo, Pepa.

—Usted, miedo!—preguntóle la criolla con incredulidad.

—No sean algunos foragidos...

—Apure el paso...Tal vez encontremos gente...

—Alto!—se oyó una voz fuerte de mando que salió del grupo que seguía tras ellas.

—Eh!—exclamó Pepa extremeciéndose.—Yo conozco esa voz...

—Corre...Ya estamos cerca de casa...

Y empujando á su ama dobló por la calle de Empedrados.

—Corre, Pepa!...—volvió á repetir la parda.—Ya llegamos á casa...

—Pero,—dijo Pepa deteniéndose extremecida,—en la puerta de casa veo bultos...¿Qué habrá, *Dios mío*?...

Y Pepa quiso retroceder; pero oyendo de nuevo la misma voz que gritó:

—Alto!—abalanzóse hasta llegar casi á su casa.

Los bultos que allí estaban dirigieron hacia ellas el foco de una linterna sorda.

Y se oyó una voz irónica que dijo:

—Ya cayó *la gran señora.*

Pepa dirigió la mirada hacia atrás:—los dos grupos se dirigían hacia ellas hasta rodearlas frente á su casa.

—Dese presa!—gritó uno de los que los formaban, tomándola por un brazo.

—¡Socorro!—gritó la parda,—pero enmudeció de espanto al ver, en la semi-obscuridad, el rostro de uno de aquellos hombres.

—Presa yo!...—exclamó Pepa, deshaciéndose con un esfuerzo rápido del que la sujetaba.—Por qué? Quiénes son ustedes?

—Celadores de Policia.

—Celadores de Policía!.....Y qué quieren conmigo?

—Ya se lo dirán en la cárcel....

—A mí!.....En la cárcel!...—prorumpió Pepa repitiendo las palabras con balbuceos de horror.

—Sí, á usted. Vamos.

—Pero...yo...ah...No quiero ir á la cárcel...

—La llevaremos á la fuerza...

—A la fuerza!—exclamó con asombro inmenso.—Pero de qué se me acusa?—preguntó como si aquello le pareciera una horrible pesadilla.

—Pregúntelo usted á su conciencia,—díjole la voz que momentos antes creyó reconocer.

—Ah...Usted, señor Achával!...

—Soy el señor Achával,—le contestó el Jefe de Policía con áspero acento.

—Y por qué me trata de esta manera?

—No estoy obligado á darle explicaciones...

—Pero...señor Achával...Deje que al menos entre á mi casa á cambiarme de ropa...¡Déjeme despedir de mis pobres hijas!—exclamó Pepa con desesperada súplica.

—Nó.

—Usted no es padre, señor Achával?

—Y usted no teme que se le presente la sombra airada de don Manuel Larrica, al despedirse de sus hijas?

—De Manuel.....Luego se me vuelve á acusar?.....

—De lo que se la acusa ya lo sabrá usted después.

—Ah, señor Achával...Yo se lo pido por sus afectos más queridos...déjeme ver á mis pobres hijas...¡Por lo que más quiera, señor Achával!...

—Bien,—dijo el Jefe de Policía, después de un breve espacio,—puede usted entrar para despedirse de sus hijas y cambiarse de ropa, y dejar esas alhajas que no son permitidas en la cárcel.

—Gracias, señor,—y Pepa se dirigió á la puerta de su casa, que ya estaba abierta y asomada á ella la negra vieja, la que, á la luz de un velón contemplaba aquella escena con ojos de asombro.

—Sigue á tu ama,—le dijo el Jefe de Policía á la parda Rufina que penetró con Pepa en la casa, lo que también hizo don Joaquín Achával después de dar órdenes á sus agentes.

Entraron en aquella sala donde dos meses antes llegará á convencerse el Jefe de Policía de la inocencia de Pepa.

Todo estaba como cuando Pepa fué sorprendida tan agradablemente por su complaciente

esposo al llevarla de un tugario á un palacio relativo.

Al verse tratar con aquella aspereza por don Joaquín Achavál, que momentos antes la saludara con tanta consideración en el teatro, Pepa, en su fina penetración de mujer inteligente, supuso que el crímen se había descubierto y al penetrar allí, aquellos inanimados y mudos testigos; aquellas colgaduras blancas como los lienzos con que amortajan los á muertos; aquel retrato que la miraba con expresión de dicha sarcástica; aquellos espejos de cuerpo entero en donde en ese instante reflejaba la imágen de su conciencia, parecía que la acusaban, que la repelían, que la arrojaban como se arroja á los seres perversos y maldecidos!

Pero Pepa no era mujer de acobardarse por tan poco.

Haciendo una transición del momentáneo terror que aquellos objetos la infundieron, preguntóle á don Joaquín Achavál, con acento de frio reproche:

—Por qué se me trata así, señor Achaval, si yo soy inocente?

—Si usted es inocente ó nó eso lo veremos,—le contestó el Jefe de Policia, vaya y múdese y despídase de sus hijas...

Pepa lo miraba con expresiones encontradas como si quisiera leer en lo mas recóndito de su pensamiento.

Acercóse á él y con las ansias de no querer escuchar su sentencia; con los ojos febricitantes y los lábios temblorosos, le preguntó:

—Para siempre?

—Tal vez,—le contestó don Joaquin Achaval.

—Hijas queridas!—exclamó Pepa conteniendo los hipos del sollozo.

Don Joaquin Achaval le indicó con la mano que pasase á las piezas interiores y al contemplarlo, Pepa, tan inflexible y severo, hizo un esfuerzo y sobreponiéndose á su estado, se dirigió al dormitorio de sus hijas que estaba contiguo á la sala.

La parda Rufina siguió tras ella y don Joaquin Achaval quedó esperando.

Gritos entrecortados y apenas contenidos; ayes de dolor; besos de madre y despues Pepa de nuevo en la sala con la parda Rufina.

Había cambiado su suntuosa vestimenta por una saya y un manto negro. No brillaban en sus manos ni en su busto los ricos brillantes.

—Estoy dispuesta, señor,—le dijo al Jefe de Policía, pálido el rostro y hundida la mirada; pero altiva y soberbia.

—Vamos.

—¿Me acompaña Rufina?—preguntó Pepa.

—No,—le contestó el Jefe—esta mujer debe quedarse aquí.

—Bien,—y Pepa, después de mirar los objetos que la rodeaban como dándoles el último adios, salió delante con paso largo y seguro.

En la puerta de calle había un carruage y dos agentes. Los demás habían desaparecido.

Don Joaquín Achaval se acercó á aquél y habló en voz baja con alguien que se encontraba adentro.

Enseguida le dijo á Pepa, que esperaba acompañada de la parda Rufina y la negra vieja:

—Entre usted.

Pepa obedeció la órden después do despedirse de la parda diciéndola:

—Cuide usted de mis hijas.

El carruage marchó hacia la plaza Victoria.

Detúvose en la puerta de la cárcel.

Un agente bajó de él y habló con el centinela.

Las puertas de la mansión sombría se abrieron.

Pepa, envuelta en el manto negro, penetró en el semi-oscuro y abovedado zaguan en cuyo suelo dormitaban algunos soldados.

El alcaide, que sin duda la esperaba, puso en su rostro el foco de una linterna sorda.

—Bien,—murmuró y dirigiéndose á un hombre de mal aspecto que hacia sonar en sus manos un manojo de llaves, dijo:—Lleve usted esta mujer á la crujía alta, celda número uno.

—Venga,—le dijo el carcelero á Pepa.

Pepa lo siguió.

Subieron por una desvencijada escalera de madera.

Se detuvieron ante una puerta cerrada con grueso cerrojo. Recbinó la llave y giró la puerta hacia afuera.

—Entre,—la dijo el carcelero quien también iluminó el rostro de Pepa con el foco de una linterna,—diciendo:

—De estas entran pocas...

Pepa lo obedeció en silencio.

—Quiere algo?—la preguntó el carcelero sin retirar la luz del rostro de Pepa, tentado por tanta hermosura.

—Sí,—le contestó ésta, y añadió con voz imperiosa y ademán terrible:—que se marche inmediatamente!

—Ya se te bajarán los humos,—murmuró el guardián retirándose irritado por la firme actitud de su *cliente*.

La puerta volvió á girar. Rechinó de nuevo el cerrojo y cerradura y Pepa quedó encerrada en aquella oscuridad, no tan profunda pues que en un ángulo había una ventana guardada por gruesos barrotes, por la que penetraban las decaecidas claridades de la noche.

Al encontrarse sola lanzó un gemido indescriptible y arrojóse á aquella abertura pegando su rostro á los barrotes.

Pardas nubes marchando desgarradas ó evaporándose allá en el firmamento de azul oscuro rielado por las infinitas estrellas; bocanadas de aire húmedo y frio; lejanos écos de mùsicas alegres; el ruido de pasos en las solitarias calles, el *quién vive* de los centinelas y girando la vista hácia el levante dejóla fija en la superficie de la iluminada Fortaleza donde tantos triunfos y satisfacciones pensaba obtener en esa noche!

VII

Lo que pasaba en Monte Castro durante el aniversario de la revolución de Mayo y cómo fué compensada la proeza del temerario capitán José María U.....para concluir con la lectura de una carta.

No tanto por las dificultades de obtener cómodos vehículos sino por lo intransitable de los impropiamente llamados caminos vecinales, era tan difícil viajar por la campaña que aunque con vaquecanos diestros para ir al cercano partido de San José de Flores familia hubo que creyó conveniente ponerse bien con Dios antes de emprender tan peligrosa jornada.

Bajios y *guadales*; sendas casi inaccesibles por las espinosas enredaderas de moras que recubrían las profundas huellas de las pesadas y bien cargadas carretas; huellas ahondadas por las corrientes torrentosas de las lluvias y convertidas en inmensos pozancones; montañas de greda socabada y uno que otro ombú prestando sombra al fatigado viajero ó sirviendo de punto de reunion á los gauchos errantes.

Quintas con mas aspecto de chacras; chacras con ranchos aislados y algunos animales vacunos, ovinos y caballares paciendo vigilados por el gigante mastin.

Pulperias en distintos puntos de tierra bollada.

Bosques agrestes de árboles indígenas; cicutales y cardales inmensos; fibrosas pitas cuyas aceradas puntas solian servir de arma en las lanzas de los indios.

Y escudriñando desde las copas de aquellos árboles el carancho ó junto al abundoso nido de comadrejas y mulitas el quejumbroso chajá...

Tal era, saliendo al antiguo partido de Moron y tomando hacia el norte lo que se llamaba Monte-Castro, tradicional guarida de hombres bravos que huian de la justicia.

Allí fué el legendario Alcaráz tan solo con diez soldados, á su eleccion, á buscar auxiliares para batir á los indios cuatreros que merodeaban en las estancias y chacras á las órdenes del terrible cacique *Nicolás*.

Y tal era la fama de valiente y arrojado que tenia que pronto logró su objeto atrayendo á su lado aun á los mas tremendos habitantes de aquellos escondrijos cuando llegaron á saber que en vez de pena y persecuciones llevaba la mision de darles puesto en el ejército de línea con su pré correspondiente.

Caras de demonios y trajes de andrajos presentaba aquel pequeño é improvisado ejército donde sólo los diez cazadores y su jefe cargaban armas de fuego, mas inútiles que las blancas para entrar al *entrevero*.

Pronto empezó el ataque á la indiada de *Nicolás* que aunque resistió no por ello dejaba de ir menguando en muertos y prisioneros; pero el terrible cacique, que solía vérsele en la pelea con

el arrojo del tigre, se le escapaba á Alcaráz, cuando ya creía tenerlo en sus manos, por entre aquellos vericuetos por más vaqueana que su gente fuera.

Y fué entónces que llegó el capitán U... con la nota conocida dándole Alcaráz los puestos más peligrosos y las comisiones más delicadas á la cabeza de algunos gauchos feroces, que despues se hicieron pura lengua relatando la temeridad de aquel oficialito pueblero.

Llegado habia la madrugada del 25 de Mayo cuando Alcaráz, que cumplía al pié de la letra lo de tratar á José María con la estricta disciplina militar, llamólo á la pulpería donde solía pernoctar.

—Capitan,—le dijo—hoy es el grandioso dia de nuestra patria y mientras en la ciudad se divierten es necesario que nosotros nos señalemos con algun hecho glorioso.

—Usted dirá,—le contestó U...—con su acostumbrado desden.

El mayor Alcaraz lo miró fijamente:

—¿Se animaría, capitan, á buscarlo á *Nicolás?*

—Iba á proponérselo.

—Pues elija la gente que quiera y vaya.

Pocos momentos despues el capitán U... se presentaba de nuevo al mayor Alcaráz acompañado de unos cuantos gauchos preparados á *la batida.*

—Tiene alguna otra órden que dar?—le preguntó.

—Ninguna, capitán; si no que se haga matar antes de volver sin ese bandido vivo ó muerto.

Y fuera el destino ó que el terrible cacique no

esperara ser atacado ese dia lo cierto fué que el capitan U... logró sorprenderlo en su guarida, que peleó con él cuerpo á cuerpo y á arma blanca y logró tomarlo prisionero.

El mayor Alcaráz, apesar de su bravura, quedóse admirado de aquella proeza.

—Lo felicito, capitan,—le dijo á U... estrechando afectuosamente su mano por la primera vez,—merece usted un ascenso y asi lo hé de pedir al Gobierno.—Estoy satisfecho de su conducta.

—Gracias, mayor,—contestóle el capitan U... como si le fuera indiferente aquella manifestación de aprecio.

—Voy á enviar ahora mismo un chasque al Gobierno comunicándole tan grata nueva,—dijo el mayor Alcaráz, alegre y comunicativo,—y ya que hemos sido afortunados, capitán, festejemos nosotros también el día de nuestra revolución gloriosa.

—Cómo le parezca, mayor; pero...

—Diga, capitán?...

—No le parece, mayor, más acertado que fuéramos nosotros mismos portadores de la noticia?...

—No, capitán; debemos concluir con los pocos indios de *Nicolás* que aun quedan merodeando en algunas chacras. A eso hé venido y si el Gobierno no ordena otra cosa, aquí debemos permanecer hasta que terminemos nuestra misión. Afortunadamente poco nos falta que hacer después de su golpe de hoy. Esos indios al saber que su cacique ha caido prisionero se han de entregar ó han de huir para otros pagos.

Y después de ese razonamiento el mayor Alcaráz envió al Gobierno, como lo había dicho, el parte comunicando la prisión del terrible cacique, resaltando el comportamiento del capitán U...

Formó enseguida su pintoresca tropa á la que en lenguaje aparente, le echó una proclama alusiva á los efectos de la revolución de Mayo terminando con un:—¡Viva la patria!—que repitieron los ex bandidos con verdadero entusiasmo, que aun los hombres mas feroces no dejan de amar á la tierra que les dió el ser.

Mandó matar unas reses é invitando á las familias de las chacras vecinas improvisóse una fiesta en que hubo carne con cuero, *beberaje*, baile y canto.

Cada vez mas animada, llegó la noche siendo objeto de alabanzas el bravo capitan U....cuya hazaña de ese dia fué cantada por payadores famosos.

Y gozoso se hallaba el mayor Alcaraz cuando tornó de la ciudad el chasque que enviara con el parte el que entrególe un pliego en cuyo cubierta se leia:— *Urgente.*

Abriólo y al recorrer lo que allí estaba escrito fuésele demudando el semblante hasta clavar la vista en el capitan que en ese instante tomaba la guitarra à uno de los payadores y cantaba suplicado por las mozas chacareras:

"Qué importa que la calandria,
El ruiseñor y el jilguero
Canten para divertirme
Si yo de pena me muero."

Los que rodeaban al capitan le alabaron el

triste mientras el mayor Alcaraz siguió con la vista alterada fija en él.

Creyendo sin duda el payador á quien tomara la guitarra que no iba á continuar ó movido por impulsos del despecho que aquellos elogios le infundieron, recobróla bruscamente lo que encendió la sangre de U.... que le dijo con enojo:

—No seas mal criado. Que no has visto que iba á continuar?

—Y qué sé yo,—replicó el payador, alargándole con mala gana el instrumento, - concluye.

El capitan U... agarró convulsivamente la guitarra y dando rienda á los arrebatos de su carácter la estrelló en la frente del payador, diciéndole:

—Esto es lo que mereces por insolente!

Producida la acción vino el alboroto consiguiente. El payador aturdido por el golpe y ensangrentada la cara, pero bravo como todos los hombres que allí había, sacó la daga que guardaba en su cintura y se lanzó sobre el capitan U... que lo aguardaba con la espada desnuda, pero antes de que llegara á él ya se encontraba interpuesto y con ademan imponente, el mayor Alcaraz que le gritó:

—Atrás y guarda esa daga!—y dirigiéndose al capitan U... le dijo con acento breve y áspero:—Deme esa espada.

U... lo miró sorprendido; pero reponiéndose le preguntó:

—Por qué me pide la espada, mayor?

Alcaráz le contestó con el mismo tono:

—Porque es usted indigno de llevarla.

—Ese insulto mayor!...—exclamó U... ciego

ya por la ira y blandiendo la espada amenazante.

Fué el primer impulso del mayor esgrimir la suya y reprimirlo en combate porque llevó la mano á su empuñadura; pero, conteniéndose ordenó con la vista á algunos cazadores que se encontraban tras el capitan U... que lo desarmaran.

Los cazadores se arrojaron al capitan y despues de sostener con él una lucha en que alguno rodó por el sue o, cumplieron la órden de su jefe.

El capitan U... apostrofóle con palabras provocadoras al mayor Alcaráz que lo escuchaba mudo é inmóvil; pero mas imponente aun dominando con su actitud á aquellos hombres que murmuraban de su severidad excesiva y que tal vez hubiesen tomado partido por el capitan U... si no hubieran tenido que habérselas con el bravo entre los bravos á quien todos temian y respetaban.

Pero aun fué mayor la sorpresa cuando desarmado el capitan U... órdenó el mayor Alcaráz que lo maniataran y lo pusieran en un rancho con centinela de vista.

Era causal suficiente el golpe dado al payador para proceder contra él de tal manera?

En manera alguna; debia haber otro móvil mas poderoso.

El mismo capitan U..., en su profunda indignacion por tan inesperado procedimiento, llegó á fundarlo, pensando mal, en que el mayor Alcaráz habia obrado de tal manera impulsado por pérfida emulacion.

Claro: durante algun tiempo habian hecho al terrible cacique *Nicolás* una tenaz persecucion sin conseguir aprehenderlo, mientras que, fuera porque la fortuna lo protegiera ó porque obrara con mayor acierto, logró captrarlo tan fácilmente.

Pero, ¿y aquellas manifestaciones que parecian tan francas y tan cordiales?

Pura hipocresia.

El mayor Alcaráz halló un pretexto en aquel insignificante desórden.

Con ese pretexto y procediendo como lo hizo desvirtuaria en parte su accion.

Pero es que todos estaban allí para declarar en contra de él.

Para decir que la accion del capitan U... habia sido el impulso de un acto primo castigando, con razon, á un insolente.

Mientras tanto el mayor Alcaráz, dejando ver tras los reflejos de su mirada imponente las luchas encontradas que sostendria su espíritu dió las órdenes necesarias y lo dispuso todo para marchar.

Y aun se oian los cantos de las aves nocturnas cuando, dejando aquellos solitarios bosques, emprendieron la marcha hacia la ciudad.

La sorpresa y la indignación de aquellos hombres creció aun más cuando vieron que el valiente capitan U... era conducido maniatado y que de esa manera se le llevaba prisionero entre el cacique *Nicolás* y la indiada.

Asi penetraron en la ciudad por la calle de las Torres, doblando luego por la de la Victoria.

El capitan U.... no encontraba palabra con que apostrofar al mayor.

Desde que asi se vió sus lábios enmudecieron; pero en su rostro se dibujaba con profundos surcos la espresión del odio y del desprecio.

Aquella repugnante humillación enconado lo tenía de tal manera que ansiaba verse libre solo para escupirle en el rostro.

Mientras tanto el mayor Alcaraz seguia mudo y reflexivo.

Ya iban llegando á la plaza de la Victoria prisioneros y convoy cuando se oyó un grito de mujer.

Una voz que extremeció las más hondas fibras del capitan U... repercutió llamándolo.

Alzó la cabeza hacia donde sonara y vió, con ojos de espanto, asomada á una ventana ó claraboya de la cárcel el rostro de su Pepa, envuelto en sombras de angustias crueles.

Volvió la mirada hacia el mayor Alcaraz que también habia sentido aquel grito y visto el rostro de Pepa.

Rápida transición operóse en su pensamiento cuando aquella mirada y aquel rostro le dijeron la verdadera causa de su prisión.

Apagóse de repente el fuego de sus venas y sintió dentro del pecho como si un torrente de heladas emanaciones ahogaran los latidos de su corazón.

El convoy y los prisioneros llegaron frente á los soportales de la cárcel donde el mayor Alcaraz entregó al alcaide al terrible cacique y su indiada.

Y con asombro de gauchos y soldados hízolo tambien con el capitan U... quien fuè conducido, maniatado como estaba, á uno de los calabozos

donde solo se les daba hospedaje á los grandes criminales.

—Por qué no los acompañaba al cuartel de cazadores?—se preguntaban aquellos hombres confundidos.—¿Por qué meterlo en aquella celda?—que más de uno de aquellos gauchos conoceria por experiencia.

Después de cumplida esta misión y de dar las órdenes necesarias para que su tropa fuese á alojarse en el predicho cuartel, el mayor Alcaráz pasó al departamento de Policía donde ya lo aguardaba D. Joaquín Achával, con quien, después de un breve cambio de palabras, se dirigió al Fuerte.

Hiciéronse anunciar al Ministro de Gobierno y entraron en su despacho.

Don Bernardino Rivadavia se paseaba meditabundo cuando se presentaron.

Fué á ellos, y después de saludarlos le preguntó á Alcaráz:

—Ha descansado, mayor?

—Señor,—contestóle el legendario perseguidor de bandidos,—yo no descanso cuando tengo deberes que cumplir.

—Bien, mayor; hoy mismo pediré para usted la recompensa que merece.

—Mi mayor recompensa, señor Ministro, está en haber cumplido satisfactoriamente las comisiones que se me encomiendan.

—Recibió mi nota?

— Sí, señor.

—Y se han cumplido mis órdenes?

—Al pie de la letra.

—Ese hombre?...

—Preso, maniatado y con centinela de vista, se encuentra en un calabozo de la cárcel.

—Y su cómplice?...preguntóle Rivadavia á don Joaquíu Achával.

—Desde anoche se halla instalada en la crugía alta, con órden de incomunicación completa como lo hé manifestado hoy á V. E.

—Oh, yo no me engañaba, señores: ellos eran los asesinos del viejo lusitano.

—Y hubiese quedado impune ese bárbaro crímen,—dijo don Joaquín Achával,—á no haber sido...

—La conciencia humana,—terminó Rivadavia sonriendo y dirigiéndose al mayor Alcaráz continuó:

—Entre las comunicaciones que recibí ayer del interior me vino este manuscrito y esta carta del doctor D... En ambas se hace la revelación de ese crímen que el señor Jefe de Policía confirmó plenamente en sus averiguaciones de hoy. Lea usted, mayor, esa carta.

El mayor Alcaráz leyó:

Lima, abril...de 1822.

Señor Rivadavia:

Cuando V. E., reciba ésta y los adjuntos apuntes ya habré dejado de oxistir; pero ántes de ir á dar cuenta á Dios de mi conducta en la tierra, mi conciencia me obliga á descargarla de un peso enorme.

Juro por la salvación de mi alma que el asesino de don Manuel Larrica es José María U... instigado por el amor de esa funesta mujer que es un demonio con la belleza de Satanás.

Las pruebas las encontrará V. E., en los adjuntos apuntes.

Dios tenga piedad de mí!

D...

—Ahora, mis amigos,—dijo Rivadavia, con acento firme, pero conmovido, entregando al Jefe de Policía esos apuntes y esa carta,—que la justicia de la tierra cumpla con su deber sin consideraciones de ninguna clase.

VIII

En donde el lector ve desaparecer el misterio de la desaparición de don Manuel Larrica por la revelación que en el manuscrito del doctor D....hace el causante.

Lazos inquebrantables de amistad antigua me unian al coronel Domingo U.... tan digno de merecerla como digna es de todo respeto y conmiseración su desgraciada esposa *misia* Rita E...

Emparentados ambos con las familias mas descollantes del país, han venido sufriendo toda clase de sufrimientos debido á ese hijo malvado que no solo los ha empobrecido con sus deudas en el juego y sus derroches en festines inmorales, sino que los ha alejado de sus parientes con su conducta bochornosa.

Y si se hubiera detenido ahí aun podríamos dar gracias á la divina Providencia!

Sus escándalos con la moza tabernera, encumbrada de la noche á la mañana al nivel de las mujeres honradas por su casamiento con un anciano de alguna espectabilidad en el comercio de nuestro país, llenó la medida... rebozándola con la peor acción que los mónstruos de la naturaleza humana pueden cometer.

Encontrábame en la casa del coronel U.... y en su compañia cuando vino *misia* Rita á decirle que don Tomás Aguiar deseaba hablarle.

Recibiólo mi amígo y despues de manifestarle quo lo que le llevaba allí principalmente era negociarle una partida de yerba mate que el coronel conservaba en un sótano trabóse conversación sobre las noticias del dia hasta que don Tomás la recayó en la censurable conducta que durante una representacion teatral habia observado José Maria con esa disoluta mujer.

Y apesar de los signos que le hacia *misia* Rita para que callara el señor Aguiar continuó manifestando que corria la voz de que don Manuel Larrica habia desaparecido, siendo aquellos los autores de esa desaparicion.

Oh, la voz del pueblo no se engaña nunca!

—Yo digo esto,—añadió,—porque es necesario que, por su nombre, coronel y por su tranquilidad señora, concluyan de una vez esos escándalos.

El coronel no pudo contenerse más y preguntando por su hijo á *misia* Rita, quien le manifestó se hallaba en su cuarto con el señor Achával, se dirigió allí.

Previendo que algo grave podría acontecer, dada la justa irritación de mi amigo y el carácter violento de su hijo, lo seguimos.

Estaba efectivamente hablando con el señor Achával, cuando llegamos á su cuarto.

La presencia del Jefe de Policía contuvo un tanto al coronel, quien, con desabrido acento pidió á su hijo la llave del sótano donde se guardaba la mercancía que buscaba el señor Aguiar.

—No la tengo,—contestó casi en el mismo tono.

—Debes tenerla,—le replicó su padre con mayor aspereza.

—Soy, acaso, guarda llaves de la casa?—preguntó con insolencia.

El coronel no pudo contenerse ya y le apostrofó de *canalla*, á lo que aquel miserable contestó:

—Va usted á hacer que me olvide de que es mi padre.

—Olvidate, bandido!—exclamó mi amigo lanzándose á él con la mano levantada; pero los señores Achával, Aguiar y yo nos interpusimos mientras *misia* Rita se arrojó a su hijo increpándole la dureza de su lenguaje.

Mi amigo se hallaba en el colmo de la excitación colérica:

—Vete, miserable,—le dijo,—vete de esta casa que has deshonrado con tu conducta infame. Veto y lleva mi maldición eterna!

Misia Rita y el señor Aguiar lograron separarlo de allí seguidos del señor Achával.

Yo me quedé impulsado por mi profundo afecto hacia aquella familia. Deseaba aconsejar á aquel mal hijo variase de conducta y esperaba, —nécio de mí—que me oyera.

Pero no bien salieron sus padres y los señores Achával y Aguiar, cerró la puerta y entregándose á furiosos accesos que me atemorizaron revelóme, mientras yo lo escuchaba con el mayor espanto, que había dado muerte á don Manuel Larrica.

—Señor,—me dijo,—lo hé hecho impelido por el amor que le tengo á esa mujer.

Yo no pude articular ni una palabra: tal era el asombro que semejante revelación me infundiera.

—Pero....¿dónde?—le pregunté con ansias de horror.

—En mi casa.

—Aquí!

—En la tarde del domingo lo dejé en la cochería de Moris. Vino después. Mi familia y los dependientes habían salido y el sirviente que cuidaba la casa lo mandé á las piezas interiores. Aquel viejo venía para que yo le mostrara unos tercios de yerba que guardamos en el sótano.

Se los ofrecí á un vil precio y la avidéz de un espléndido negocio hizo que desapareciera para él todos los escrúpulos y que no tuviera inconveniente en bajar conmigo al sótano alumbrados por la luz de una cerilla que yó llevaba encendida.

Tuve momentos de irresolución; pero vinieron á mí las promesas que hice á aquella mujer; sonaron en mi cabeza los écos de su risa burlona y la ví despreciativa tratándome de cobarde.

Miré á aquel viejo de rostro repugnante, más repugnante aun con la expresión de la avaricia, que agachado calaba los tercios y murmuraba ganancias seguras.

Saqué, sin que él lo viera, una daga que llevaba en la cintura y con la rapidéz del rayo, después de medir con la vista el lugar seguro y mortal donde debía herirlo, se la clavé hasta la empuñadura por la espalda.

La cerilla se había apagado, y en aquella obscuridad y sin que profiriera un ay! sentí que su cuerpo rodaba en el suelo.

Oí sus extertores; me parecía verlo que agonizaba y en seguida profundo silencio.

Después de un momento encendí de nuevo la cerilla.

Allí estaba inmóvil, surgiendo aun de la herida un mar de sangre: la puñalada había sido segura: le había partido el corazón.

Salí de allí y después de notar que el sirviente no había vuelto de las piezas interiores, cerré el sótano y vine á mi habitación donde lavé la daga y mis manos manchadas con sangre.

Arrojada el agua sanguinolenta, llamé al sirviente que me ayudó á cambiarme de ropa.

Un infierno de horrores sentía dentro de mí mismo; pero supe disimularlo y marché á la calle para ir al teatro donde Pepa esperaba que le hiciera una seña con mi pañuelo.

Era lo convenido si lograba llevar á cabo la muerte de su esposo.

Ya en la calle me dirigí al Hotel de Fraunch; pero al entrar en él, ví mi cara en un espejo.

Me causó miedo porque me pareció ver en ella retratado mi crímen.

Retrocedí y entré en la fonda de Wilde.

Allí nadie repararía en las huellas de mi rostro.

Pedí licores y traté de aturdirme con ellos y las caricias vendidas de aquellas mujeres.

Tres horas pasé allí durante las que conseguí sobreponerme y marchar al teatro donde hice la señal convenida.

—Pero...ese bárbaro crímen,—le pregunté temblando de horror ante la confesión de aquel malvado,—no lo premeditaste?

—Sí, doctor—me contestó,—lo tenía premeditado.

—Y ese cadáver en el sótano de tu casa te denuncia! ¿No pensastes en eso?

—Al dia siguiente mi familia se marchaba á

la quinta de Passo, allá en el callejon de Miserere, contigua á la nuestra y debia estallar una revolucion en la ciudad encabezada por el doctor Tagle. Aprovecharia esas dos circunstancias para deshacerme de él arrastrándolo á la calle.

Pero,—prosiguió demudado el semblante y con acento sombrio,—la revolucion fué sofocada antes de estallar y... el cadáver de ese viejo está aun en el sótano... Su descomposicion yo la percibo... Llega hasta mí como exhalaciones del infierno que me atormentan á cada instante...

Ya ha oido usted á mi padre.

Quiere la llave del sótano y si yo no se la entrego mandaré abrirlo y encontrarán ese cadáver.

—Que arrojará sobre tu desgraciada fámilia la mas horrible de las deshonras, envolviéndola en tu espantoso crímen,—le dije.

—Señor,—me contestó sacando de su bolsillo una pistola,—al hacerle esa revelacion, que nadie sospecha, ha sido con el objeto de pedirle consejo. Si usted cree que debo morir estoy pronto á darme la muerte.

Y como si fuera una resolución inquebrantable puso la boca de aquella arma en su sien esperando mi respuesta.

—Sí.—le contesté al pintarse en mi cerebro las inmensas desgracias que el descubrimiento de aquel crimen traería sobre la familia de mi amigo,—tú debes pagar tu crimen con tu vida; pero no de la manera que pretendes por que así no salvarias el honor de tu familia.

Y despues de un momento añadí:

Ante todo ese cadáver debe desaparecer.

—¿Cómo, doctor?—me preguntó con los ojos abiertos y ademán desesperado.

Sugestionado por la idea de salvar el honor de mi amigo le contesté:

—Espéramé esta noche y mientras tanto trata de apaciguar los justos enojos de tu padre que nada sabe, que nada sospecha y que se moriría de dolor y vergüenza si llegara á vislumbrar tanta infamia.

U...me miró fijamente y poniendo en mis manos el arma con que momentos antes amenazara su existencia, me dijo:

—Doctor, mi vida es suya.

Yo lo miré también con fijeza y le dije:

—Llegará el momento en que te reclame esa palabra. Adios.

Y salí de allí perturbados mis sentidos y sólo teniendo presente el tremendo golpe que mi desgraciado amigo recibiría si llegara á descubrirse tan tremendo crimen perpetrado en su propia casa.

IX

Cómo desaparece la huella de un crímen cuya revelacion sirve para encontrarla

Instigado por mi amistad y respeto hacia mi antiguo amigo habia prometido al asesino de un indefenso anciano buscar los medios para que el cadáver desapareciera.

Por los impulsos de un noble sentimiento habia hecho una promesa que me convertía en cómplice de aquel monstruo.

¿Estaba en mi cabal juicio cuando así claudicaba contra la rectitud de mi conciencia y el sagrado deber de médico de Policía?

Yo que tenía por misión velar contra el crímen, perseguirlo, descubrirlo y señalarle á la justicia humana la plenitud de sus huellas iba á hacerlas desaparecer convirtiéndome en instrumento activo y concluyente de la impunidad infame!

Debería dar parte; denunciar á los criminales.....

Y qué conseguiría con ello?

Que el actor principal de esa tragedia horrible pusiera fin á sus dias—¡Oh, me lo había dicho y yo lo leía en su mirada!

Y qué.....¿No merecia aquel infame la muerte?

Sí; pero sin dejar tras él la mas tremenda de las deshonras:—la deshonra de su inocente fa-

milia. Sin que su desolada madre tuviera que volverse loca de horror al saber que en su hogar, bajo su mismo techo se había consumado tan espantoso crímen!

Pobre madre destinada á sufrir las consecuencias de las maldades de un hijo semejante!

Oh, si cuando mi amigo el coronel salió de la habitación de aquel perverso, hubiese sido recordado por el señor Aguiar y hubiera mandado descerrajar la barreta de aquel maldito sótano no hubiese pesado sobre mi alma la complicidad de una ocultación infame.

Si hubieran abierto ese antro mefítico habrían encontrado los restos del infeliz anciano víctima de su avaricia y de la furiosa nervosidad de una mujer histérica!

Hubiesen evitado la horrible pesadilla que desde aquella noche se apoderó de mis sentidos y que ha venido consumiéndome hasta que concluirá con mi existencia!

Y sin embargo, aquel delito no podía quedar sin castigo.

Sí, había que castigar á los criminales; pero salvando á los inocentes.

Oh, de aquella maldita mujer, su cómplice y tal vez la más culpable, á quien no podía denunciar sin denunciarlo á él, llegaría el instante de que los remordimientos se encargarían de ello.

Su vida desordenada; la atracción al crímen á que se aficionaría tras el premeditado asesinato de su esposo, la conducirían al abismo de la miseria, del desprecio, de la repulsión de las gentes honradas, del lodo infecto donde vivió en sus primeros años y del que no debió salir jamás!

El me habia hecho la promesa de su vida.

Y bien, yo estaba decidido á que me la cumpliera sacrificándola, como no lo merecia, con gloria para su nombre que era el nombre de su desgraciada familia.

Si, debia reincorporarse al ejército; marchar á los campos de batalla y perecer peleando como soldado.

Su crímen quedaria oculto ante la vindicta pública; pero no impune ante los ojos de Dios.

Oh, qué luchas tan tremendas tuve que sostener hasta decidirme por la complicidad en la ocultacion de aquel monstruoso delito.

Por fin vencieron mis afectos hacia mi viejo amigo—¡mi viejo amigo á quien no revelaria jamás el inmenso sacrificio que por él haria de la tranquilidad de mi conciencia, de la paz de mi vida, de las máximas sagradas de mi religion

Esa misma noche volví á aquella casa y me oculté en el cuarto de su hijo, sin que nadie me viera, hasta las altas horas de la noche.

Todos dormian, menos el asesino y yo.

Mi plan era horrible; pero no era posible combinar otro. A lo menos yo no lo hallaba.

Habia oído hablar de que en el sótano donde se cometió el crimen existían tercios de yerba mate.

Había que vaciar uno de aquellos y rellenarlo con los miembros descuartizados del cadáver haciendo desaparecer por completo de la atmósfera y de aquel cuerpo muerto la inficiosa descomposición.

Antes que se levantáran los demás habitantes de la casa debería trasladarse aquel *tercio de*

yerba mate á la quinta que la familia tiene del otro lado de la plaza de Miserere junto al callejón de Passo.

Todo estaba previsto.

Yo mismo fuí esa tarde á lo de Lómez y le encargué que á la madrugada enviara el vehículo en que debía conducirse aquél á la quinta de mi amigo.

Llevé conmigo los desinfectantes más activos y las *herramientas* necesarias para facilitar las desarticulaciones del cadáver.

Alumbrados por una linterna sorda, llegamos, cautelosamente hasta la puerta del sótano.

José María la abrió apagando el rechinamiento de la llave cubriéndola con un paño.

Sin embargo de estár acostumbrado á ellas una bocanada de aire corrompido me hizo retroceder con nauseas.

José María arrojó á la cueva gran cantidad de *desinfectante* y desaparecieron las emanaciones corrompidas.

Bajamos y cerramos tras nosotros el portalón para que no pudieran sentirnos en nuestra horrorosa tarea.

A la claridad que desprendió la linterna reflejamos el cadáver.

Pusimos manos á la obra inmediatamente.

Descosimos uno de los tercios que vaciamos y fuimos echando en él los restos descuartizados del que se llamó Manuel Larrica.

Rellenamos los huecos con yerba mate y volviámos á coser el tercio cuando vi que el asesino arrojó dentro un objeto que me llamó la atención.

—Qué es eso?—le pregunté.

—*Este es el puñal*,—me contestó,—*con el que hé dado muerte á ese hombre y con el que quiso herirme Pepa cuando la ofendí por la primera vez.* Vaya á su tumba el instrumento de mi crímen.

Y después de esconderlo en él concluyó de coser el tercio, pues yo no podia ayudarlo ya: un vahido me tuvo por algunos momentos trastornado.

Cuando salí de allí mi cabeza era un volcán; mi pulso latía de una manera violenta.

Sufria como jamás hé sufrido en mi vida.

Llegué á temer que un ataque nervioso me postrara en el cuarto del asesino y resolví marcharme dejándole la misión de terminar *nuestra obra.*

Fuí directamente á mi casa y me encerré en mi dormitorio dando órden terminante á mi sirviente de que nadie me molestara hasta que yo no abriese.

Como lo temía, una crísis espantosa se apoderó de mí.

Creí que eran llegados mis últimos instantes.

Reaccionó mi naturaleza; pero comprendí que la muerte cercana se hallaba dentro de mi ser.

Aquel sacrificio á la más pura amistad, había sido superior á mis fuerzas morales que mataban la parte material.

Mi conciencia me decia que yo era culpable, y aquel cuadro sombrio y espantoso se me presentaba á cada instante.

El asesino vino á buscarme varias veces hasta que ya convaleciente,—pero no curado,—le permití que se viera conmigo.

Me declaró que á la madrugada siguiente y sin que nadie le viera trasladó él mismo el *tercio de yerba al carro que yo encargué de la tropa de Lomes que llegó á su casa puntualmente.*

Que montó á caballo y acompañó á aquel hasta la quinta de su familia donde, *felizmente para él,* se hallaba ausente el quintero.

Que despidió al carrero y ocultó el *tercio hasta que hizo un profundo hoyo en un terreno inservible para la siembra de la quinta en el que sin que aquel lo viera enterró los restos de su víctima.*

—Ahora,—me dijo, con una sangre fría tan glacial que me dejó pasmado,—solo usted posee mi secreto; solo usted puede descubrirme y tengo la perfecta seguridad de que no lo hará nunca.

—¡Nunca!—esclamé.—Nunca por tu padre y tu familia; pero es ya tiempo de que me cumplas la palabra que me diste.

—¿Cual, señor?—me preguntó sorprendido.

—Tu vida es mia y te exijo que la sacrifiques *con gloria en aras de tu patria. Vuelve al ejército y hazte matar.*

—¿Sirviendo al gobierno que hoy tiene mi patria? Jamás!

—Marcha entónces al Perú.

—No,—me contestó, como si le molestara mi imposición,—me haré matar en la primera revolución que estalle.

—Pero, es que yo te exijo que te alejes de esa mujer...

—Alejarme de Pepa!

—De tu infame cómplice.

—Señor,—me dijo ofreciéndome la misma ar-

ma con que pretendiera quitarse la vida,—mi vida es suya; pero no me aleje usted de esa mujer.

Comprendí tarde que la vida de aquellos dos seres estaba unida por el lazo de un crímen que solo su revelación desataria.

—U...—le contesté con toda la repugnancia que me inspiraba,—creía que aun te quedaba un resto de honradez; pero veo que me hé engañado. Yo sabré lo que hé de hacer.

Y efectivamente, me había engañado.

Aquel mal hijo, volvió á los escándalos de antes con aquella mujer infame; á las casas de juego; á los prostíbulos, desencadenando su vida en contínuos desórdenes.

En cambio, yo me veía consumir por los remordimientos y llegué á pensar que el verdadero castigado era yo, por no haber cumplido con la rectitud de mi conciencia y los preceptos de mi religión.

Sentía dentro de mí los horrores de aquella noche espantosa y quise huír lejos, muy lejos.

Llegué á las provincias del interior y nada lograba aliviarme.

Pasé los Andes y ni las conmociones de un viaje tan peligroso y pintoresco pudieron reaccionar las opresiones de mi espíritu.

Hoy que me encuentro á las puertas de la muerte necesito desahogar el tormento que tan bárbaramente me mata.

Sed vos mi confesor y obrad como lo tengais por conveniente.

Si ese malvado ha cumplido su palabra perdonad su memoria, señor, en consideración á su familia que es la vuestra.

Si aun sigue faltando á ella, castigadlo para que no quede impune su crimen.

Gracias, señor, por vuestras inmerecidas consideraciones.

Recibid las últimas palabras del que ya no volvereis á ver más en la tierra.

D...

X

Las pruebas que condenan y la confesión de los reos.

La prisión de Pepa y la de su antiguo amante, fué tan inesperada que en los primeros instantes nadie lo quiso creer.

Tanto se había comentado la desaparición de don Manuel Larrica y tantas fueron las sospechas desvanecidas que las gentes incrédulas llegaron á imaginarse que sería una nueva bola lanzada con objeto de entretener los ocios de algún travieso.

Pero aquella rodó con tantos visos de verdad que la incrédula gente acudió aún á la misma cárcel en busca de fuente segura, retirándose de allí haciendo cruces y propalando la voz de que por esa vez no había engaño.

Qué de cosas se inventaron entónces!

Y qué profunda consternación en las más distinguidas familias con cuyos deudos se encontraba emparentada la del acusado principal!

La justicia anduvo rápida en sus procedimientos.

Formóse cabeza de proceso con la carta y los apuntes del doctor D....Llamóse á declarar primero á Pepa y después á José María.

Como era de esperarse ambos negaron y el

juez de la causa que lo fué en primera instancia el doctor don Juan José Cossio, resolvió hacerlos comparecer á un careo en el que preparándoles un golpe teatral le presentarían todas las pruebas del crimen.

Cruel y tremendo aunque bién merecido fué aquel momento para los dos amantes.

En una mirada se abarcaron ambos y ambos debieron sentir que les hablaba, con palabras de fuego, sus recuerdos.

En la amarga y desdeñosa espresión que se dibujaba en el rostro de Pepa parecia decirle:

—No me asegurabas que todo rastro habia desaparecido? Pues por qué estoy yo aquí?

Y debió comprender que la habia engañado porque su amante la miró sombrío, pálido, estremecido en sus fibras.

—Señor Juez,— dijo, con voz vibrante señalando á Pepa,—porqué se mantiene en prisiones á esa mujer si esa mujer es inocente?

—Luego usted confiesa ser el autor del crimen?—le preguntó el Juez.

—Yo? Yo no confieso nada,—respondió U..... bruscamente.

—Hace mal en negar. La justicia está en posesión de todos los pormenores y negando agrava usted su causa.

Y el Juez continuó con voz pausada:

—Una tarde esperó usted sólo en su casa á D. Manuel Larrica.

—Ya hé dicho que esa tarde me acompañaba el sirviente de mi casa á quien puede preguntarse.

—El sirviente de su casa ha declarado que us-

ted le había mandado marchar á las piezas interiores.

Don Manuel Larrica llegó á su casa de usted sin que él pudiera verlo por el motivo indicado.

Bajó usted con él á un sótano y allí, mientras él estaba vuelto de espalda, le clavó usted un puñal en el corazón.

—Repito,—dijo U..... como si le fastidiara la relación del Juez,—repito que no sé nada de eso.

—Y usted?—le preguntó el Juez á Pepa, encarándose con ella bruscamente.

Pepa se inmutó; no habló; pero hizo un signo negativo con la cabeza.

—Conocen ustedes esta arma?—les preguntó el Juez, mostrándoles un cuchillo.

No..... murmuró U..... con el semblante demudado.

—Ese puñal!..... exclamó Pepa con espanto; pero reponiéndose añadió fingiendo extrañeza:—Yo no lo he visto en mi vida.

—Con ese puñal,—añadió el Juez con severo acento dirigiéndose á U..... manchado aún con la sangre de la víctima, asesinó usted á D. Manuel Larrica.

¿Recuerda lo que hizo después?

U... no contestó.

Permaneció con la cabeza baja mientras que Pepa, enmudecida y atenta tenia la mirada fija en el buez.

Envuelto en la obscuridad y en una atmósfera mefítica descuartizó usted el cadáver ya en estado de completa descomposición.

—Qué horror!...—gritó Pepa trémula de espanto.

—No fuí yo...—murmuró U.. sombrío.

—Y los fué usted echando en un tercio de yerba mate que al día siguiente llevó á la quinta de su familia.

—Yo?... Yo?...—preguntó U... como si le contaran la realidad de un sueño.—Yo no hé hecho eso.

El juez tocó una campanilla.

—Haga usted entrar al sirviente del coronel U...—le dijo el Juez al ordenanza que se presentó.

Poco despues entraba en el despacho un negro viejo quien al ver á U... se dirigió á él llorando.

—Venga acá!—le dijo el Juez.

—Yo quiero ver á mi *niño*, señor... porque la señora mi ama está llorando día y noche.

—Se acuerda, *moreno*, de aquella tarde que fué su *niño*?... Mireme á mí!.. Se acuerda?... Usted estaba solo.

—Sí, señor, y el *niño* me dijo que me fuera adentro y que no volviera hasta que él me llamase.

—Y tardó mucho en llamarlo?

—Ya era de noche, señor.

—Basta. Puede retirarse...

—Me permite que le bese la mano á mi *niño?*

—No.

Y despues de retirarse el sirviente, el Juez volvió á tocar la campanilla.

—Haga usted entrar al otro testigo,—le dijo al ordenanza.

Un hombre del pueblo se presentó enseguida.

Al verlo U... contuvo una exclamación.

El juez le preguntó:

—Es usted carrero?

—Sí, señor,

—Pertenece usted á la *tropa* de Lomes?

—Sí, señor.

—Conoce usted á ese hombre?

El carrero miró atentamente á U... y contestó:

—Sí, señor.

—Fué él quien le entregó en la madrugada de... un tercio de yerba mate?

—Sí, señor.

—A dónde lo condujo usted?

—A la quinta del coronel U...

—Y usted, ¿reconoce á ese hombre?—le preguntó el juez á José Maria.

—No recuerdo haberlo visto nunca,—respondió U... eludiendo la mirada del carrero.

—Como que nó, *niño?* Acuérdese.

—Conteste,—le ordenó á U... el Juez.

—Repito que no me acuerdo,—replicó U...,—con impaciencia y despues de un momento.

—Pues si el señor Juez me lo permite yo voy á refrescarle la memoria.

—Hable,—le dijo el Juez.

—Cuando yo llegué á la madrugadita á su casa usted me estaba esperando con la puerta entornada.

Usted me dijo que no queria despertar á nadie y que le ayudase á cargar el tercio lo que hicimos los dos.

Despues sacó usted de las riendas su picazo parejero tan mentao en la calle de la Arena y se me vino á la cuarta del carro.

Yo creia de que usted desconfiaba de que yo

me fuera á quedar con la carga y se lo dije medio en deveras y usted medio se enojó.

No se acuerda, pàtroncito?

Llegamos á la quinta y usted me hizo esperar junto al callejon de Passo.

Luego vino y me ayudó á entrar el tercio en un rancho que hay tras de la casa.

A mi me estrañaba que todo un señor como usted, teniendo peones y sirvientes cargara y descargara el fardo.

—Sabes porqué hago esto?—me preguntó usted comprendiendo mi extrañeza.

—Será por que le gusta,—le contesté yo.

—No,—me contestó usted riendo,—es porque necesito plata y quiero vender este tercio sin que nadie lo sepa. ¿Me entiendes?

Y usted me dió diez reales.

—No me acuerdo,—repitió U... entre dientes.

—Y también me regaló el pañuelo que llevaba el cuello.

U... calló.

—Aquí lo tiene, señor Juez,—añadió el carrero presentando un pañuelo blanco que puso sobre la mesa del despacho.

—Lo reconoce usted?—le preguntó el Juez á U...

—No,—contestó U.... bruscamente.

—Y tampoco,—añadió el Juez con severo reproche,—conoce usted estas iniciales que son las suyas.

U... se encogió de hombros.

—Puede retirarse,—le dijo el Juez al testigo.

—El pañuelo señor,—murmuró el testigo.

—Puede dejarlo. Retírese.

—Pucha,—murmuró el carrero al salir,—si sé que se iban á quedar con él ni lo muestro.

—Y usted no recuerda—preguntóle el Juez á Pepa,—cuando con un pañuelo como éste su cómplice lehizo á usted la señal convenida en el teatro?

Pepa no pudo ni siquiera repetir la risa burlona con que al hacerle igual pregunta contestara en su casa al Jefe de Policía.

—Despues que usted despidió á ese carrero, continuó el juez dirigiéndose á U. .— y de cerciorarse que el quintero tardaría en volver, usted mismo cavó una sepultura en el fondo de la quinta.

—Yo!...—exclamó U...cada vez más aturdido ante aquellas pruebas.

—Sí, usted: en un terreno inculto y del que usted sabia no se echaría mano para la labranza.

—No!

—Sí, le digo yo, asesino!...En aquella sepultura enterró usted el tercio de yerba que contenía los restos mortales descuartizados por usted de don Manuel Larrica!—le dijo con voz fuerte y severo acento el Juez.

—Yo nó!!—gritó U...

—Aun se atreve usted á negar su crimen! Pues bien, alguacil, levante ese paño.

El agente de justicia se dirigió á un bulto que se encontraba colocado entre los dos cómplices.

Levantó un paño que lo cubría y vióse allí apilados los informes y descarnados restos de un cuerpo humano.

Al ver aquella masa horrorosa, Pepa abrió los ojos con espanto y lanzando un grito angustioso prorumpió en lamentos.

Sintió miedo horrible, y secos los ojos y los lábios temblorosos, exclamó:

—A qué negarlo ya?... Si, señor Juez, yo le pedí que lo asesinara porque *ese hombre repugnante* me daba asco.... Yo le pedí que me librara de él, como le pido al señor Juez—concluyó dando alaridos impregnados en nauseas—que me libre de ver esas carroñas inmundas!

—Nadie más que el doctor D...—murmuró U.... como hablando consigo mismo.

—Sí,—repitió el Juez con voz solemne y enérgica,—el doctor D...que ha muerto víctima de su abnegación y del espanto que el crímen de usted le infundiera.

—Muerto!

—Oiga usted la confesión de un moribundo: "Juro por la salvación de mi alma que el asesino de don Manuel Larrica es José María U...en complicidad con....."

Negará usted aún?

—Nó,—contestó U...despojando su rostro de toda ficción y mostrándose altanero.—¡Yo soy el asesino de don Manuel Larrica!

—Lo confiesa usted?

—Sí: yo soy el único asesino, no tengo cómplices. Esa mujer es inocente. Lo juro sobre los restos de don Manuel Larrica que sacrifiqué con toda premeditación. Cúmplase sobre mí solamente el castigo reservado á los cobardes asesinos!

—Y por qué sobre tí solamente,—exclamó Pepa en un arranque de protesta apasionada, —si hé sido yo, con mis hechizos y mi voluntad que te hé obligado á cometer ese crímen? Si ha de haber castigo, el mismo castigo debe ser para

los dos, porque todo nuestro crímen está en el amor que nos tenemos. Si por alguien me entregué yo á aquel hombre que se había pegado á mi cuerpo como una enfermedad incurable, fué por tí, porque era de la única manera que nos querríamos siempre. Fué por tí por quien llegué á odiarlo de muerte y á sentir ganas de matar á los seres que llevé en mi seno, porque no eran hijos tuyos.—¡Maldita sea mi existencia si yo supiera que ibas á morir por mí, mientras á mí me perdonaran la vida!

Y Pepa volcó sobre su amante los destellos de sus ojos en que irradiaba toda la pasión soberbia de la hermosa tabernera.

En cambio U... fijaba la mirada en el Juez esperando su resolución inconmovible al parecer.

El Juez hizo una seña á los soldados que custodiaban á U... quienes lo tomaron y acercaron á la mesa.

—Firme usted,—le dijo el Juez.

—Es mi sentencia, señor?—preguntó U...

—No, esa vendrá despues. Es su confesion. Quiere usted que se le lea?

—Para qué *si lo he confesado todo?*

Y U... firmó sin vacilar.

—A usted,—le dijo el Juez á Pepa pasándole el secretario la pluma.

—*Para qué*,—repitió Pepa, rechazándola,—con uno que firme basta.

—No basta. Tiene usted que firmar...

—Pues no firmo, señor Juez y haga usted lo que quiera de mí. Yo le hé entregado mi vida y él sabrá lo que ha de hacer de ella firmando.

XI

Las sentencias, madre é hijas, amigas de Pepa y el verdugo de U....

Hechas sus declaraciones y *confesiones con cargo* Pepa y José María fueron conducidos á sus celdas.

Debían de nombrar sus defensores; pero ningun abogado quiso hacerse cargo de esas defensa y lo tuvo que ser el de pobres *pro-fórmula*.

Vino después la sentencia.

Cuán tremenda para José María U...!

Predominaba aun *la costumbre* de sentenciar á morir en la horca.

Y cuando existían causales tan agravantes como las que pesaban sobre el asesino de don Manuel Larrica, su cadáver debía ser arrastrado por las calles á la cola de una bestia de albarda.

A reclusión en la cárcel por tiempo indeter minado fué condenada Pepa.

Y mientras iba en apelación ante el superior tribunal de justicia se les permitió á los reos recibir, con centinela de vista, á las personas que fueran á verlas.

Abstraído se hallaba en sombría meditación

José María cuando el carcelero le anunció la visita de una señora.

Era su desolada madre.

Para una madre no hay hijos criminales; no hay sino hijos de su alma!

No así los hijos que apenas crecen dejan de ser hijos porque se avergüenzan de que su madre es pobre ó de humilde cuna!

Y mientras la desgraciada *misia* Rita abrazaba y besaba á su hijo con la elocuencia muda de sus lágrimas de madre, las hijas de Pepa, llevadas á ella por la parda Rufina la miraban con desprecio y contemplaban con vergüenza la desnuda y asquerosa celda en que estaba.

Besos y abrazos y las más tiernas caricias las prodigaba Pepa, que *sus futuras herederas* recibían impacientes para decirle á la parda:

—Cuándo nos vamos?—No queremos estár aquí.

Sabrían ellas quién fué la instigadora del asesino de su padre?

Entre tanto, la madre del *reo á muerte* ansiaba quedarse allí, al lado de su *desgraciado* hijo, hasta el último instante...¡hasta más allá de la muerte!

Pepa miraba, con dolores en el alma, el desprecio indiferente de sus hijas que deseaban separarse de su lado cuanto ántes.

José María sintió regada su frente con el llanto de aquella madre que perdonaba su crímen, que todo le perdonaba por llamarle hijo de sus entrañas.

Ambos quedaron sólos.

Aquella encerrada y solitaria en su celda por cuya ventana penetraban los écos de la gente libre!

Este escuchando las vociferaciones de los otros presos, el ruido de llaves y cerrojos...

Cómo echaría de menos Pepa su *palacio* de la calle de Empedrados; su cómodo lecho; las claridades del día que reflejaban su esbelto talle en los espejos de cuerpo entero, sus joyas y magníficos trajes...

Todo trocado por aquel húmedo y desmantelado calabozo!

Y al separarse de allí aquella amorosa y tierna madre, ¿recordaría José María, aquellas noches y aquellas auroras en que se dormía con sus santas bendiciones siendo niño y despertaba siendo hombre con sus benditos besos?

¿Recordaría Pepa aquellos sobresaltos de las embelesadoras citas ocultas, sus miradas á hurtadillas... y aquel beso ámplio y sonoro que en deleitosa ambición cumplida estampara, por primera y única vez, en los labios amoratados de aquel cuyas *carroñas inmundas* le presentaron en la audiencia de su confesión criminal?

¿Vendría á la memoria del gallardo oficial aquella noche en que conociera á *la rica* tabernera, á la mujer querida, por la que en nada reparó, sacrificándolo todo, la tranquilidad de su familia, la suya propia, su honra, su palabra y hasta la nobleza de su bravo carácter para convertirse en el más cobarde y malvado de los asesinos?

Y allá en la celda de Pepa se mostró el carcelero, menos uraño desde que la parda Rufina suavizara sus modos con el *unto amarillo* á que tan aficionado era, á que el bueno del guardian daba por de contado preferencia á esas *unturas* que á aquellas tentaciones de la carne.

—Quiere ver á unas amigas?—le preguntó á Pepa.

—Amigas?...—repitió Pepa, pensando que hasta entonces ninguna *amiga* había preguntado por ella. Y en el hueco del recuerdo surgieron los nombres de algunas de aquellas señoronas que fueron sus amigas cuando aprendió con ellas las *fórmulas sociales.*

Aquellas que la invitaron á la gran recepción del Fuerte en la noche del 25 de Mayo . ¡Noche memorable para ella! Tantos triunfos soñados, convertidos en una celda de presidio para toda la vida! Oh, si fueran esas amigas ellas podrían obtener con sus grandes influencias que se revocara su sentencia y la de su amante también á quien sabía habían condenado á muerte.

Todo eso y mucho más abarcó su pensamiento en el relámpago de la idea.

—¿Amigas?—repitió: ¿Y dónde están esas amigas?

—En la *crugía grande,*—respondió el carcelero, derribando el castillo de ilusiones que Pepa se formara.

—En la crugía grande!—repitió.

—Dicen que la conocen desde que usted era chiquita y después fué *moza* como ellas...

—Dónde?

—En la taberna de la Ratona.

Sus antiguas compañeras!...

Todas aquellas deslavadas á quienes ella despreciaba y á quienes no volvió á ver más cuando su marido, el muerto, la llevó al tugurio de la calle de Santo Domingo.

Era su orígen...menos... y ahora, mucho me-

nes que su orígen: una despreciable presidaria!

Pues no faltaba más que aquellas señoronas tan encopetadas se fueran á acordar de ella!

Gracias que lo hicieran sus cofrades de la taberna y eso porque tambien lo eran de cárcel.

Había que agradecerles el recuerdo y pedirles que vinieran.

Al menos tendría con quien hablar de su amante cuya sentencia le habrían asegurado se modificaría *allá arriba.*

De nó...que la condenaran á ella también por que no quería vivir si lo ahorcaban á él...

Ahorcado por haber quitado de enmedio á aquel viejo!...Què justicia más infame!...

Y así pensaba cuando llegaron á su celda ruido de enaguas y voces broncas de mujer.

— *Correntina!*

—Pepa?

—Y tú también *Pajarote?*

—Pues por nada estamos aquí, Pepa.

—Porque hirieron en la taberna á un fraile.

—Que era la piedra del escándalo.

—Y se les puso que teniamos que ver esta y yo...

—Porque los heridores eran nuestros *chulos.*

—Y á tí, Pepa, parece que también te ha ido mal con *tu hombre?*

—Tan alto que te habias subido!

—Cómo que nosotras teníamos miedo de hablarte.

—Y quién iba á hablar con esta princesa?

—La hija de la virreyna viuda, como te llamaba ña Rufina.

—Con que *achocaron* al viejo?....

—Pero á tí te han de haber quedado muchas onzas...

—En nuestra *sala* no se habla si no de tí.

—Dicen que te han condenado por toda la vida y que has hecho mal de irte á la justicia mayor.

—Por qué?

—Por que así como te pueden quitar algunos años de encierro, también te pueden condenar como al otro y al otro que tiene buenas aldabas, ponerlo libre.

—Con decir que tú eres la causante de todo y que al oficialito tú lo obligaste en un mal momento á *encender los triquitraques*...

—A esos *dotores* no le faltan leyes ni latines cuando quieren mirar las cosas al revés...

Pepa se sintió alterada más de lo que debiera sentirse cuando sus antiguas cofrades de la taberna la dejaron sola en aquellas cuatro paredes desmanteladas y aquel suelo de ladrillos rotos y corroidos.

Que los condenaran á los dos á vivir en aquellas zahurdas asquerosas aunque fuera toda la vida, paciencia, con tal de que llegaran á verse de cuando en cuando.

Que los dos se fueran de este mundo, pero juntos, tambien podía aguantarse, porque al fin, como él la decía, habían nacido el uno para el otro y el crímen los había unido para la vida y la muerte.

Pero que á ella sola la condenaran á morir y á él le dieran libertad para que otra mujer le hiciera olvidar de su nombre, de sus caricias, de sus besos!... Eso no! Y la soberbia criolla sintió que rabiosas torcieron su corazón las garras de los celos...

Celos? No: amor propio por primera vez ofendido al descender de su trono de mujer codiciada á aquel encierro de sombras, antro de desprecios y humillaciones, mundo del crímen que guardaba el *otro mundo* como si fuera una jaula de bestias feroces!'

Y en histéricas transiciones de abatimientos y zozobras; de entrecortadas risas irónicas y convulsos sollozos de desesperaciones llegó á sentir arrepentimientos de haberlo impelido á cometer aquel crímen!

Entretanto su amante allá en la celda con centinela de vista, sentado en un banco, con los pies engrillados, cruzado de brazos y la cabeza baja esperaba el momento terrible de la confirmación de su sentencia de muerte.

Qué otra esperanza le quedaba ni qué otra cosa podría desear después de su confesión?

Su pobre madre, la única persona que por él se interesaría pediría clemencia que no encontraría en los jueces, ni en el gobierno, ni en nadie.... Y en sombríos recuerdos se encontraba cuando sacólo de su abstracción la voz de un hombre.

—Buenas tardes, capitán—le dijo descubriéndose.

U..... levantó la vista y fijóla en aquel hombre: era un viejo gaucho de barba y cabellos blancos, en cuyo rostro vagaban ondas glaciales.

—Ya no me conoce, capitán?—le preguntó.

—Si...—dijo U... mirándolo mas fijamente,—te conozco. Tú has sido un bravo soldado en otros tiempos.

—Que he derramado mi sangre por mi patria

en donde mas crudo se presentaba el combate,— añadió el viejo con voz conmovida.

—Ya te recuerdo bien,—continúo U...—Tú fuístes el asesino de un muchacho en la pulpería del viejo *Camándulas*.

—El me había madrugao, capitán y usted me entregó á la justicia sin atender á razones.

—Porque lo merecias.

—Como usted merece ahora que lo condenen á la horca...

—A la horca!

—Por haber asesinado á un pobre viejo indefenso.

Extremecido por el recuerdo U... murmuró:

—Tienes razon.—Estamos iguales.

—No tan iguales, capitán, que si yo lo hice fué porque me ofendieron de palabras y hechos. A Vd. nadie lo ofendió.

—Bién. Qué quieres?

—Primero, verlo, capitán.

—Ya me has visto.

—A usted lo van á ahorcar, capitán, y á mí me han perdonado la vida para arrastrarla en la cárcel....

—Házte hombre de bién y algún día te conmutarán la pena.

—Y para qué si ya no tengo mujer que ha muerto de pesadumbre maldiciendo al hombre que me entregó? Si ya no sé de mis hijos que se han ido al desierto perseguidos por la justicia porque vivían en la miseria. Así destruyó usted, capitán, toda la familia de un viejo soldado que ningun mal le había hecho.

Y ahora nos vemos condenados, usted á la horca y yo á presidio perpétuo.

Cuánto mejor seria que hubiésemos concluido la perra vida en los campos de batalla.

Usted no habria deshonrado el nombre de su familia y yo hubiese muerto tranquila por haber cumplido con mi deber y porque tendría la satisfación de que á la mujer y á los hijos del soldado que muere por la patria todo el mundo los respeta.

—Tienes razon.....—murmuró U.....—cayendo esas palabras en sus oidos como si fueran ecos de ultratumba. Lo mismo le habia dicho el doctor D... y al oir hablar asi al viejo soldado le parecia que estaba condenado á un doble castigo.

Hubo un momento de silencio.

—Luego... ¿no quieres ser hombre de bien?—le preguntó U... tratando de sonreir.

—No, capitan, porque voy á ser algo peor.

—Peor!

—Voy á cumplir la promesa que le hice cuando usted me entregó á la justicia. No parece sino que yo adivinaba que algún día usted se iba á encontrar en este trance.

—Qué promesa?

—El Superior Gobierno conmuta mi pena si quiero aceptar el oficio de verdugo.

—Verdugo!

—Y quiero serlo, capitán, porque voy á empezar por usted mi oficio, capitán.

—Por mi!

—Es una satisfacción que le doy á mi pobre vieja. Se lo prometí antes de que murieras.

U...notó que por el quemado rostro del viejo soldado rodaron lágrimas que fueron á humedecer las blancas hebras de su barba.

U...le tendió la mano diciéndole:

—Perdóname el mal que te hé causado ahora que voy á morir.

El viejo soldado estrechó aquella mano en silencio, saliendo en seguida de la celda de U ...

XII

En el que el autor concluye esta segunda parte con la sentencia del *que van a ajusticiar* y la conmemoración del 4 de Julio de 1776 la que viene á ser interrumpida por la presencia de una dama y termina con un emplazamiento.

Dos eran las notas que sonaban en las conversaciones de ese dia: los condenados por el asesinato de don Manuel Larrica y el 46º aniversario de la independencia norteamericana.

Decíase que los señores del Tribunal de Justicia habian confirmado la sentencia de primera instancia y que en la mañana del dia siguiente se produciria la aparatosa ejecucion del delincuente.

Y como tanto se dijo y se habló de este espantoso crímen se preparaba á asistir á aquella manifestación terriblemente sombría de la justicia humana, un gentio inmenso compuesto, no solo de los habitantes de la ciudad, sino de muchos otros pertenecientes á los partidos cercanos que venian con ese objeto.

Allá en los soportales y corredores de las recobas se formaban corrillos y los dueños de tiendas y tabernas echaban su agosto vendiendo á un peso duro por barba la entrada á los terrados desde donde se veria la formación de los

soldados, la salida del reo de la cárcel, su marcha hacia el patíbulo, la horca y el ahorcado sin perderse un solo detalle.

Vaya que no era cosa de dejar ver con sus pelos y señales cómo se portaba un hombre en sus últimos momentos y si este hombre sabia marchar á la muerte legal con el corazon entero, paso firme y la mirada altiva ó sí, portándose como un verdadero collonazo le faltaba corage despues de haberlo tenido para asesinar á un indefenso anciano por la espalda.

A uno?...

Cá... Eran muchos los delitos cometidos por aquel criminal relapso, como le llamaba Culebras al comentar con los otros cómicos y abonados en la puerta ó en el proscenio del teatro el fin *moral* de aquel otro *Egisto* y de aquella *Clitemnestra* con peineta y mantilla á la española.

Ponderaban, sin embargo, los que de *mentas* lo conocían, ya en décimas doradas, ya en relaciones romancescas, su valor temerario en el combate y la generosidad de sus acciones con sus contrarios vencidos.

Y los que tuvieron la suerte de haberlo visto, llegando hasta dudar de que se hubiera emporcado en tan pequeña cosa, contaban de él hazañas tan imposibles que hacían temblar las carnes.

Hipaban de admiración dolorosa las viejas señoras y á más de una se le colorearon los párpados y se le humedecieron los ojos al verlo perdido en los espantosos antros de los delitos nefandos dejando desconsolada á su pobrecita madre y en la deshonra á su respetable familia.

Hacíanles coro las muchachas casaderas con las-

timosas exclamaciones al saber que de manera tan desastrosa iba á llevarse la muerte tan gallarda juventud.

—No dejen de mandar los niños para que *tomen ejemplo*,—repetía la abuela aplicando tradiciones y *moralizadores* consejos.

—Es un nefario! — exclamaban las austeras beatas, mascullando y aplicando la palabreja que sin duda habían oído en el confesonario.

—Figúrense que no ha querido confesarse!

—Qué abominación!—repetia el coro de turiferarias haciéndose cruces.

—Y que ha cometido el sacrilegio mandito de mandar nada menos que á paseo al santísimo padre.

—No merece conmiseración!

—Que lo ahorquen que bien ahorcado será por hereje!

—Ese demonio va á entrar de cabeza en el infierno.

Y entre tanto que todos aquellos curiosos, desocupados, lamentadores y fanáticos se preparaban para la ejecución del reo habiendo hasta quien pensado había de hacer uso del traje dominguero para no dar que decir que asistía de trapillo á tan solemne espectáculo, los establecimientos públicos, las casas particulares de algunos patriotas y las de algunas fondas y cafees *embanderaban* sus frontis en conmemoración y festejo de la independencia de la república del norte que dió ejemplo de destronar reyes á la vieja Galia y de libertad á sus jóvenes hermanos en el mundo de Colón.

Herguida sobre la terrasa de la posada Norte Americana de mistrees Thor, flameaba la insignia

estrellada de los *trece Estados Unidos de América* y allá en el gran salón donde iba á darse el banquete oficial, entre luces de mil brillos, banderas, festones, escudos y guirnaldas rojas, azules y blancas combinando soles y estrellas con los colores de la gran república y los que dió Belgrano á su patria.

Ya asomaban las penumbras de la noche cuando sonaron los acordes de una orquesta que colocada estaba en el patio contiguo al gran salón.

Iba llegando la comitiva de la fiesta encabezada por el coronel Jhon Forbes, quien como representante del presidente Jayme Monroe patrocinaba el acto.

Acompañábanlo mister Guillermo Pio White, gran patriota á quien tan desinteresados como importantes servicios le debió la argentina: los primeros buques con que el almirante Guillermo Brown hiciera tantas proezas; mister Williams Cooper, acaudalado comerciante; el capitán Hamilton descendiente de la célebre familia escocesa de ese nombre y bravo marino de la escuadrilla norte americana; mister Tomshon y otros distinguidos caballeros de la repùblica hermana.

Pocos momentos después se oyeron nuevos acordes de la banda y anuncios de que recien iban llegando los carruajes conductores de la representación del gobierno de Buenos Aires.

El coronel Forbes y demás caballeros que lo acompañaban salieron á recibirla.

Estaba compuesta por el ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores don Bernardino Riva-

davia, don Manuel Garcia ministro de Hacienda, Juan de la Cruz Varela, oficial mayor del ministerio de Gobierno; don Ignacio Nuñez redactor principal de *El Argos*; don Manuel Moreno y otros notables representantes en los distintos ramos del saber humano.

Entre aplausos y hurras penetraron al salon del banquete donde, desde ese momento reinaron las mas cordiales expresiones animadas con las gratas armonias de la banda que inauguró el acto con la *Salve á Colombia*. Y mientras se pronunciaban palabras y discursos patrióticos y alusivos al acto que allí se conmemoraba tocó el Himno Nacional Argentino, la marcha de Buenos Aires, de Belgrano, de Washington.. .

Fué el primero de los brindis:

—"Al 4 de Julio de 1776", por don Manuel Moreno.

—"A los hermanos de la América del Sur",—contestó el coronel Forbes.

—"Por Jayme Monroe, los diez millones de hombres libres que gobierna, y porque América sea para los americanos,"—pronunció don Manuel Garcia.

—"Al noble gobierno de la provincia de Buenos Aires",—contestó Tomshon.

—"Señores,—dijo don Ignacio Nuñez,—levantemos bien alto nuestras copas. ¡A la memoria del inmortal Jorge Washington!"

"El primero en la guerra, el primero en la paz, el primero en el corazon de sus conciudadanos!"

—"A los patriotas de todas las naciones que han muerto en defensa de las libertades públi-

cas. A la memoria inmaculada del general don Manuel Belgrano",—brindó mister Cooper.

—"Porque mi patria implante la mas bella conquista de la justicia humana de que Norte América nos da el ejemplo: por el jurado popular", brindó Juan de la Cruz Varela.

—"Señores,—"dijo el capitan Hamilton,—"permitidme que brinde por algo sin lo cual no hubiésemos conseguido la victoria y que nos alentó á obtenerla. Por las bellas americanas."

—A ellas esta canción:

Y el capitan Hamilton cantó *La doncella enferma de amor.*

—Compatriotas, señores,—exclamó el coronel Forbes cuando el capitan Hamilton terminó de cantar la tradicional balada—voy á brindar por el sol moral que está rigiendo los destinos de esta hospitalaria provincia. "Por nuestro distinguido huésped el señor don Bernardino Rivadavia, ministro de Gobierno y de Relaciones Exteriores quien por su firmeza ha sacado este pais de las garras de la anarquía y con sábia administracion adelantó rápidamente sus intereses políticos y su felicidad".

Grandes, nutridos y entusiastas aplausos contestaron á ese brindis y despues que todos los conmensales apuraron la copa que tenían por delante, Rivadavia hizo llenar la suya y dirigiéndose al presidente del banquete historió á grandes y patrióticos rasgos los hechos de la primera república Americana para terminar su discurso con las siguientes frases:

"Sea inmortal el nombre de los hombres superiores que declararon y conquistaron la inde-

pendencia de los Estados Unidos y de Norte América;

"Crezca la prosperidad de los Estados Unidos, al paso que su edad, según lo merece la primera Nacion Amerina que dentro de algun tiempo vendrá á ser la primera nacion del mundo.

"Que la moralidad é igualdad, bases del gobierno en Estados Unidos, sea también la de toda nación del mundo";

—Hip!... hip!... hurra!...—gritaron por tres veces los norteamericanos con frenético entusiasmo y los vivas á su patria que ellos repetían á la Argentina se sucedieron durante un largo espacio entre los himnos de la orquesta y los ecos repetidos por el pueblo esparcido en los demás salones, patios y calle.

Don Manuel Moreno pidió entónces hablar, y en el mayor silencio dijo:

"Esta solemne fecha que consagramos hoy, probó que la América no había degenerado; le dió una magna carta sin la ayuda de los *Barones*, y á pesar de la opresión de los Barones. Señores, á los sabios que declararon nuestra independencia en el Norte".

Y no habían aun terminado los aplausos prodigados á ese inspirado brindis cuando ellos fueron interrumpidos por y sollozos lamentos. Todos los ojos se dirigieron á la puerta de entrada donde destacaba la figura enlutada de una dama que dijo con acento de lágrimas:

—Señor coronel Forbes, en nombre de este glorioso día para toda la América, yo os suplico que intercedais por la vida de mi hijo!

La figura y las palabras de aquella dama im-

pusieron tan rápida transición que súbitamente se suspendieron todos los ecos, retratándose en los semblantes la más profunda sorpresa.

Cundió la voz enseguida de que esa era la madre del capitán U... que al día siguiente debía ser ahorcado al pié de los fosos de la Fortaleza.

El coronel Forbes dirigió la mirada á Rivadavia.

—No,—dijo éste comprendiendo lo que aquella mirada quería decirle.

—Rivadavia, es tu sangre!—exclamó en un arranque de dolorosa protesta aquella madre.

—Sangre gangrenada, Rita, que es necesario que desaparezca,—contestó Rivadavia con enérgica firmeza.

—Oh, señores!—prorumpió la madre de U...—tened compasión de ese desgraciado! Yo os lo suplico en holocausto á este sagrado día!

—Señor Ministro,—dijo el coronel Forbes, dirigiéndose á Rivadavia, después de haber consultado con el gesto á sus compatriotas,—yo os pido, en nombre propio y de mis paisanos, que si no quereis que nos deje un triste recuerdo la gran fiesta de esta noche accedais á la petición de esa señora.

—Los Ministros de Gobierno,, señor coronel Forbes,—contestó Rivadavia,—no disponemos de semejante prerogativa. Es al señor Gobernador á quien debe dirigirse esa petición.

—Pues bien,—replicó el coronel Forbes, con una decisión propia de su raza, gritando á un mozo:—Papel, pluma! el que inmediatamente le trajo lo que le pedía.

El Coronel Forbes escribió rápidamente:

Buenos Aires, 4 de julio de 1822.

Señor Gobernador:

Cuando los norteamericanos residentes en este hospitalario suelo celebran el aniversario de su patria, una madre angustiada viene á pedirnos, invocando esta conmemoración, que intercedamos con V. E.

Dos cosas irresistibles: la gloria de la patria y el llanto de una madre.

Sed clemente, señor, perdonando al reo José María U.... que la clemencia es una de las primeras virtudes en los pueblos republicanos.

—Firmad!—díjoles á sus compatriotas después de haberlo hecho.

Todos firmaron.

—Tomad, señora, y que el cielo os conceda la gracia que buscais.

—Gracias, señor y ojalá que Dios conceda á vuestra patria toda la dicha que á mí me falta.

Y atravesó por entre aquel gentio que le abrió paso con respetuosa conmoción al verla muda en los labios; pero llevando impresa en su rostro la santa elocuencia de una madre que acaba de salvar la vida de su hijo.

—Mi querido señor Ministro,—díjole entonces el coronel Forbes á don Bernardino Rivadavia, —voy ahora á dirigirme á la nobleza de vuestro carácter que debe predominar en este momento sobre la rígida severidad del funcionario público. En nombre de mis conciudadanos os suplico que patrocineis nuestro pedido ante el señor Gobernador....

—Podrían creer, señor coronel Forbes, que me llevaba en ello un interés de familia....

—Todos hemos visto lo contrario y para los hombres excepcionales debe bastar la tranquilidad de su conciencia. El servicio es á nosotros, á los norte-americanos.

En la fisonomia del gran estadista argentino pintóse la lucha interior y dirigió la mirada á su colega don Manuel Garcia, quien dijo:

—Yo no tendré inconveniente en apoyarlo.

—Pues bien,—contestó Rivadavia, — contad con que lo apadrinaré ante el señor Gobernador.

—Hipe!... Hipe!... Hurra!...—exclamaron los norte-americanos simbolizando en ese grito su agradecimiento, que apenas tuvo un eco frio, indiferente, como si aquel empeño porque se salvara la vida de un hombre, no fuera del agrado de los demás.

Varios de los invitados argentinos se habrían retirado y entre ellos el redactor de *El Argos* y don Mariano Moreno.

Aquella fiesta que conmemoraba la independencia de la *primera Nacion Americana* no pudo ya ni siquiera galvanizarse con nuevas frases de entusiasmo que se apagaban entre murmullos bajos y terminaba con encontradas opiniones sobre la escena conmovente y digustante que acababa de desarrollarse.

—Señores, — dijo el coronel Forbes cuya ánimo tambien se hallaba perturbado por la misma escena—gracias demos al Sumo Hacedor por haber conseguido en el aniversario de nuestra patria el perdon para la vida de un hom-

bre, teniendo presente la sublime máxima del que nos redimió en la cruz:—*Haz bien sin mirar à quien.*—Hemos terminado.

Al dia siguiente aquella inmensa muchedumbre que se preparaba á asistir á la ejecución del que iban á ajusticiar supo, no sabemos si con disgusto por habérsele privado de tan curioso espectáculo, que el Excelentísimo Gobierno habia puesto en manos del representante norteamericano la gracia de suspender aquel acto.

Y *El Argos* del 10 traia el siguiente acápite... "nosotros rogamos al cielo que conceda al desgraciado, cuya vida ahora se ha salvado, el arrepentimiento de sus delitos y á sus parientes empeño para sacarlo de los vicios, no sea que el año que viene haya un nuevo perdon que otorgar *con la pérdida ademas de otra vida, acaso alguno de sus padrinos.*"

Buenos Aires, Marzo de 1899.

Rafael Barreda.